This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

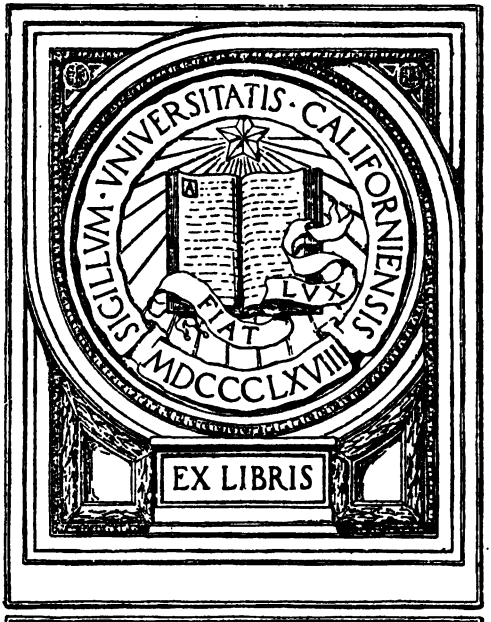
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Aventuras de Gil Blas de Santillana ...con Notas Que Demuestran El Origen Espanol ...

Alain René Le Sage

Digitized by Google

GIFT OF
J.C.CEBRIAN



812 L
.1 S L V.1
1840

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Gil Blas.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

M. R. J. F. DE ISLA.

Digitized by Google

Lesage

AVENTURAS

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA.

EDICION ILUSTRADA

CON 500 LÁMINAS Y VIÑETAS EN MADERA

DIBUJADAS Y GRABADAS

POR ARTISTAS ESPAÑOLES.

Con notas que demuestran el origen español de la obra, tomadas de las observaciones críticas que sobre este ingenioso romance escribió en Paris y presentó al Instituto frances el presbítero

Don Juan Antonio Llorente.

Brown

PUBLICALA UNA SOCIEDAD DE ARTISTAS.

TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA DE YENES, CALLE DE SEGOVIA, NUM. 6.

1840.

Digitized by Google

812
h5i
1840
v.1.

Digitized by Google

GIL BLAS

DE

SANTILLANA,

una palabrita al lector.

Digitized by Google

Digitized by Google

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LÁMINAS

DE ESTE PRIMER TOMO.

1.ª *Lámina.* Portada: figura alegórica de la Sátira, escribiendo el Gil Blas, y un genio niño, de pie sobre el globo, donde se lee *España*, tiene una corona de laurel en una mano, y con la otra señala al retrato del héroe novelístico esculpido en una medalla circular con el lema *Gil Blas. Dibujada por don L. Alenza y grabada por don C. Ortega.* Dando espalda al retrato del P. Isla.

2.ª Retrato del P. José Francisco de Isla, *por los señores Othon y Ortigosa.* Mirando á la portada impresa.

3.ª El canónigo Gil Perez dando leccion á Gil Blas niño. *Señores Othon y Castilla.* 14

4.ª El parásito de Peñaflor levantándose de la mesa para despedirse de Gil Blas: este permanece en su asiento y asombrado: escena en la cocina de una posada: el posadero y su muger en segundo término. *Señores Alenza y Castilla.* 24

5.ª Retrato ideal de Rolando, capitan de vandoleros. *Señor Othon.* 36

6.ª Doña Mencia desmayada en brazos de los ladrones: escena en el campo: á lo lejos el coche, cadáveres &c. *Señores Alenza y Castilla.* 64

7.ª Gil Blas y doña Mencia huyen del soterráneo: él va á caballo y lleva dicha señora á la grupa. *Señores Saez y Castilla.* 71

8.ª Gil Blas preso es registrado hasta bajo de la camisa por el corregidor de Astorga y satélites. *Señores Alenza y Batanero.* 84

9.ª Gil Blas vistiéndose de lujo: el ropero y algunos mozos que tienen varias ropas: al fondo una cama &c. *Señores Saez y Castilla.* 101

10. La aventurera Camila saca engañado á Gil Blas de la posada, y van á subir al coche; escena de noche;

329537

Digitized by Google

un mozo tiene un hachon. *Señores Saez y Castilla.* . . 108
11. Gil Blas y Fabricio Nuñez en casa de Arias de Londoño: este les lee las conveniencias en un gran libro. *Señores Miranda y Batanero.* 123
12. Gil Blas sirviendo la comida del canónigo Cedillo: este bebiendo en una taza que la señora Jacinta le aplica á los labios. *Señores Alenza y Castelló.* 131
13. Gil Blas encuentra en la calle al doctor Sangredo, le saluda, y se coloca en su casa. *Señores Alenza y Batanero.* 143
14. Fabricio Nuñez y compañeros se fingen ministros de justicia para recobrar la sortija que la aventurera Camila habia robado á Gil Blas: este con la luz en la mano se hace reconocer de ella que en cama y con las manos juntas le suplica: en primer término una vieja arrodillada suplica tambien. *Señores Alenza y Castelló.* 161
15. Gil Blas, Fabricio Nuñez y compañeros son presos en un figon por la ronda: escena de noche. *Señores Miranda y Castilla.* 167
16. Doña Marcelina y la dueña Melancia, sacan á Diego Lafuente de bajo la mesa, donde le habian escondido. *Señores Miranda y Ortega.* 206
17. Gil Blas se encuentra en la calle con Rolando vestido de alguacil que le manda le siga: Gil Blas aparece asombrado. *Señores Miranda y Castilla.* 234
18. Entrada en Leon de Rolando y compañeros presos: multitud de pueblo se agolpa á verlos: al fondo iglesia y puerta de la ciudad. *Señores Alenza y Castilla.* 238
19. Don Matias de Silva y su amigo zarandean al usurero: aquel lo abraza y levanta en el aire, y este lo espera con los brazos abiertos. *Señores Miranda y Castelló.* 251

Digitized by Google

ADVERTENCIA DE LOS EDITORES.

Al determinarnos á publicar esta ingeniosa obra en una edicion de lujo, ha sido nuestro principal objeto presentarla tan española en la parte artística de dibujo y grabado, como lo es en su texto, segun sienten hoy dia todos los hombres conocedores é imparciales, así franceses como españoles.

Grande es sin duda el mérito de esta produccion del talento español, pues con tanto empeño insisten algunos sabios franceses en apropiarla á su compatriota

Digitized by Google

Mr. Le-Sage. *El erudito* P. José Francisco de Isla *fue el primero que traduciendo al castellano esta obra en* 1787, *trató de reivindicar nuestra propiedad presentando en su prólogo, que tituló* Conversacion preliminar, *las razones que militaban para considerarla de origen y naturaleza española. Mas en el concepto del escelente crítico* D. Juan Antonio Llorente, *no lo consiguió; y sí solo volvió á resucitar una cuestion en que ya las partes estaban concertadas. Pues no hay duda en que los franceses habian generalmente adoptado la opinion de que el romance de* Gil Blas, *bien que ordenado por* Le-Sage, *estaba en su totalidad formado de trozos de novelas, cuentos y comedias españolas, sin alteracion notable de los originales. El citado* Llorente, *individuo de muchas academias y sociedades literarias, escribió en Paris año* 1822 *sus* Observaciones críticas sobre el romance de Gil Blas de Santillana, en las cuales se hace ver que Le-Sage le desmembró del de El Bachiller de Salamanca, entonces manuscrito español &c. *Dichas observaciones despues de presentadas por el mismo y leidas en el* Instituto francés, *como contestacion á la disertacion que en* 1818 *publicó el* Conde de Neufchateau, *miembro del mencionado Instituto, fueron impresas en Madrid en casa de D. Tomas Albán, año* 1822. *Son de tal peso las razones y tan clara la luz que de sí arroja esta obrita, que ademas de las notas*

Digitized by Google

que adornan esta edicion hecha en 1828 *por* D. Evaristo de Peña y Marin, *en la oficina de D. Miguel de Burgos, con arreglo á la cual hacemos la presente, hemos creido*, á fuer de buenos españoles, *estar en el deber de publicar al fin de cada tomo las observaciones que sobre cada parte del romance hace* Llorente; *esperando que todos, ó la mayor parte de nuestros lectores, nos agradecerán este trabajo.*

Respecto al verdadero autor del Gil Blas, *cree Llorente, y con él otros muchos, que verosimilmente lo fue* D. Antonio de Solís y Rivadeneira, *nacido en Alcalá de Henares en* 1610, *litterato insigne del tiempo de Felipe IV, muy conocido entre nosotros por su Historia de la conquista de Méjico, que escribió siendo cronista mayor de las Indias, por sus comedias y autos sacramentales, y últimamente por ser autor del romance de* El Bachiller de Salamanca. *Las razones en que se funda* Llorente *para adoptar esta creencia nos parecen fundadísimas, y pueden verse en las* Observaciones críticas *de este español celoso e instruido que van al fin de la presente edicion* (1).

Tenemos á la vista la ilustrada é impresa en París en 1836, *por* Paulin, librero y editor, *y la tributamos con gusto el elogio que merece en la parte tipográfica, y en la perfeccion de los grabados que la adornan; no así respecto á la propiedad de los trages: por-*

Digitized by Google

que se encuentran muy pocos que sean antiguos españoles, *y hay infinitos* italianos, flamencos y franceses. *Nuestros artistas saben muy bien los vestidos que usaban todas las clases en los tiempos de los Felipes III y IV, y podemos asegurar que los que trabajan en la magnífica edicion que ofrecemos al público sabrán evitar aquel inconveniente, presentando las escenas en su verdadero carácter, y contribuyendo á llenar nuestros deseos con su conocido talento.*

Concluiremos suplicando á nuestros lectores que si en el discurso de la obra incurriésemos involuntariamente en algun defecto, bien sea en las viñetas ó ilustraciones, ó bien en el testo, se sirvan disimularle, teniendo presente que nos hemos propuesto no emplear otras manos en el desempeño de esta gigantesca empresa que las españolas, *superando inconvenientes de gravedad: y que hubiéramos renunciado á nuestro proyecto, en el caso de haber tenido necesidad de pagar tributo á los estrangeros.*

Digitized by Google

Gil Blas de Santillana,

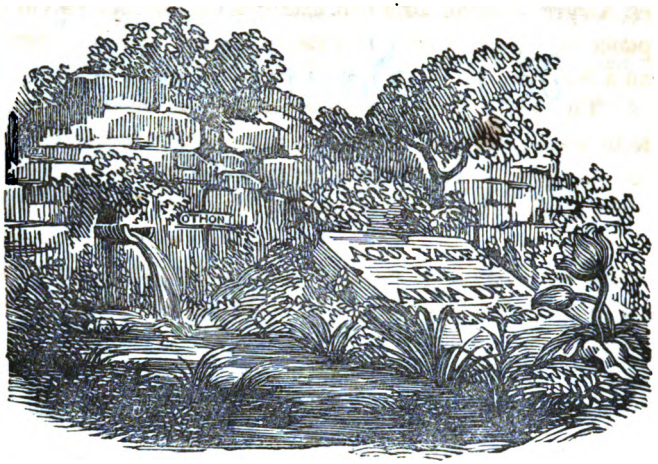
una palabrita al lector.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy á contar.

AMINABAN juntos y á pie dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron su sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pu-

Digitized by Google

dieron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro Garcia.*



El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion cuando esclamó riéndose á carcajada tendida: ¡Gracioso disparate! *¡Aquí está enterrada el alma!* Pues qué, *¿una alma puede enterrarse? ¡Quién me diera á conocer el ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!* Y diciendo esto se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dijo para sí: *Aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dejó partir al otro, y sin perder tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo; abrióle, y halló en él cien ducados con

Digitized by Google

estas palabras en latin. *Declárote por heredero mio, á tí, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás en ellas lo útil mezclado con lo agradable, que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.

Digitized by Google

Digitized by Google

Libro primero.

CAPITULO PRIMERO.

Nacimiento de Gil Blas y su educacion.

LAS de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la Monarquía Española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado (1). Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no te-

Digitized by Google

nian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canónigo de aquella iglesia (2). Llamábase *Gil Perez*: era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre pequeño, de tres pies y medio de estatura, estraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros, y he aquí la *vera efigies* de mi tio. Por lo demás era un eclesiástico que solo pensaba en darse buena vida; quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargo de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al *doctor Godinez* (3), que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas (4), y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas, que no apetecian otra cosa, y entonces era el oirnos disputar. ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas pareciamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tio se le caia la baba, y se lisonjeaba

Digitized by Google

UNIV. OF CALIFORNIA

Digitized by Google

Digitized by Google

infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: Hola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á Salamanca (5), donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viaje te daré algun dinero y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podras vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tio proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo supe vencerme y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enternecióse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado mi

Digitized by Google

corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortáronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear y mucho menos tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.

Digitized by Google

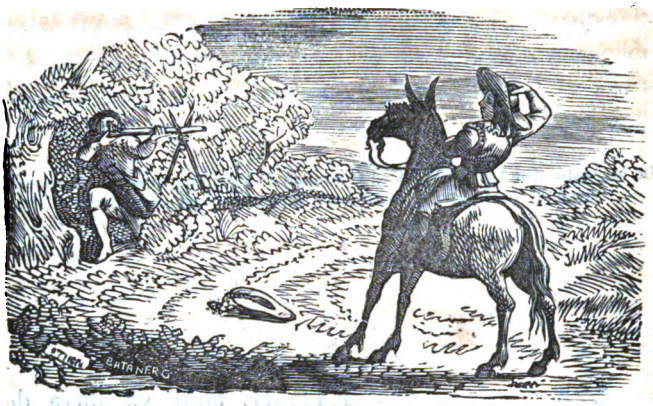
CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.

ETEME aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discreccion; esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla las riendas sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegria; jamás me habia visto con tanto dinero junto: no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza,

Digitized by Google

aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y examiné lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa; y al



mismo tiempo oí una voz lastimosa que pronunció estas palabras: *Señor pasagero* (1), *tenga V. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pie de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado, que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero; metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos tarines, los fuí echando poco á poco, y uno á uno, en el sombrero destinado para recibir la li-

Digitized by Google

mosna de los cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia, no por eso caminaba mas apriesa. La vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viaje. Veia que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viaje, lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia (2). Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca. Aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson que tenia bella apariencia. Apenas eché pie á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto, mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díjome que se llama-

ba *Andres Corzuelo* (3), y que habia servido al rey muchos años de sargento, y se habia retirado quince meses hacia, por casarse con una moza de Castropól, que era buen bocado, aunque algo morena. Y despues me refirió otra infinidad de cosas, que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia y á dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir mi viaje con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome, que si queria vender la mula, él conocia un mulatero hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral donde habian sacado mi mula. Paseáronla y repaseáronla delante del mulatero, que con grande atencion la examinó de pies á cabeza. Púsola mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformar-

Digitized by Google

se con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide V. por su mula? Yo, que la daria de balde despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo, que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo, y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome este que pensaba salir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañia de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajome cuanto se decia de él en la villa; y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladurias, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buen aspecto, que se acercó á el, y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí de cenar. Era dia de viernes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian travé conversacion con la mesonera, que hasta

Digitized by Google

entonces no se habia dejado ver. Pareciome bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me sente á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafarote. Acercándose á mí con cierto aire alegre y apresurado: Señor licenciado, me dijo, acabo de saber que V. es el señor Gil Blas de Santillana (4), la honra de Oviedo y la antorcha de la filosofia. ¿Es posible que sea V. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime cuya reputacion es tan grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mí, y echándome los brazos al cuello, escuse V., me dijo, mis arrebatos; no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegria que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembaracé un poco la cabeza, le dije: nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á veinte leguas en contorno. V. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Antheo (5). Por poca esperiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus

Digitized by Google

demostraciones, ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convide á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella, por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañia, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo por hacer compañia á V., comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse en frente de mí el señor mi panegirista. Tragéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se egecutó al instante: pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir cuando mi huesped acababa de engullirse la primera. Sin embargo, comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien, y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual y

Digitized by Google

con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el petardista, respondió: tengo una escelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasiadamente agrio para V. ¿Qué llama V. *demasiadamente agrio?* replicó mi adulador. Traiga V. la trucha y descuide de lo demas. Ningun bocado, por costoso que sea, es agrio para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últimas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que anticipárseme. Díme por ofendido, y dijé con enfado al mesonero: venga la trucha, y otra vez piense mas en lo que dice. El mesonero que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha y presentola en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegria los ojos del parásito, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se habia arrojado á las tortillas. No obstante se vió precisado á rendirse, temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comedia. Oh señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que V. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie por lo comun de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá V. encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea V. su hazmereir, y no crea

Digitized by Google

UNIV. OF
CALIFORNIA

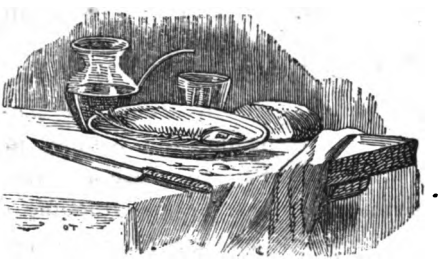
Digitized by Google

Digitized by Google

sobre su palabra que le tengan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, riose de mí en mis bigotes y volviome las espaldas.

Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¡Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí! ¡Pues qué! ¿solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto, y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme, y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha; y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le pagaba el dinero, tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al parásito, al mesonero y al meson.

Digitized by Google



Digitized by Google

CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en qué paró, y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.

O era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho ó niño de Coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo, un caballerete de Astorga, y una jóven del Vierzo con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó adonde iba y de donde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella el arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo y dilató la egecucion hasta la última posada. Esta fue en Cacabelos. Hízonos apear

Digitized by Google

en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando; y mirándonos á todos con ojos centellantes: ¡Por vida de quien soy! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos, hasta que se descubra el ladron y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos, mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavia no nos podiamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladron seria el muchacho de Coro, asi como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos eramos unos pobres simples, que no sabiamos las formalidades que preceden en semejantes casos á la prueba del tormento; y desde luego creimos que se habia de comenzar por aquí. Poseidos pues de esta aprension, precipitadamente nos salimos del cuarto, escapando unos á la calle y otros al huerto para salvarse cada cual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entonces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el cuarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion: pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza

Digitized by Google

del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quien daba y cual era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina y fingiendo que nada habia oido: no obstante, se vió precisado á conducir á la patrulla al cuarto de la persona que gritaba. Conoció luego el comandante el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mango de la alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto: echó mano del delincuente, y le condujo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que con toda resolucion quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desorden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia escusa alguna, y que era indigno de perdon. Mandó al punto le despojasen, y que en su presencia le diesen doscientos azotes; y ordenó despues que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevásen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quiza mas que los otros, salí prontamente al campo, y atravesando terrenos, penetrando matorrales y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué por fin á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él, y á esconderme en el mas erizado matorral, cuando me ví de repente con dos hombres á caballo que se paráron delante de mí. ¿Quién va allá? dijéron; y como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, in-

Digitized by Google

timándome pena de la vida, que les dijese quien era, de donde venia, y que iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar, que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros

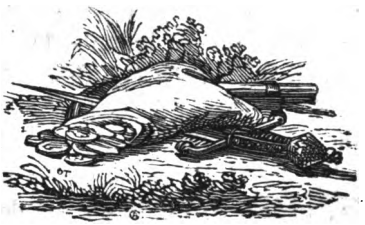
el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo, que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente, que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber donde esconderme. Dieron una grande carcajada cuando oyeron un discurso que tanto

Digitized by Google

mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: no tengas miedo, querido: vente con nosotros, y no temas, que te pondremos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque (1).

No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fueran ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado y quiza asesinado tambien. Acaso serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos por fin al pie de una colina, donde nos apeamos. Aqui hemos de dormir, dijo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes no veia casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion: cuando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada que ocultaba una larga entrada soterránea muy pendiente por donde los caballos por sí mismos se dejaron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dejaron caer la trampa con unas cuerdas que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y he aqui al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Perez, metido como raton en una ratonera.

Digitized by Google



Digitized by Google

CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.

ENTONCES conocí entre qué especie de gentes me hallaba; y facilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor: pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Di por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados: y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, cuando advirtiendo ellos mismos que de pies á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inutilmente, á que depusiese todo temor. Habriamos caminado como unos doscientos pasos, siempre bajando, y siempre caracoleando, cuando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóve-

Digitized by Google

da. Habia en ella una buena provision de paja, y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otros candiles que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella estaba la despensa bien abastecida de todo género de provisiones. La cocinera (porque es necesario que la describa) era una persona de unos sesenta años, y encima de ellos algunos mas. Cuando moza eran sus cabellos de un rubio estraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos, que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceitunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos, y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la punta, y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda (1) (dijo uno de los caballeros, presentándome á aquel bello angel de tinieblas), mire este mocito que la traemos; y volviéndose despues á mí y viéndome pálido y consumido, me dijo: vuelve, querido, en tí, y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacia falta un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera: te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias há, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa

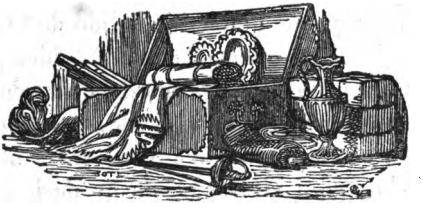
Digitized by Google

comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres; y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una

luz y me mandó le siguiese. Llevóme á una bodega, donde vi una infinidad de botellas, y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos esquisitos. Hízome pasar despues por muchos cuartos: unos atestados de piezas de lienzo, y otros de ricos paños y telas de lana y seda. En otro ví plata y oro, y mucha bajilla marcada con diferentes escudos de armas. Seguile despues á una gran sala, que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros cuartos que se comunicaban con ella. Aqui me hizo nuevas preguntas, es á saber, cómo me llamaba y por qué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: ahora bien, Gil Blas, me dijo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun acomodo, parece que naciste de pie, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho; aqui vivirás en medio de la abundancia; nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad.

Digitized by Google

Tal es este soterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la santa Hermandad, nunca dará con él; la entrada solo la conocemos yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás ¿cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los moros se apoderaron de Granada, de Aragon y de casi toda España, los cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron y se ocultaron en este pais, en Vizcaya y Asturias á donde se retiró tambien el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas: unos escondidos en cavernas, y otros en soterráneos, que ellos mismos fabricaron; y este es uno de tantos (2). Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares, y desde entonces los soterráneos sirvieron de asilo á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la santa Hermandad ha descubrierto y destruido algunos, pero todavia han quedado muchos; y yó, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el *capitan Rolando*; soy el gefe de la compañia; y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.



Digitized by Google

ROLANDO

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO V.

De la llegada de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.

O bien habia dicho estas palabras el capitan, cuando aparecieron en la sala seis caras nuevas, que eran su teniente y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurrones llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba; y despues de haber dado cuenta de su espedicion en la pieza que servia de despacho, se entregó en la reposteria la hacienda del especiero. Hecho esto se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y á mí me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad

Digitized by Google

ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Di principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueada de botellas llenas de escelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pie para serviles el vino. El capitan les contó en pocas palabras mi historia de Cacabelos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el nectar á quellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita plebe (1).

Digitized by Google

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad: este grita, aquel canta; y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena en que él ponia mucho de su parte, pero todo inutilmente, levantó la voz en un tono que impuso silencio á la compañia. Señores, les dijo, atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros, hablando todos á un tiempo ¿no seria mejor divertirnos, y hablar como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos, nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de qué familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde vinimos á abrazar esta profesion. Con todo me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos pues esta confianza, que podia servir no menos para nuestra diversion que para nuestro gobierno. El teniente y los demas, como si tubieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegria la proposicion del capitan, el cual comenzo á hablar en estos términos.

(2) Ya saben Vds., señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegria al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra mas que ella me diese de mamar. Vivia entonces mi abuelo materno (3). Era un hombre que solo sabia rezar su rosario, y contar sus proezas militares, porque habia servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en mas. Insensiblemente vine

Digitized by Google

yo á ser el ídolo de estas tres personas. Contínuamente me tenian en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez, no aprendí á leer, ni escribir, mas no por eso perdia el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos; conocia yo perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las espediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas espediciones: cuando en espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio, cuando valiéndome de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entonces mi madre me sofocaba á caricias y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre: siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura, esclamaba: ¡oh qué gracioso eres y qué lindo! Con estas alas no reparaba en hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en doce años, y aun no tenia ningun maestro. Buscáronme finalmente uno, pero mandándole espresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi madre ó á mi

Digitized by Google

abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creian á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fui á quejar del maestro porque me habia desollado: inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fui desembarazando de mis preceptores, hasta que me presentaron uno como le deseaba y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá: ¡escelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado á mugeres, al juego y á la taberna. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiolo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de que arrepentirse, porque en breve tiempo y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera la aficion á ello, que, á escepcion del latin, en lo demas era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos, fue á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones, tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fue donde di las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reianse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desordenes con otros muchachos de mi edad y de mi hu-

Digitized by Google

mor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa cuanto podia, y cuando esto no alcanzaba, nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del corregidor. Quiso mandarnos prender, pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga y dímonos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entonces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion, á pesar de los peligros que son anejos á ella.

Cuando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así. Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fue carnicero en Toledo, y el hombre mas feroz que habia en toda la ciudad: mi madre no era de condicion mas suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era castigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos prometiendo la enmienda: no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudía, siempre mi madre se ponia de su parte en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enhebreme alli con unos pordioseros que pasaban una vida bástantemente feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos

Digitized by Google

ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reiamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo, que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé con una tropa de hombres valerosos que hacian contribuir á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entonces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dijo entonces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una aldeana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavia moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase un niño hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta y fue á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo eramos algo parecidos, y esta observacion la escitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo la agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó

Digitized by Google

la supercheria. De suerte que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de D. Rodrigo de Herrera fue enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito facilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas mínima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos; y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros, pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor: yo fui uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fue mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas; pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones: Enamorábala con tan poca cautela que hasta el mismo D. Rodrigo lo conoció. Reprendiome agriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones, y por temor de que la presencia del objeto hiciese inutiles sus reprimendas, despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder y resolví vengarme. Robé sus pedrerias á la muger de D. Rodrigo; corrí en busca de mi bella Elena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella á la mitad del dia para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevela á su tierra, donde nos casamos solemnemente, asi por dar este despique mas á los Herreras, como por

Digitized by Google

dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio supe que D. Rodrigo habia muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente á Sevilla á pedir su herencia pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre habia ya fallecido, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho, en presencia del cura y de otros buenos testigos. El hijo de D. Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegria, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba. De manera que, no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina di principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Burgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años des-

pues. En fin todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y pro-

Digitized by Google

pusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolucion, y se fueron á la cama. Encendieron bujías, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitan Rolando al suyo, y mientras le ayudaba á desnudar: ahora bien, Gil Blas, me dijo; ya ves nuestro modo de vivir: siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio ni á la envidia. Jamas se oye aqui discordia ni disension: estamos mas unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable, pues no te tengo por tan tonto que te dé pena el vivir entre ladrones.

Digitized by Google

CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa.

DESPUES que el capitan de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama: yo quité la mesa, y puse todas las cosas en su lugar. Fuime despues á la cocina, donde Domingo (asi se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre, me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste, como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros: eres mozo y pareces docil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, cuando aquí está segura tu inocencia.

Digitized by Google

Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro con una voz muy grave, y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me servia el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fue á su caballeriza. Leonarda cojió una linterna y me condujo á una covacha que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho que mas parecia tumba que cama. Este es tu cuarto, me dijo la vieja, pasándome la mano por la cara. El mozo, cuya plaza tienes el honor de ocupar, durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se dejó morir en la flor de su edad: no seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciendo esto, entregome la linterna, y volviose á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojeme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh cielos! esclamé: ¿habrá situacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muertos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos, y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia dado á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que

Digitized by Google

me consumia inutilmente en vanos lamentos, comenzé á discurrir en los medios de librarme. Pues ¿qué? me decia yo á mí mismo, ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos estén dormidos ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por donde bajé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada, pero probaremos; no quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podrian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi covacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome á la trampa con cierta alegria mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo no dejé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Di un grito que resonó en toda la caverna, y mirando atrás, vi al maldito negro en camisa con una linterna sorda en una ma-

Digitized by Google

no, y con el instrumento de mi suplicio en la otra. ¡Hola, bribonzuelo! me dijo, ¿querias escaparte¿ no, amiguito, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la

reja, pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aqui, mal que le pese, y si logra escaparse ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado, despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demas, que en un instante se pusieron en pie. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el origen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo asi, Gil Blas? me dijo el ladron apóstata, ¿no ha mas que seis horas que estás con nosotros, y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro.

Digitized by Google

¿Qué harias si fueses cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por san Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto, se retiró. Los demas ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro, muy ufano de su hazaña, se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.

Digitized by Google

CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.

LOS primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me consumia; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforceme á mostrame menos triste. Comencé á cantar y á reir aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarreria ó bufonada. Esta libertad que me tomaba les daba mucho gusto en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melanco-

Digitized by Google

lía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio: yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demas me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasion: señores, les dije, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; paréceme que no soy el que era. Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion, y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme y en egercer mi oficio de copero. A la verdad, quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demas, esperando que en alguna de sus correrías, se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo, el tiempo de la prueba me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orféos para encantar á aquel Cerbero. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino, y observaba mucho to-

Digitized by Google

dos mis pasos, palabras y movimientos. Asi pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas: caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendremos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan; y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para honrarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima, y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual, me dispuse á hacer mi primera campaña.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones: qué empresa acomete en los caminos reales.

ácia el fin de una noche de setiembre salí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta, y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la oscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz, pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Alli estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrimos un religioso de la orden de santo Domingo (1) montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula. ¡Bendito

Digitized by Google

sea Dios! Exclamó sonriéndose el capitan: he aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel fraile: veremos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, dije, que quedareis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dejarle tan desnudo como la palma de la mano (2) y traer aqui su mula. Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo y traelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque y me encaminé al religioso, pidiendo al cielo me perdonase la accion qué iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo, y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian, ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y asi no me atreví á exponerme á una accion tan poco segura. Llegué, pues, al padre, y pedile la bolsa, poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: muy mozo eres, hijo mio, me dijo, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! (me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de mis palabras) ¿qué es lo que dices? ¡Oh qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. ¡Oh padre mio! le interrumpí con precipitacion; no se tome vuesa reverencia ese trabajo, y déjese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero y no sermones. ¡Dinero, me dijo muy maravillado! Mal conoces la caridad de los españoles, si crees que las personas de mi

Digitized by Google

profesion y de mi caracter lo necesitan para viajar: en todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos, solo nos piden nuestras oraciones: en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos, mis compañeros me están esperando en aquel bosque; eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras, que pronuncié colérico y amenazándole, el buen religioso mostró temer por su vida. Espera, me dijo, voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa; veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entonces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia de ser tan buena

Digitized by Google

maula como la de mi tio; y la bestia dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego á andar á buen paso. Apenas el fraile se alejó de mí, cuando me apeé, recogí el bolson que pesaba mucho, y volví á meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme segun se apresuraban á abrazarme. Animo, Gil Blas, me dijo Rolando; has hecho maravillas. Durante tu expedicion no apartamos los ojos de tí; observé tu firmeza, tu resolucion y todos tus movimientos; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladron, y el terror de los caminos reales. El teniente y los demas aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Despues que alabaron, tanto mas cuanto menos lo merecia, la villana accion que habia hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dijeron, que contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatola el capitan, abrióla y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei* y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva, todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron rebentar de risa. A la verdad, exclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demas. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impias truhanerías sobre la mate-

Digitized by Google

ria, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dijo: aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes porque son mas agudos y chuscos que tú.

Digitized by Google

CAPITULO IX.

Del serio lance que siguió á la aventura del fraile.

STUVIMOS en el bosque la mayor parte del dia (1) sin haber visto pasagero alguno que enmendase el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos de que las espediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á lo lejos un coche tirado de cuatros mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo que parecian venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer, y la resolucion fué que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en órden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en

Digitized by Google

el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio, que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla en medio del capitan y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí: me miró con ojos torvos y con voz bronca me dijo: oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido de que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso; y asi solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entre tanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á tiro de fusil. Todos traian armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los demas. Aunque eran solo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas, por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

No me detendré en referir las circunstancias de la accion; pues aunque me hallaba presente, nada veia, porque turbada con el terror la imaginacion, me oculta-

Digitized by Google

ba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es, que despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos oí

gritar á mis camaradas: ¡victoria! ¡victoria! Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y ví tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasia y malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo; pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega y aun no habia vuelto en sí: mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa: lo primero que hicimos, fue apoderarnos de los caballos

Digitized by Google

que habian servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pie á tierra para quitarles los tirantes, y las cargamos con los cofres que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto se sacó de él á la señora por órden del capitan, la cual aun no habia recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche y á los muertos, despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.

LEGAMOS á la cueva una hora despues de anochecido. Lo primero que hicimos fue meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre, y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacia tres dias que estaba en cama, rendido á crueles dolores de gota, y á un reumatismo, que apenas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias: dejamos aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que logramos volviese del desmayo; mas cuando recobró sus sentidos, y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia, y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que

Digitized by Google

el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginacion, otro tanto se veia pintado en sus ojos que levantaba al cielo, como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entonces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan, pareciéndole mejor abandonarla á sí misma, que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros á la sala, y uno de los ladrones que habia sido cirujano reconoció el brazo del teniente, y le aplicó bálsamo. Hecha esta operacion, se pasó á ver lo que habia en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reconoció contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí me dijo: confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo: antes bien lo confieso de buena fe; pero déjenme ustedes hacer dos ó tres campañas, y entonces se verá si sé pelear como un Cid. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: se le debe perdonar, porque la accion fué muy empeñada, y para un mozo que jamas habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablose luego de las mulas y caballos que habiamos traido, y resolviose que al dia siguiente iríamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosimilmente no habria llegado todavia la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabámos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella

Digitized by Google

un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberlos contenido el capitan, representándoles, que á lo menos debian esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitan refrenó su incontinencia: sin esto ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun despues de su muerte no habria estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual á nuestro cuarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, cuando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan fuertemente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubiesen unido á ella. En fin, despues de haberme compadecido de su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordeme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginacion, y me inspiró un proyecto, que medité muy bien, y á cuya ejecucion dí principio de la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y quejidos, y despues empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron que tenia. Respondiles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor,

Digitized by Google

apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todos partes y agitándome estrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comenzé á revolcarme en la cama, y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutiles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Asi pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traia una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro á pesar mio me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces, otro iba á calentar paños, y casi abrasando me los ponia en la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacian padecer dolores verdaderos, queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me vi obligado á decir, que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podia tardar en venir el dia, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas (me dijo Rolando), quédate aqui, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostreme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmi-

Digitized by Google

go, y me dije á mí mismo: ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo. Ármate de valor para acabar lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situacion de oponerse á tu gloriosa empresa, ni Leonarda puede impedir su ejecucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamas otra tan favorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama: vestime, tomé la espada y las pistolas, fuime derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda, me detuve, y apliqué el oido para escuchar lo que hablaba. Discurria con la señora desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entonces todo su infortunio, lloraba amargamente, faltándola poco para desesperarse. Llora, hija mia (la decia Leonarda), y llora todo cuanto quieras: no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos; con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompistes en llorar, no hay que temer. Asi que se te haya mitigado el pesar (que poco á poco se desvanecerá) te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa: todos á porfía se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡Oh! y cuántas mugeres envidiarian tu fortuna, si lo supieran!

No la dí tiempo á que dijese mas. Entréme en la cocina con intrepidéz, y púsela una pistola á los pechos, amenazándola de quitarla en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbose á vista de mi accion, y aunque era ya de edad avanzada, todavia tenia tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa, como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísi-

Digitized by Google

mamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, la dije: señora, el cielo os ha enviado un libertador: levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que la quedaban, se levantó, arrojóse á mis pies, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcela del suelo asegurándola que por mi parte nada temiese, que confiase en mi honradez. Cogí despues unos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma

señora, amarré con ellos á Leonarda á los pies de una gran mesa, amenazándola la quitaria la vida al menor

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

grito que diese. Encendí luego una vela, y acompañado de la señora desconocida pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro: llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, la dije que en ello no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con las pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no queria ser bueno; pero por mi buena suerte se hallaba á la sazon tan agravado de los dolores que habia pasado, y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva, abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costonos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir para lograrlo hubimos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos (1).

Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo, y de lo que mas cuidamos entonces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura, donde nos encontramos con varios caminos. Seguimos uno á la ventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para

Digitized by Google

ellos un espectáculo nunca visto el de una muger á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené al punto que guisasen una liebre y asasen una perdiz. Mientras esto se disponia, conduje á la señora á un cuarto donde comenzamos á discurrir, lo cual no habiamos podido hacer en el camino por la priesa con que viajamos. Mostrose muy agradecida al gran servicio que la habia hecho diciéndome que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la habia libertado. Contéla entonces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus desastres, como lo hizo de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.

Digitized by Google

CAPITULO XI.

Historia de doña Mencia de Mosquera (1).

ACI en Valladolid, y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre don Martin, coronel de un regimiento, fue muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey. Dejome pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas á pesar de mi escasa fortuna no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano; pero el que se llevó mi atencion fue don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y airoso de todos, y reunia ademas otras prendas recomendables que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pundonoroso y el hom-

Digitized by Google

bre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso, ni mas diestro; y en las justas era la admiracion de todos, su despejo, habilidad y valentía. Finalmente le preferí á sus competidores y le dí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andres de Baeza que habia sido uno de sus antiguos competidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas y costó la vida á don Andres. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo: querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al corregidor; me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y asi no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Dióme despues los brazos, estrechóme en ellos y estuvimos asi gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo: desasiose de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues de partido don Alvaro supo su fuga el corregidor. Hizo le siguiesen y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Frustrólas todas mi esposo y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecia á don Alvaro.

Digitized by Google

Halléme con esto en tan miserable situacion que apenas tenia lo preciso para vivir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de cualquier parte del mundo donde se hallase, procuraria informarme de su suerte. No obstante se pasaron siete años sin saber nada de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin que combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Asi me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia muy bien á don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugués, y que el mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid don Ambrosio Mesia Carrillo, marques de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años, y logran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de don Alvaro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme. Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme y quedó prendado de mí á pesar de la impresion de dolor que reparó en mi semblante: ¿pero qué digo á pesar? quizá lo que mas le movió fue el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veia, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez, que me miraba como un pro-

Digitized by Google

digio de constancia y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me manifestó que habiendo mi esposo terminado sus dias en el reino de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia ya llorado sobradamente á un hombre cuya compañia habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aqui ponderó la nobleza del marques, sus grandes bienes, y amabilísimo caracter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro, ni por el recelo de volverle á ver cuando menos lo pensase: lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia esperimentado en el primero. No por esto desconfió, ni se acobardó; antes bien, interesada ya por don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marques. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos, importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte mi miseria era mayor cada dia, y no fue esto lo que menos contribuyó á dejar vencer mi repugnancia.

No pudiendo pues resistir mas tiempo, cedí al fin á tan repetidas porfias, y caséme con el marques de la Guardia, el cual el dia despues de la boda me condujo

Digitized by Google

á una bellísima hacienda que tenia cerca de Burgos, entre Tardajos (2) y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hacia mí: observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme: estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamas amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á don Ambrosio á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á don Alvaro; pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí: no podia corresponder á sus ternuras sino con afectos y espresiones de gratitud, y de respeto.

Hallábame en esta disposicion cuando un dia asomándome á una ventana de mi cuarto, vi en el jardin

Digitized by Google

un aldeano que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero, y por entonces no hice caso de él; pero al dia siguiente habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me conmovió. Observele tambien yo por mí parte con algun cuidado y se me figuró descubrir en él la fisonomía del desgraciado don Alvaro. Esta semejanza escitó en todos mis sentidos una turbacion inesplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entonces con Ines, la criada de mi mayor confianza: descubrila la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, señora, me dijo, y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosimil que se presentase aqui con el disfraz de aldeano, ni se hace creible que aun viva. Yo misma, añadió, voy ahora al jardin á ver á ese hombre, á informarme de quien es, y volveré al momento á desengañaros. Marchó al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada: señora, me dijo; vuestra sospecha fue por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo don Alvaro: luego se me descubrió, y desea hablaros á solas.

Podia recibirle entonces, porque el marques habia partido á Burgos, y asi dige á Ines que le condugese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le vi en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Asi él como Ines me socorrieron prontamente y despues que volví del desmayo: tranquilizaos, señora, me dijo don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es mi ánimo causaros la

Digitized by Google

mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contrajísteis. Sé muy bien que todo fue movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte, estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor, os obligó á entregaros en los brazos de.... ¡Ah, don Alvaro! le interrumpí yo anegada en lágrimas: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa puesto que vivis. ¡Desdichada de mí! ¡ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! en aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin avergonzarme.

Amada Mencía (replicó don Alvaro en un tono que mostraba bien cuanto le habian enternecido mis lágrimas), yo no me quejo de tí, antes bien lejos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fue un tejido de desdichas, y para su colmo nunca me fue posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situacion á que mi fatal cariño te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía bañada en lágrimas, y esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la dicha de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquier otro de mis competidores cuando reflexionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Por fin, despues

Digitized by Google

de siete años de penas, mas enamorado de tí que nunca, he querido volver á verte. No he podido resistir á este deseo, y habiéndomelo permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto á Valladolid disfrazado en este trage á riesgo de ser conocido y descubierto. Alli lo he sabido todo, y he venido en seguida á esta posesion, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aqui á turbar la ventura que gozas. Amote mas que á mí mismo: respeto tu reposo; y acabada esta conversacion parto lejos de tí á terminar mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, don Alvaro, no, esclamé al oir estas palabras: el cielo no te ha traido aqui en balde; y no permitiré que segunda vez te apartes de mí: quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante. Creeme á mí, Mencía, me replicó; vive con don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas: deja que cargue yo solo con todo el peso de ellas. Añadió á estas otras razones semejantes; pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono y con semblante mas alegre me dijo: Mencía, pues todavia amas tanto á don Alvaro, que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallaremos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas, y caballos; y

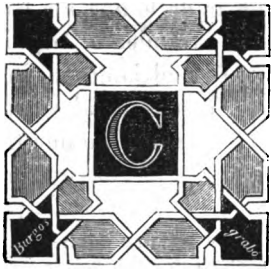
Digitized by Google

traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos estan armados de carabinas y pistolas, y todos esperán mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar orden de que traigan el carruage á la puerta de esta casa y al momento partiremos. A todo accedí: fue volando don Alvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sola Ines era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mia, porque estaba enamorada de un page de don Ambrosio; lo que demuestra que el afecto de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y ciertas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marques cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendriamos la fortuna de llegar allá. Temiamos con razon que al volver de Burgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro acompañado de mucha gente y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino á los ladrones en cuya compañia estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es el mismo, y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.

Digitized by Google

CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fue interrumpida la conversacion de la señora y de Gil Blas.



ON efecto se deshacia en lágrimas doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dejéla dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarla qué partido queria tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles, se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fue un caballerito que venia en compañia del corregidor: paróse á mirar muy despa-

Digitized by Google

cio y muy de cerca mi vestido, y despues de alguna suspension esclamó diciendo: vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla: la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquellas palabras me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar

antes mal que bien de la turbaccion en que me veia, hizo juicio de que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la señora podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos, y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; antes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prision, vino á ella con sus dos precursores, esto es sus dos alguaciles, los cuales, segun su buena costumbre,

Digitized by Google

empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante. A cada puñado de doblones que me sacaban estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegria. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetatado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisficelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

¡Oh vida humana! esclamé cuando me vi solo en aquel miserable estado: ¡qué llena estas de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que sali de Oviedo no he esperimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de conocer á su corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles, me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y alentándome á mí mismo: ánimo, Gil Blas, me dije; valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente; yo me alucino y me lisongeo. ¿Cómo será posible que salga de esta carcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me trageron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia intentaba querer entablar conversacion con él, para desahogarme algun tanto; pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamás me fue posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimosesto dia

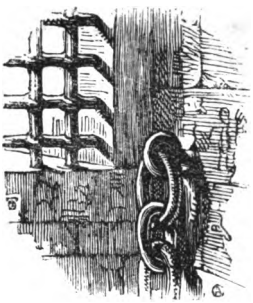
Digitized by Google

se dejó ver el corregidor, y me dijo: Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Burgos la señora que venia contigo, examinéla sobre quien eras, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la carcel, con tal que el arriero en cuya compañia vinistes desde Peñaflor á Cacabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Di gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apenas habia acabado mi cumplido cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocile inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido si confesaba que me conocia, dijo descaradamente que no sabia quien yo era, y que jamas me habia visto. ¡Ah traidor! esclamé yo: confiesa has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y asi no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme é estar todavia á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo asi que no habia cometido delito alguno, me

Digitized by Google

desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbregó soterráneo. Bien reflexionado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quiza muy feliz si solo puedo salir de aqui para ir á galeras, á pesar de mí inocencia.



Digitized by Google

CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la carcel, y á donde se encaminó despues.

IENTRAS yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones (1), se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendiome aquella novedad. Desde mi entrada en la carcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla que caia á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo habia llamado la atencion de la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si seria para mal ó para bien. Uno de los primeros que vi

Digitized by Google

fue el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó, como yo, de miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme, como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la cual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras; lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reir, y me atrage su compasion. El por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la muger, despues que un terror pánico nos habia separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entonces todas las personas que como él habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias les movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo para solicitar que me librasen de la carcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, quien no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision y me dijo: Gil Blas, aunque si fuese yo un juez severo, podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa, vete: ya estas libre y puedes salir cuando quisieres. Pero dime, prosiguió, si te llevaran al bosque, donde estaba el soterráneo, ¿no lo podrias descubrir? No señor, le respondí; porque como entré en él de noche y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar orden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que

Digitized by Google

traian un lio de ropa (2), los cuales con mucha gravedad y sin decir una sola palabra, me despojaron de la ropilla y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja, y muy raida á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia, me pusieron á la puerta de la carcel, echándome á empellones fuera de ella.

La vergüenza que padecí al verme en tan mala ropa, moderó mucho la alegria que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir de la vista del pueblo, que no podia sufrir sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fui á dar las gracias al cantorcillo á quien debia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia, le respondí; ella en sí es muy justa: solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dejado el vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar: y sino, dime; ¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha restituido á su primer dueño? (3) No lo creas; porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito, y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Burgos á buscar á la señora á quien liberté de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos y partiré á Salaman-

Digitized by Google

ca, donde procuraré aprovecharme de mi latin. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Burgos, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aqui tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad; mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena voluntad, que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome con darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.

El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla.

Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavia me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puentedura, (4) poco distante de Burgos. Detúveme en él para saber de doña Mencía. Entré en un meson, cuya huéspeda era una muger pequeña muy enjuta, vivaracha y de mala condicion. Luego conocí por la mala cara que me puso que no la habia gustado mucho mi chamarreta, lo que facilmente la perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trageron. Durante la comida que era muy correspondiente á mi equipage, quise entablar conversacion con la huéspeda, que me dio á entender con un gesto desdeñoso que tenia á menos hablar conmigo. Supliquéla que me digese si conocia al marques de la Guardia, si estaba lejos su casa de campo y particularmente si sabia en qué habia

parado la marquesa su muger. Muchas cosas me pregun tais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo me contestó en abreviatura, y con muy mal talante, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puentedura.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche mostré que deseaba recogerme y pedí un cuarto. ¡Un cuarto para él! me dijo la mesonera, mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio: ¡Un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas estan ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aqui: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la pri-

Digitized by Google

mera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decía mas verdad de lo que ella misma pensaba: no la repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuime al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.

Digitized by Google

CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencía.

O fui perezoso en levantarme al dia siguiente. Fui á ajustar la cuenta con la huéspeda que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuilo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la santa hermandad, que con mucha familiaridad hablaban con ella y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo á donde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo caracter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la marquesa su muger, se habia retirado á un convento de la ciudad

Digitized by Google

que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Burgos, y sin pensar ya en la casa de campo fui volando al monasterio en donde me dijeron que se hallaba doña Mencía. Supliqué á la tornera que se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarla un mozo recien salido de la carcel de Astorga. Inmediatamente fue á darla el recado la tornera. Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio, á donde dentro de poco vi llegar muy enlutada á doña Mencia.

Bien venido seais, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver, y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya con efecto estabas libre, pero que no se sabia tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido estremadamente. Consuélate, añadió, conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado: no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata del mundo si no hiciera nada por tí. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

Los lances, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde entonces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condugesen á Burgos despues de haberme oido la relacion puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa

Digitized by Google

de don Ambrosio. Causó mi llegada una general y estremada sorpresa, pero me digeron que ya llegaba tarde, porque el marques profundamente afligido por mi fuga habia caido gravemente enfermo, y tanto que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fue un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen mi llegada. Entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lagrimas el semblante, y el corazon traspasado del

mas agudo dolor. ¿Quién te ha traido aqui? (me dijo luego que me vió). ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era

Digitized by Google

menester para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés de que yo huí con mi legítimo esposo; y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubiérais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo cómo don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y cómo me habian conducido al soterráneo, con todo lo demas que me habia sucedido hasta entonces. Apenas acabé de hablar, cuando alargándome la mano cariñosamente, me dijo con ternura: basta, hija, ya no me quejo de tí. Pues qué, ¿debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonastes por irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto: ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has recobrado toda mi ternura. Sí, querida Mencía; tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! cuán poco me durará uno y otro. Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de tí con el último adios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, las que excitaron en mí una afliccion estremada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones. No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavia moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres

Digitized by Google

sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

Tal fue el discurso de doña Mencía; acabado el cual sacó de la faldriquera un bolsillo, y me lo tiró por la reja del locutorio donde le pudiese alcanzar, diciendo: toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas y despues vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Díla mil gracias, y la juré que no partiria de Burgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento (que estaba bien resuelto á no quebrantar) me fui á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto y para precaver el mal concepto que por el traje se podia formar de mí, dije al mesonero, que aunque me veia en aquellos pobres trapos, tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras el mesonero, que se llamaba Majuelo (1), y era naturalmente grandísimo bufon, mirándome y examinándome atentamente de pies á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chufletero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué el bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun sastre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero, el cual traeria diferentes vestidos de todas clases para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche

Digitized by Google

dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí del soterráneo.

Digitized by Google

CAPITULO XV.

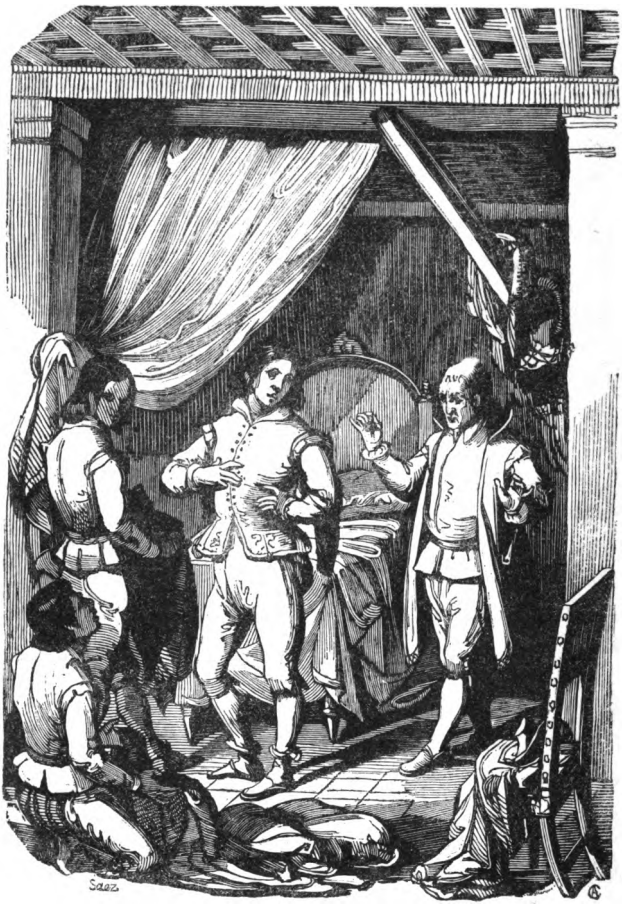
De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la señora y del equipage en que salió de Burgos.

IRVIÉRONME un copioso plato de manos de carnero fritas y le comí casi todo: bebí á proporcion y despues fuime á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño; pero engañeme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré? decia, seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿acaso me inclina á ello mi propension? Nada de eso: mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide: quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo; y á esto me decidí.

Digitized by Google

UNIV. OF
CALIFORNIA

Digitized by Google



Digitized by Google

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisongeros proyectos estuve esperando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson que despertaron todos. Llamé á los criados que estaban todavia en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí orden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo (1): caballero, ha tenido usted fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aqui para entre los dos, ninguno de ellos sabe qué cosa es conciencia: todos son mas duros que judios: yo soy el único de mi oficio que la tiene: me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto; equivoquéme quise decir con un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pie de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores; muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado espresamente para mí, el cual me deslumbró sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté el precio. El prendero que conoció cuanto me agradaba, me dijo: en verdad que es usted un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa

Digitized by Google

usted que este vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor. ¿Pues qué diré del bordado? no parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté ¿cuánto pedís por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la contestacion era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome usted este otro vestido (continuó presentándome el primero que yo habia desechado), que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; ¡pero qué gozo fue el mio cuando me ví tan bien equipado! no me hartaba de mirarme. Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumage de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á doña Mencía, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que la

habia hecho, á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio, cuando me vi con la tal sortija, porque habia contado con regalo de mucho mas precio. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la señora, volví al meson haciendo mil calendarios; pero apenas habia llegado cuando entró en él un hombre que venia tras mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastante largo que tenia debajo del brazo. Asi que ví el talego que parecia lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo poniendo el talego sobre una mesa: Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica á usted se sirva admitir esta cortedad en prueba de su agradecimiento. Hice mil cortesias al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos, y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenia. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero que habia oido las palabras del portador entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata y esclamó admirado: ¡Fuego de Dios y cuánto dinero! Sin duda sabeis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y cuatro horas que estais en Burgos, y ya haceis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de

Digitized by Google

ser tenidos por afortunados con las mugeres; pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres, que la vanagloria. Desengañé al mesonero y le conté toda la historia de doña Mencía. Oyóla con singular atencion y despues le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo y tomando luego un aire serio, me dijo: señor Gil Blas, confieso que desde que ví á usted, le cobré particular inclinacion; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que usted es un hombre nacido para la corte; y asi le aconsejo se vaya á ella y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá usted el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y solo estiman á las personas que les son necesarias para su fines. Ademas de este tiene usted otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan, y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa, ó á alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy pues de parecer que vaya usted á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues alli como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y usted solamente será atendido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente, en fin, un hombre de mi mano. Compre usted dos mulas, una para y sí otra para él, y sin perder

Digitized by Google

tiempo póngase en camino lo mas pronto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto. Díjome ser rayano de Galicia y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fue que siendo los demas criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados, ajusté la cuenta con el mesonero y al amanecer salí de Burgos camino de Madrid.

Digitized by Google

CAPITULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.

DORMIMOS en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un meson, que me pareció sería el mejor de la ciudad. Mi criado se fue á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de donde venia, y me respondió devoto y compungido que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos libertado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Digitized by Google

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me

pareció mas hermosa que joven. Dábala el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándola la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora despues de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de Santillana. Apenas la respondí que sí, cuando desasiéndose del escu-

Digitized by Google

dero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegria, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo, esclamó, por tan dichoso encuentro! á usted, señor caballero, á usted venia yo buscando. Al oir esto se me vino á la memoria el parásito taimado de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera, ó una descarada petardista; pero lo que añadió, me obligó á formar de ella un juicio mas favorable. Yo soy, me dijo, prima hermana de doña Mencía de Mosquera, que debe á usted tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya en que me participa el viage de usted á la corte, y me encarga le trate bien y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué forasteros se han apeado en ellos; y por las señas que me dió de usted el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia y particularmente á mi querida Mencía. Me hará usted el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Quise escusarme haciéndola presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fue preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia á la puerta del meson un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipage, porque en Valladolid, dijo, hay muchísimos bribones; lo cual era demasiadamente cierto. En fin, entramos en el coche ella y yo con su vejete escudero; y me dejé sacar del meson de esta manera con gran pesar del mesonero, porque asi se veia privado del gasto que él suponia que habia yo de hacer en su posada, con la señora, el escudero y el morito.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Despues de haber rodado bastante paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, adonde subimos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bujias. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido don Rafael. Respondiéronla que no; y ella me dijo, volviéndose á mí: señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aqui. ¡Cuán agradable será su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huesped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oimos ruido y supimos le causaba la llegada de don Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un joven de bello talle y muy airoso. Hermano, le dijo la señora, no sabes cuanto me alegro de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podremos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Mencia. Toma esta carta añadió y lee lo que en ella me escribe. Abrióla don Rafael y leyó en alta voz lo siguiente:

Mi querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vínculo del parentesco, y aun mas por la amistad que nos une, le agasajes y obsequies cuanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de tí y del primo don Rafael todo género de atenciones. Burgos &c. Tu prima que te ama: doña Mencía.

¡Cómo asi! esclamó don Rafael luego que leyó la carta: ¡es posible sea este caballero á quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta! Doy gracias al

Digitized by Google

cielo por este dichoso encuentro. Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente dijo: ¡oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aqui. Sabemos muy bien mi hermana y yo como debemos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Correspondí lo mejor que pude á todas aquellas espresiones y á otras muchas semejantes, acompañadas de mil caricias. Advirtiendo despues don Rafael que todavia tenia yo puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes mientras cenábamos me dijeron mil espresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion, y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegue á creer que para hacerlo buscaba ocasion como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí facilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia; y la particular alegria que mostró doña Camila me confirmó en la opinion

Digitized by Google

de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que queria proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertiremos en la caza, otras en la pesca; y si usted gusta de pasearse, encontrará bosques sombrios y jardines deliciosos. Ademas de esto no nos faltará buena compañia; y creo que no echará usted de menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente iriamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resoluccion, y don Rafael lleno de alegria me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: señor Gil Blas, ahí le dejo á usted con mi hermana, voy á dar las órdenes necesarias para el viage, y para que se avise á las personas que nos han de acompañar. Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la señora dándola conversacion, en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano y mirando con atencion la sortija, dijo: parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito. ¿Entiende usted de pedreria? Respondila que no. Lo siento; me replicó, porque si lo entendiera me diria cuanto vale esta piedra, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo, y mientras yo lo miraba, añadió: regalómelo un tio mio que fue gobernador en Filipinas, y los joyeros de Valladolid lo aprecian en trescientos doblones. Lo creo, repliqué, porque me parece primoroso. Pues ya que á usted le gusta, repuso ella, quiero que hagamos un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano y

Digitized by Google

me miró con ternura: luego cortando de repente la conversacion me dió las buenas noches y se retiró enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

Aunque era yo entonces uno de los cortejantes mas novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde habia de dormir y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que me inspiraban mi maleta que estaba sobre una mesa y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fui miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente caudal para bandearme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me

Digitized by Google

engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres cuando tan facilmente he agradado á Camila. Veniánseme á la imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan halagüeñas, no dejó el sueño de hacer su oficio; y asi sintiéndome adormecido me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, para dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; pues habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para aclarar mis sospechas, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dijo: ¿qué quiere usted, señor? todos sus criados han salido de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. Pues qué ¿no es esta la de don Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el viejo: solo sé que esta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño, y que una hora antes que usted llegase, aquella señora con quien cenó anoche vino á pedirme un cuarto para un caballero principal que ella dijo viajaba incógnito: yo le dí este, habiéndomelo pagado adelantado.

Caí entonces en la cuenta: conocí lo que debia pensar de doña Camila y de don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En

Digitized by Google

vez de echarme á mí solo la culpa de tan pesaroso suceso, y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna y maldije mil veces mi suerte. El posadero á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo) mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardia como el mesonero de Burgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion.

Digitized by Google

CAPITULO XVII.

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.

DESPUES de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento, debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volví, pues, á despertar mi valor y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos, y algunos ducados que tengo en las faltriqueras; y les agradecí el haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dejarme los botines, los cuales dí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin salí de la posada sin tener necesidad gracias á Dios de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fue ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado

Digitized by Google

de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado; y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto; pues supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Con que dando por supuesto que yo no las volveria á ver, como tampoco mi maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Burgos para recurrir segunda vez á doña Mencía; pero considerando que esto seria abusar de su bondad y que ademas me tendria por un simple, deseché este pensamiento. Juré sí guardarme bien en adelante de mugeres; y por entonces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponia los ojos en mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí, nada entiendo de rubíes; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo no quise dejar de ir á saber lo que valia la sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, di á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer al pronto en quien era, aunque en otro tiempo le habia conocido muy bien. ¿Cómo que, Gil Blas? me dijo: ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de lógica, y de cuantas veces argüimos los dos en casa del doctor Godines sobre los universales y grados metafísicos.

Digitized by Google

Antes que acabase de hablar habia yo venido en conocimiento de quien era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegria. ¡Ah! querido amigo, prosiguió Fabricio, y que encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de volverte á ver. Pero ¿en qué equipage te veo? A la verdad que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo con bordado de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí; mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas. A otro perro con ese hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado; ¡pero á mí que las vendo! Dime por vida tuya: ese bellísimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el Adonis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por que razon estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queriamos separarnos tan presto, entramos en un figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Alli nos desayunamos, y mientras tanto le hice menuda relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy estrañas y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, añadió: amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vése un hombre de entendimiento reducido á la miseria? espera con valor y

Digitized by Google

paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca* (dice Ciceron) *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre.* Yo por mi soy de este caracter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí: pedila á su padre, negómela como era regular. Otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento), de acuerdo con la misma muchacha la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada y alegre sobremanera: por consiguiente pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su deseo de viajar que quiso ir á Portugal; pero tomó otro compañero de viage, y me dejó plantado. Si no fuera el que soy me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Elena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos; y el resto duró pocos dias. Vime perplejo en aquella situacion. Comenzaba ya á guardar dieta, y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia; pero igualmente un grandísimo obstáculo. Mandóme el

Digitized by Google

padre que espiase al hijo, y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso obtar: preferí la suplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor ya hombre viejo, el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte, pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre; y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde por la mayor fortuna del mundo, me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy todavia y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano (1). Dicen que desde mozo solo tuvo puesta su atencion en el bien de los pobres y le mira con mucho amor, empleando á este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendicion del cielo! El se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije: por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero hablando en confianza, paréceme que podias hacer un papel mas brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato, mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio superior que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre bobo: entra menos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y hétele que ya le tiene

Digitized by Google

agarrado de la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pie cogeaba. Advertí que todo su deseo era ser tenido por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta, y aun hice mas; procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que el representaba delante de los demas; engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo, y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo, ¿Y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: dóite mil parabienes por ellas. Mas por lo que á mí toca, vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas; iréme á Salamanca, matricularéme en la universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio: ¡graciosa idea! ¿puede haber mayor locura que meterse á pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien pobrete en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones: Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un esterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el dia te se irá en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga alguna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion ¿qué premio te espera? si el señorito sale travieso y mal inclinado, á tí te echarán la culpa diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa, y aun quiza sin pagarte. Asi pues, no me hables del tal ofi-

Digitized by Google

cio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas (2). Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? pues el talento superior del criado los sabe lisonjear, convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como un hijo de familia duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

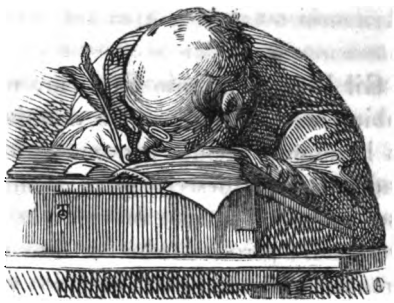
Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiese de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme; desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor y sigue mi ejemplo. Sea asi, Fabricio, le respondí; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado; y si yo me determinara á servir quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscártele y lo haré aunque no sea mas

Digitized by Google

que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

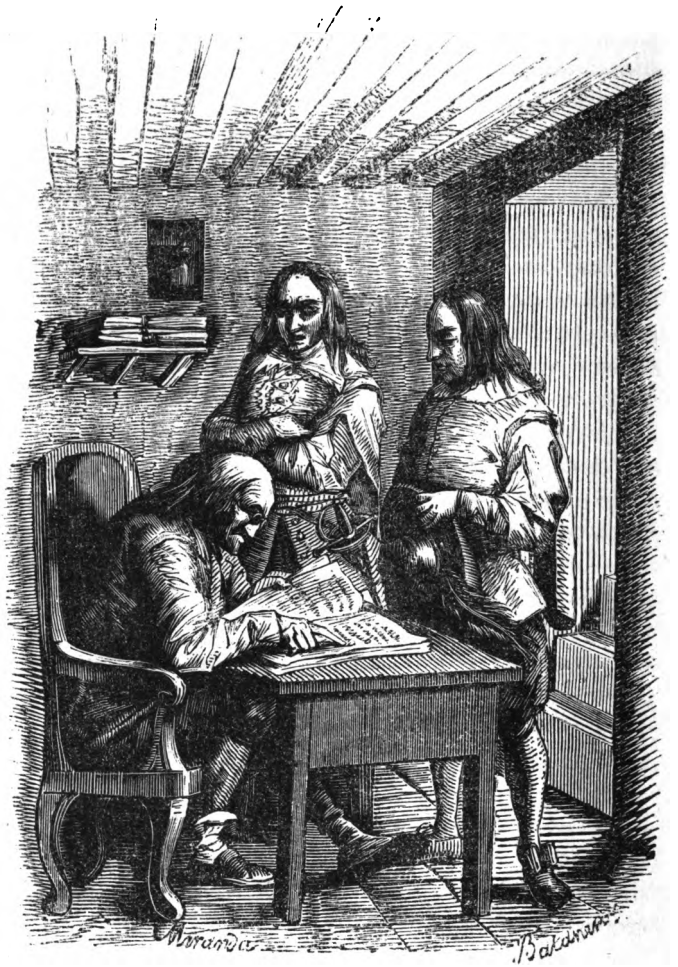
La próxima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion, salimos del figon y Fabricio me dijo: ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos: en fin él fue quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegamos á una callejuela y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar, nos encontramos con un hombre de cincuenta años que estaba escribiendo. Sa-



Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google

ludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asáz descortesmente, no se levantó, ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse á servir de criado, cuando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto: señor Arias de Londoño (3), aquí le presento á usted el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir (4). Proporciónele usted una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió friamente Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan. Cómo que, replicó Fabricio: ¿está usted quejoso de mí? ¿no me he portado bien? Mejor pudieras haberte portado: tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entonces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometiéndole que no se limitaria á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: asi gusto yo de que se trate conmigo. Hay vacantes escelentes puestos: leerélos y usted escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas y comenzó asi: necesita

lacayo, el capitan Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes y muy á menudo estropea á los criados. Pase usted adelante, dije yo prontamente; no me gusta el señor capitan. Riose Arias de mi viveza y prosiguió leyendo: doña Manuela de Sandoval, viuda y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede aguantar un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, grandes ó pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela, y asi todavia está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer, y un gran salario; pero hace en ellos la esperiencia de sus remedios, y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.

No lo dudo, interrumpió Fabricio dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va usted proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoño; todavia no las he leido todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera: tres semanas ha que está sin criado doña Alfonsa de Solís: es una señora anciana y devota que pasa en la iglesia las tres partes del dia y quiere tener siempre junto á sí al criado: otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo y canónigo de este cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoño, interrumpió Fabricio: á ese puesto nos atenemos, el canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores ca-

sas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz y se come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo, gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado: yo mismo te quiero presentar y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció, por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia, me proporcionaria otra tan buena, y aun quizá mejor.

Digitized by Google

Digitized by Google

Libro segundo.

CAPITULO PRIMERO.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo; estado en que este se hallaba y retrato de su ama (1).

POR miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. La estábamos preguntando si se podria hablar al señor canónigo, cuando

Digitized by Google

se dejó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavia de buen parecer y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la cual pendia por un lado un manojo de llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas (2). Saludámosla con mucho respeto; y ella nos correspondió con igual cortesania, pero con un aire devoto y los ojos bajos.

He sabido, la dijo mi camarada, que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entonces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí señora, respondió el hijo de Nuñez; el mismo es, porque tal como usted le ve, le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañia de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un Patriarca de las Indias (3). Al oir esto la buena de la beata, apartó los ojos de mí para volverlos al que la hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no la parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dijo, de haber visto ya esa cara y estimaria que usted ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, la respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de usted. Dos veces he venido á esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del Hospital. Justamente, replicó entonces el ama; acuérdome muy bien; ya caigo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será usted un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor

Digitized by Google

elogio, y no era facil que este mozo encontrase mejor fiador: Venga usted conmigo y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivia en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso todas muy decentes. Díjonos esperásemos un instante en la primera, mientras iba á avisar al señor canónigo que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros y nos dijo que podiamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detras de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las cortesias; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, estendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado bajo el magisterio del doctor Godinez en las disputas de filosofia, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: amigo, respondió, á mi fiador, desde luego recibo á este mozo, hasta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres; supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido hizo al canónigo una gran cortesia, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió muy alegre diciéndome al oido que me quedase allí, y que ya nos veriamos. Apenas habia salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó co-

Digitized by Google

mo me llamaba, y porque habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertilos á entrambos, sobre todo con la relacion de mi últíma aventura. Doña Camila y don Rafael les hicieron reir tan fuertemente, que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le escitó una tos tan violenta, que temí fuese llegada su hora: aun no habia hecho testamento: considérese cuanto se turbaria la buena ama. Víla toda trémula y azorada correr de aqui para alli por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fue un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entonces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta temerosa de que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guarda-ropa, donde, entre otros vestidos, estaba el de mi predecesor. Hizómele poner y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavia podria servirme. Desde el guarda-ropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizage bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo (4). Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un jigote, la chanfaina y en general toda especie de picadillo; de manera que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde mientras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponia la servilleta, prendiéndosela por detras con alfi-

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

leres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid y una fritada, que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias, por no irritar la gota del canónigo.. A vista de tan delicados manjares, mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada, y demas impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle: aunque trémulas iban y venian con bastante ligereza á donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando vi que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Se comió las pechuga sy las piernas sin dejar los alones. Siguiéronse los postres: y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada y dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo, pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo, ó con un conejo y con algun cubilete de fruta. En su casa por lo que toca á la comida estaba yo bien y lo pasaba alegremente; solo tenia un trabajo no poco pesado para mí. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á

Digitized by Google

pedir el orinal diez veces cada hora. Ademas sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia. Gil Blas, me dijo la segunda noche, tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomodará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que des tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonia. Quince años há que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí que no sé como pagárselo; y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal hijo de mi propia hermana é hice bien. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerla lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion la parece hipocresia, pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen y el bien que me hacen. Usted, señor, tiene muchísima razon, le respondí; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él y no me olvidaré de tí, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo; sino me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia aguantar; yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas leve respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche, y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! (exclamé yo, como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio): no merecia por cier-

to estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable; ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por servirle.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las ordenes de la señora Jacinta. Queriendo, pues, pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa; bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo granjearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comiamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla (5), estaba yo pronto á mudarlas de platos, á servirlas de beber y en fin á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegue á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darla conversacion y la pregunté si vivian todavia sus padres. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo há que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creila piadosamente, aunque su respuesta no fue muy categórica, y la fui poniendo en tanta gana de parlar que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir, descubrí yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de ma-

yordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte dormia con sosiego, mientras yo estaba en pie velando al amo. Pero sobre todo, lo que mas contribuia á mantener en ella aquel color vivo y fresco era, segun me dijo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.

Digitized by Google

CAPITULO II.

Qué remedios administraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad, lo que resultó, y qué dejó á Gil Blas en su testamento.

SERVÍ tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los medicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo, ante todas cosas, comenzase por hacer testamento; pero ademas de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fui, pues, á buscar al doctor Sangredo y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento que por espacio de cuarenta años, á lo menos, tenia

Digitized by Google

continuamente empleada la tijera de las parcas. Su esterior era grave, serio, con un si es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Parecia que medía sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar asi en tono magistral: trátase aqui de suplir el defecto de la transpiracion escasa, dificultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios

Digitized by Google

salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que usted acostumbra comer? preguntó al enfermo; comunmente cubiletes y manjares jugosos, respondió el canónigo. ¡Cubiletes y manjares jugosos! exclamó suspenso y admirado el doctor; ya no me maravillo de que usted haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que usted renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe usted vino? le volvió á preguntar; sí, señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice usted aguado! esclamó el doctor. ¡Qué desorden! ¡qué espantoso desarreglo! Debia usted haberse muerto cien años há. ¿Y qué edad es la de usted? Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el licenciado. Justamente, continúo el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si usted hubiese bebido solo agua clara toda su vida y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guisantes ó judias, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerian todavia facilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfio de restablecerle, como se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entonces Sangredo me dijo fuese prontamente á llamar á un sangrador que él mismo me nombró; y le hi-

Digitized by Google

zo sacar á mi amo seis tazas completas de sangre para empezar á suplir la falta de transpiracion. Despues dijo al sangrador (1): maese Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y mañana repetireis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrias, añadió era tambien preciso dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fue diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exactitud. Con efecto inmediatamente pusimos á calentar agua; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco ó seis cuartillos: una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volviamos á ello; de manera que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentán-

Digitized by Google

dole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: quita allá, amigo Gil Blas, me dijo con voz desmayada, ya no puedo beber mas. Conozco que me es preciso morir á pesar de la grande virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre: prueba clara de que el médico mas habil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llega el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda, pues, y tráeme aqui un escribano que quiero hacer testamento. Cuando oí estas palabras que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de ejecutar cuanto antes el encargo qne me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero: ¡oh, señor! (le respondí, dando un profundo suspiro) no está su merced tan malo por la misericordia de Dios, que todavia no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio, repuso; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando; ve pues, y has cuanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando á ejecutar lo que me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entreme en casa del primer escribano que encontré: señor, le dije, mi amo el licenciado Cedillo está acabando: quiere hacer su última disposicion, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonearse. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. Pues vamos, vamos aprisa, repuso él cogiendo apresuradamente la capa y el sombre-

Digitized by Google

ro (2), porque ese doctor es tan espeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

Diciendo esto salimos juntos andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en agonia; y yo dije en el camino al escribano; ya sabe usted que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria, por lo que suplíco á usted, que si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo. Yo te lo prometo, me respondió, y fiate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegamos á casa hallamos todavia al enfermo despejado y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que la dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al sangrador que venia á hacerle otra sangria. Deténgase maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar; porque está su merced haciendo testamento. Le sangrareis á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose me dijo *no has sido echado en olvido*, *Gil Blas*: palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole san-

Digitized by Google

grado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi exangüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrias, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dadole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir, el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó tambien siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer dia habian desahuciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata que se persudieron que el canónigo habia muerto *ab intestato*. Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento dispuesto con las formalidades necesarias; y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, pronunciaron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí que verdaderamente lo merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se esplicaba asi en el ar-

Digitized by Google

tículo del testamento que hablaba conmigo: *ítem: por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio le dejo mi libreria con todos los libros y manuscritos sin esceptuar ninguno.*

No sabia yo donde podia estar la tal soñada libreria, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamas. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles; y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se titulaba *el cocinero perfecto*; otro trataba *de la indigestion y del modo de curarla*; los demas eran las cuatro partes del breviario medio roidas de ratones. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso era todos los autos de un pleito que habia seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuime á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, ademas del dinero y alhajas que el canónigo la habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo y se hace famoso médico.

RESOLVÍ ir á buscar al señor Arias de Londoña, para escoger en su registro otra casa donde servir, pero cuando estaba muy cerca del rincon donde vivia, me encontré con el doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage, y mostrando particular gusto de verme: hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en tí. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y escribir. Como usted, dije, no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo asi, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente, te trataré con distincion; no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de

Digitized by Google

vestirte con decencia; te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades; y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Acepté la proposicion del doctor con la esperanza de salir un célebre médico bajo la direccion de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducia toda su fami-

lia; pero sobre no saber palabra de ortografia, escribia tan mal, que por lo comun no se podia comprender lo escrito. Encargóme, pues á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuorio ó libro de di-*

Digitized by Google

funtos, porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo, ni mas ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruage ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon; pero si á la criada y á mi nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: bebed, hijos mios: la salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? le detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebia mas que agua sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una tisis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos*.

Digitized by Google

Sostenia que antes bien los desgasta y destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, asi para los viejos como para todos los demas, era un amigo y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una diarrea, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal*, y á la mala calidad de los alimentos que comia. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender, y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia. Cuando te hayas acostumbrado á beber agua, me dijo, conocerás sus virtudes. Por lo demas si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica las comunica un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de amapola.

Por mas que ponderase las excelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas esquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion que advirtiéndolo él, me dijo un dia: ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mio; el agua bebida en poca cantidad solo sirve para remover la porcion de la bilis, y darla mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfrie demasiado el estómago. Lejos de tí ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto, y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio

Digitized by Google

del agua y añade en términos espresos, que los que por beber vino se escusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para encubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indocil cúando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon; y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí, pues, en beber agua bajo la fe de Celso, ó por mejor decir, comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la esperiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de dejar la casa del doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros que dejan envejecer á los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servicios. Estoy contento contigo, te quiero; y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años há. Los demas médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inutiles como dificultosas: yo intento abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la fisica, la farmacia, la botánica y la anatomia. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y hacer beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Sí; este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable á mis

Digitized by Google

hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrias y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raiz toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas esperiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré á la nobleza y al clero: tu visitarás á los del estado general que me llamaren, y despues de haber ejercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. Hé aqui, Gil Blas, que ya eres sabio sin ser médico, cuando otros por muchos años y la mayor parte toda la vida, son médicos antes de ser sabios.

Di gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo de ser sustituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le ofrecí que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo síncera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en trage de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen enmis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad, y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve mas compasion de su sangre que de la del alguacil, y fui muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Digitized by Google

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una carcajada tan grande que parecia iba á rebentar de risa. No dejaba de tener razon: llevaba yo

una capa tan larga que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran tan anchos que sobraban mucho para dos cuerpos como el mio; en fin, mi figura podia pasar por original y grotesca. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado, si no me contuviera el decoro de la calle, y la representacion de médico, que

Digitized by Google

no es un animal risible. Si mi ridículo trage habia movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y despues que se rió cuanto quiso: ¡por cierto, Gil Blas, esclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿quién diablos te ha disfrazado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy sustituto del doctor Sangredo, médico el mas famoso de Valladolid (1). Tres semanas há que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina; de manera que como él no puede visitar á todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. El asiste á la gente principal, y yo á la plebe. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya, y él se ha guardado la ilustre. Doite el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! sus yerros son menos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo, tu suerte me parece la mas envidiable, y, por hablar á manera de Alejandro, si yo no fuese Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Nuñez conociese que no exageraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y, con licencia del oráculo latino al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago se me quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvimonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos

Digitized by Google

burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo parage.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada.

O bien habia yo entrado en casa cuando tambien volvió á ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos y embolsándose los seis, me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió, ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le en-

Digitized by Google

tregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente luego que comí, volví á echarme á cuestas el hábito de sustituto y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á todos los receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aqui las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico por escelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado alli por un pariente del mercader. Hice profundas cortesias á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamente: señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros mios; pero confieso que la fisonomia de usted es para mí enteramente nueva, por lo que es preciso que usted haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un joven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á usted la enhorabuena, me replicó cortesmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será usted habilísimo, aunque tan mozo todavia. Dijo esto con tanta naturalidad que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, cuando el droguero tomó la palabra y nos

Digitized by Google

dijo: señores, tengo por cierto que ustedes saben uno y otro perfectamente la medicina, y asi les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el mediquin, me preguntó sonriéndose con aire socarron, ¿y cree usted que con esos excelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? Y como que lo creo, respondí animoso; sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y sino, que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate, asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico, es conveniente dejarle padecer hambre y sed. ¡Oh! le respondí, yo no tengo á Celso por mi oráculo. Engañóse, como se engañaron otros, y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones. Conozco por la esplicacion de usted, repuso Cuchillo, la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangria y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que tantos hombres honrados perezcan en sus manos..... Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad, no está bien en un hombre de la profesion de usted tocar esa tecla. Sin sacar sangre y sin dejarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura; y quizá usted habrá despachado á ella mas que otros. Si usted tiene algo contra el señor Sangredo, escriba impugnándo-

Digitized by Google

le, que no dejará ciertamente de responder, y entonces veremos quién es el que queda vencido. Por san Pedro y san Pablo, prorumpió lleno de cólera el doctorcillo, que usted no conoce al doctor Cuchillo. Sepa, pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo; y en breve vinimos á las manos. Dímonos algunas puñadas y nos arrancamos uno á otro una

porcion de pelos antes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita é hicieron quedar á mi antago-

Digitized by Google

nista, que verosimilmente les pareció mas habil que yo.

Despues de esta aventura faltó poco para que me sucediese otra. Fui á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó hablar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Dijóme mil desvergüenzas y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Sali de aquella casa mas de prisa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fui derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habiamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teniamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente y despues nos retiramos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia; porque le conté con tanta energia lo que me habia sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas, al enojo y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y asi me dijo: hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. Pues qué, ¿piensa el grandísimo ignorante que no se deben administrar á los hidrópicos bebidas acuosas? ¡pobre mentecato! pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesias, y que es un específico igualmente adaptado para estas como para los reumatismos y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion so-

Digitized by Google

lo parece extraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filosófos; pero es muy probable en buena medicina; y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarian á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas, adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal, ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de lo que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sendos vasos de agua que bebia, pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas; y asi me dijo sonriéndose: amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso nectar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento.* Lo que es ahora, crea su merced, que yo daria una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las excelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, exclamó, eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos, los termópolis de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida, anegándose en el

Digitized by Google

vino; sino que concurrian allí á divertirse honestamente y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia prevision de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber, si no le recetaba el médico. ¡Oh qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad, digna del siglo de oro, se conservan aun en el dia de hoy algunas pocas personas, que como tú y como yo solamente beben agua, persuadidas de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente, que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega solo á calentarse.

Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurria en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo: abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavia me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza, y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellos antiguos termópolis, de cuya falta tanto se lamenta usted. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del dro-

Digitized by Google

guero, no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrias y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondíla que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta su sobrina que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando cual fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una muger en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atencion su fisonomía, y despues de haberla mirado por algunos momentos, reconocí sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció no me habia conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el trage de médico en que me veia. Tòméla el pulso, y vi que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible conmocion al reconocer una alhaja, á la cual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dichoso D. Rafael ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entonces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su postiza ó su verdadera sobrina. No fui tan mentecato que quisiese confesar que no le conocia, antes bien haciendo de hombre sabio, é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad, que todo dependia de falta de traspiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmedia-

Digitized by Google

tamente y humedecerla bien, haciéndola beber agua caliente en cantidad para curarla segun el debido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuime derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió, no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones, y si no acuérdate de lo que te sucedió en Astorga; tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos, y ten un poco de paciencia, que presto nos veremos.

Mas de tres horas hacia que estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque habia mudado de trage: traia el pelo trenzado, y unos bigotes postizos, que le tapaban la mitad de la cara: del cinto le colgaba una espada larga cuya cazoleta tenia por lo menos tres pies de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas. Servitor, señor Gil Blas, me dijo, acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene usted un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de usted el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante; y le empeño

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

mi palabra de que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que habia inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja: y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de miedo. No se turbe, madre, la dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante, alumbrando con una vela en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: infame, la dije, ¿conoces ahora á aquel crédulo Gil Blas á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, bribonaza. El corregidor dió oidos á mi querella, y orden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea, pues, señor alguacil, (dije á Fabricio) cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo há que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la carcel pública de esta ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada,

Digitized by Google

advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella y juntas las manos, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintado el desconsuelo y el terror: señor Gil Blas, me dijo, apiádese usted de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre, que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavia fui mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija y me la puso en la mano. Pero yo la respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que se me habian robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida usted á mí; pídaselos al traidor de don Rafael, á quien no he visto desde entonces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah buena maula! interrumpió Fabricio, ¿pues qué, no hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañia á esta buena vieja á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos que al señor corregidor no le pesará saber.

Al oir esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba escitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo, me suplicaba y conjuraba la librase de manos de la jus-

Digitized by Google

ticia. Era este un espectáculo digno de verse. Fingí ablandarme, y dije al hijo de Ñuñez: señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demas. No deseo se aflija á esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno, por cierto! me respondió, usted es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion, y el señor corregidor espresamente me mandó prendiese á estas princesas, porque quiere su señoria hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento. Hágame usted el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa, y suavizar un tantico el rigor de la orden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. ¡Oh! señor doctor, repuso Fabricio, ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea, pues, veamos lo que me quieren regalar. Daréle á usted, dijo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Os aseguro que son finas, dijo Camila, y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas asi las piedras de los pendientes, como las perlas del collar. Estas alhajas, dijo, despues de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley, y si se añade á ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dije entonces á Camila, que por semejante friolera quiera usted deshacer un convenio que la

Digitized by Google

tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar facilmente, dijo á las dos mugeres: adios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.

Digitized by Google

CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid.

JECUTADO tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habiamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demas sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugéres del partido, creiamos haber hecho un acto meritorio. Señores (dijo Fabricio, luego que estuvimos en la calle), soy de parecer que para coronar esta bella hazaña, vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasaremos alegremente la noche. Mañana venderemos el collar, los pendientes y el candelero; haremos nuestras cuentas y repartiremos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciese para escusarse de haber pasa-

Digitized by Google

do la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que facilmente encontrarian algun buen pretesto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse orden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos á la mesa con tanto apetito como alegria. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas; sobre todo Fabricio, que era fecundísimo, y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion y divertir á toda la compañia. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática (1); pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegria un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres, y en fin de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia, y facilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos; pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, asi por su mayor número como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. Señores (nos dijo el comandante con cierto airecillo burlon), tengo noticia de la ingeniosa invencion con que ustedes han recobrado de mano de cierta aventurera, no sé qué preciosa sortija. El estratagema fue ingenioso y escelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á ustedes negar. La justicia que tiene destinado á ustedes digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio. Turbáronse á estas palabras todas las

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

personas á quienes se dirigian, y mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de esperimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo, Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos. Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fue sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente supercheria. ¡Qué diablos! replicó el comandante con viveza, ¿á esa llamas tú supercheria inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cañamo, ó cuando menos á baqueta esa inocente supercheria? Fuera de que á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano: os llevasteis ademas de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer ese robo, os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villania y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Sereis muy dichosos, si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando llegamos á comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echamos todos á sus pies, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija que verdaderamente era mia, quiza porque se la ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin, estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles, que habiendo sospechado la vieja que vivia con Camila, que no eramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que te-

Digitized by Google

niendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda para vengarse de nosotros.

En la carcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo, sin dejarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas; por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gente tenia unos mismísimos modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demas que encontraron, el cabo de ronda referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iriamos á la horca sin remedio, y otros menos severos decian que la cosa se podria componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvia sobre esto el corregidor, nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormiamos sobre paja estendida ni mas ni menos que se estiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de alli sino para ir á galeras, si al dia siguiente, habiendo oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la carcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolvió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prision como habiamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non nobis &c.*

Digitized by Google

Luego que nos vimos fuera de la carcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo; y me dijo: mi Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por tí. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teniamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer que se beberia mucha agua y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé como era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser) ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo haciamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavia era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dije un dia al doctor Sangredo, protesto al cielo y á la tierra, que observo exactamente el método de usted, pero con todo, mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco menos lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos; y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermeda-

Digitized by Google

des. Señor le repliqué, si usted quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas: ensayemos el kermes; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que experimentamos con nuestra agua y nuestras sangrias. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de las sangrias y del agua: ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo; siendo asi, no es razon conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirán que usted se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que estan con la lanceta, no veo que hagan mas milagros que nosotros y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejamos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia

entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros

Digitized by Google

que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo, á quien habiamos echado á la sepultura, ó un tio que se quejaba de que hubiésemos muerto á su sobrino: pero nunca veiamos á ningun sobrino ó hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios habiamos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos, tambien eran prudentes; pues ninguno vino á lamentarse de nosotros, porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros, pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oia con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oirlos con igual serenidad, si el cielo, quiza por librar de este azote mas á los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la inclinacion á la medicina que ejercia con tan infeliz éxito, y el cual describiré fielmente, aunque el lector se ria á mi costa.

Habia cerca de casa un juego de pelota, á donde concurria diariamente toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parages. Era vizcaino y hacia que le llamasen don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centellantes, que parecia daban vueltas en las órbitas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes re-

Digitized by Google

torcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y desabrida que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvia soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrian entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas, tenia seguro al dia siguiente un desafio. Este señor don Rodrigo, tal cual le acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazon de la dueña del juego. Tenia esta cuarenta años, era rica, bastante bien parecida, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria, sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan, y ninguno sabe esplicar. Como quiera que sea el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego á donde enviaba á mis enfermos y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo desesperado de haber perdido su novia, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaria de parte á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despre-

Digitized by Google

ciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia entrar en casa al furioso vizcaino, y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme en fin á dejar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedime de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo de Mondragon en el camino.

Digitized by Google

CAPITULO VI.

A donde se encaminó Gil Blas despues qué salió de Valladolid, y que especie de hombre se incorporó con él (1).

CAMINABA muy aprisa, y de cuando en cuando volvia á mirar atras por ver si me seguia el formidable vizcaino. Teníale tan presente en la imaginacion que cada bulto y cada arbol me parecia que era él, y continuamente me estaba dando saltos el corazon; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, á donde habia hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y solo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina, antes bien pedia perdon á Dios de haberla egercido. Con todo no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos, semejante á las mugeres públicas que des-

Digitized by Google

pues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Ademas tenia gran gana de ver aquella corte que me habian pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

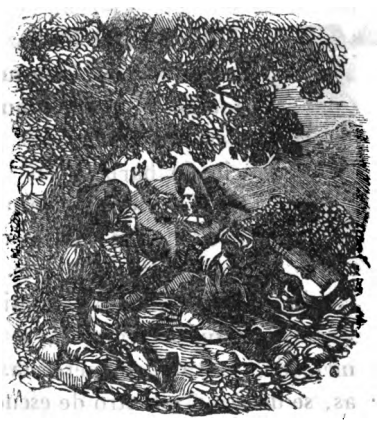
Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traia á cuestas una maleta, en la mano una guitarra y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viage, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dejado á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió habria encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes: pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo y saber como estan mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Digitized by Google

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenia apetito. En llegando al meson lo veremos, le respondí. ¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó; yo traigo en la alforja algo que almorzar: cuando camino, siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca, ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon, y colgando la vacía del cinto. Alabé su prevision, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Me sentia con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistia en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan y unos bocados de queso; pero lo que presentó, como lo mejor y mas precioso de la alforja, fue una botita llena de vino que aseguró ser muy delicado y gustoso (2). Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien, y no los desairamos. Vaciamos tambien toda la bota que hacia dos azumbres, de un vino, que á mi parecer, no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viage con mas vigor y con mayor alegria. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Pare-

Digitized by Google

ciéndome que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le dí el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á usted tal cual ella ha sido. Y diciendo y haciendo, comenzó á contarla poco mas ó menos, en los términos siguientes.



Digitized by Google

CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.

FERNANDO Perez de la Fuente mi abuelo (porque me gusta tomar las cosas muy de atras) despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolas heredó la tienda, y siguió la misma profesion. Beltran, que fue el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader y trató en merceria. El tercero, llamado Tomas, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legítima y se fue á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y alli se casaron todos tres con hijas de labradores (1), que trajeron en

Digitized by Google

matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad; pues parece habian apostado á cual habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, parió seis en los cinco años primeros de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas me puso á su oficio; y apenas cumplí quince años, cuando un dia me echó á cuestas la alforja que veis, y ciñéndome está misma espada; ea, Diego, me dijo, ya puedes ganar la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Vete, pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España: no quiero oir hablar de tí, hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano, y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

Esta fue la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio menos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Salí, pues de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, cuando examiné la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas y un pedazo de jabon. Ademas de eso hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducia todo mi haber. Por aqui podrá usted conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo la posesion de un ducado, y

Digitized by Google

veinte reales mas no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegria proseguí mi camino mirando de cuando en cuando el puño de mi tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba é impedia caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: *sí*, me dijo, con mucha dulzura; *sí*, caballerito mio; usted será servido como un príncipe. Condújome á una pieza pequeña, y un cuarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este esquisito guisado con un vino que segun él decia el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama mas propia para despertar á una piedra que para dormir. Figúrese usted una tarima tan corta que aun siendo yo pequeño no podia estender las piernas, sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso el colchon de pluma se reducia á una especie de jergon ético y estrujado, cubierto de una sábana doblada, que despues de su última lavadura habria servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato, y de aquel precioso vino que antes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Digitized by Google

Al dia siguiente, luego que hube almorzado y pagado bien el principesco tratamiento que me habian hecho, me planté de una tirada en Segovia. Asi que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome solo de comer y vestir; pero no paré alli mas que seis meses, porque otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me levantó de cascos y me marché con él á esta villa. Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pie que en Segovia, en una tienda de las mas concurridas; pues su vecindad al corral del Príncipe (2) atraia á ella tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Alli iban personas de todas clases, y entre ellas comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sugetos de esta clase: pusiéronse á hablar de los poetas y las poesias del tiempo, y les oi pronunciar el nombre de mi tio. Entonces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zavaleta, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó escesivamente. Y Luis Velez de Guevara, dijo el otro, ¿no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á cuantos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Sí, dijo uno de ellos, Don Pedro de la Fuente es un grande autor, sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delicada sal. No me admiro de que sea tan estimado de la corte y del pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da

Digitized by Google

casa y mesa, por lo que nada gasta, y asi es preciso que esté muy bien y tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que digeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito, y parecia haberse estrañado mucho de nosotros, oiamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien, y me informé de las señas de su casa, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer con él. Solo me detenia el haber oido á los cómicos llamarle don Pedro. Aquel *don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso vencí al cabo este temor, pareciéndome que asi como habia sabido hacerse sabio, podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero, y asi resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido, de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comenzé, pues, á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero me digese cual era el cuarto del señor don Pedro de la Fuente. Suba usted por aquella escalerilla (3), me dijo mostrándome una que estaba al fin de un patio, y llame á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hícelo asi: llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito á quien pregunté si vivia alli el señor don Pedro de la

Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las tragera del Padre Santo de Roma no le haria yo á usted entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta medio dia; y asi puede usted ir á dar una vuelta y volver entonces.

Salíme, pues, y me fui á pasear por Madrid toda la mañana pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo para mí, que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme, porque medía su corazon por el mio; asi contaba con que seria muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene usted muy á tiempo, me dijo el page: presto saldrá mi amo, espere usted aqui que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su

cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido á mi tio Tomás que le hubiera tenido por el mismo, á no ha-

Digitized by Google

berle visto en aquel traje y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto, y le dije que era hijo de Maese Nicolás de la Fuente, el barbero de Olmedo, y hermano de su señoría, y que hacia tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Mientras le estaba hablando, adverti que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando á la cuenta si me conoceria ó no por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido y afectando cierto aire jovial y risueño, me dijo: y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tios? ¿en qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion: fuile nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relacion hasta los nombres de sus padrinos y madrinas. Parecióme que no se interesaba demasiado en tan menuda esplicacion; y queriendo conseguir su intencion: ahora bien, querido Diego, me dijo, apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete, pues, y cuando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viage. Diciendo esto me fue llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretestos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera

Digitized by Google

intencion del señor don Pedro, me dijo: yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que permanecieses en Madrid. El trata con tantas personas de distincion que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras que escitaron en mi imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tio, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme con algun personage de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano que entraba francamente en casa dé los grandes y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados, mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo: ¡cómo, bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio! anda, vete, que yo te dejo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los pies en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras y mucho mas me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme llorando, y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto, pasé por la contraria, del sentimiento á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente, sin el cual habia vivido hasta alli, y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entonces mas que en cultivar mi talento. y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el dia (4) y por la noche, para recrear un poco el ánimo, aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un viejo escude-

Digitized by Google

ro á quien yo afeitaba. Llamábase *Marcos de Obregon*, y me enseñaba la música que sabia perfectamente, porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como esperiencia, y me queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo á ver todos los dias al anochecer, cuando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos á las

gentes que nos oian. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina (5), que asi se llamaba

Digitized by Google

la muger del médico. Bajaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas la agradaban. Su marido no la impedia esta diversion, pues aunque estremeño y viejo no era celoso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia, y cuando se retiraba á casa por la noche, iba tan cansado de visitar enfermos que se acostaba muy temprano, y ninguna aprension le causaba el gusto que su muger tenia de oir nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de escitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadia que aunque su muger era á la verdad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen. Y asi no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queriamos. Una noche que fuí á la puerta del médico para divertirme, como acostumbraba, encontré al viejo escudero que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco antes de principiar la música. Asi que nos vimos en una calle escusada y solitaria á donde me fue llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad; querido Diego, me dijo con semblante triste, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero y he tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar, pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se esplicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podiamos temer, porque yo no era hombre que qui-

Digitized by Google

siese hacer frente al peligro, y que todavia no habia dado la vuelta por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Cuando un año há entré á servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su muger, y presentándome á ella me dijo: Marcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquier parte que vaya. Quedé admirado al ver á doña Marcelina. Encon-

trème con una dama jóven y en estremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talle, y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagradó tanto á doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo: *Oiga el impertinente, el atrevido: ¿quién le ha enseñado á tomarse esas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas ni aguanto requiebros.* Sorprendiéronme estrañamente unas palabras tan ásperas, pronunciadas por aquella boca, y tan

Digitized by Google

agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á componer aquel modo de hablar rústico, grosero y desabrido, con todo lo demas que veia en una muger de presencia tan grata. El marido acostumbrado ya á ello, lejos de incomodarle, se tenia por muy afortunado en haberle tocado una muger de aquel estraño carácter, tanto que me dijo: Marcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para salir de casa, me mandó que la fuese acompañando á la iglesia (6). Apenas estuvimos en la calle, cuando encontramos dos mozalvetes, que pagados de la belleza y garbo de Marcelina, la dijeron como es tan ordinario, algunas palabras muy lisongeras. Pero ella les respondió con tanto sacudimiento, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y admirados, no sabiendo concebir como podia haber en el mundo una muger que no gustase de ser alabada y aplaudida. ¡Ah! señora, la dije: haga usted que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que la dicen: menos malo es callar, que responder con grosería y desabrimiento. Eso no, replicó ella: quiero enseñar á estos insolentes que yo no soy muger que pueda sufrir me pierdan el respeto. En fin á cada paso se la escapaban tantas impertinencias, que al cabo me resolví á decirla todo lo que sentia, aunque fuese á peligro de disgustarla. Representéla del mejor modo que me fue posible que hacia injusticia á la naturaleza, echando á perder tantas bellas prendas de que la habia dotado, malográndolas todas por aquel su humor desabrido, rústico y cerril. Que una muger de genio dulce y de modales atentas, graciosas y cortesanas, se hacia amar de todos sin el socorro de la hermosura, cuando por el contrario la mas hermosa, sin el auxilio de estas otras prendas, era el objeto del desprecio de todos. A este discurso añadí otros, dirigidos al

Digitized by Google

gobierno y arreglo de las costumbres. Despues de haber moralizado á mi satisfaccion temí que me costase caro mi celo y mi fidelidad, escitando la cólera del ama y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto; mas no sucedió así. No se inquietó por mi representacion: contentóse con hacerla inútil por entonces; y el mismo efecto produjeron otras que la fui haciendo los dias siguientes.

Canséme de advertirla en vano sus defectos y abandonéla á la aspereza de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Este natural tan agreste, esta muger tan orgullosa, de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina, que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban, ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta la digan que es hermosa, y que ningun hombre la puede mirar sin cobrarla aficion. Son muy de su gusto los requiebros, y en suma ya es otra muy diferente muger. Esta mudanza apenas es comprensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Sí, mi querido Diego, tú has sido el autor de una transformacion tan estraña: tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera; en una palabra tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez, y ó yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por tí en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta es la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que usted me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mia el que me ame una muger hermosa. ¡Ah Diego! me replicó: bien se conoce que dis-

curres como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y esperimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada dia mas la pasion de doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato llegará á conocerlo el doctor Oloroso su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aqui, porque no tiene el mas leve motivo para tener celos; pero despues se pondrá furioso, se vengará de su muger, y podrá hacernos á tí y á mí un flaco servicio. Pues bien, señor Marcos, le repliqué cedo á vuestras razones, y me entrego á vuestros consejos. Dígame usted que debo hacer, y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente. Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco á poco se la irá entibiando la pasion y recobrará su tranquilidad. Espérame en casa del maestro que yo te iré á buscar, y allá tocaremos y cantaremos sin inconveniente. Ofrecílo asi: y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues que yo era un mozo que no podia ser visto sin peligro.

Sin embargo, el buen Marcos, á pesar de su prudencia, esperimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él, no sirvió para templar el fuego de doña Marcelina, antes bien produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar, le preguntó por qué razon habíamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióla que tenia tantas ocupaciones que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta escusa y por tres

Digitized by Google

dias sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia, y le dijo á su escudero: Marcos, tú me engañas: Diego no ha dejado de venir aqui sin motivo; y esto encierra algun misterio que quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que asi te lo mando. Señora, respondió él pagándola con otra mentira, ya que usted quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse sin cena, y ya no se atreve á esponerse á ir á la cama sin cenar. ¡Cómo sin cenar! esclamó ella lastimada. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¡pobre mozo! Anda al instante y traémelo contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré orden que se le guarde aqui siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! esclamó el escudero, admirado de oirla hablar de aquella suerte; ¡qué mudanza, cielos! ¿Sois vos, señora, la que me hablais en esos términos? ¿Pues de cuándo acá os habeis hecho tan compasiva y sensible? Desde que tú viniste á esta casa, me respondió prontamente; ó por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdeñosos, y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella enternecida, que he pasado de un estremo á otro. De altiva é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar, y su ausencia muy lejos de templar mi amor, le inflama mas y mas. ¿Es posible, señora? replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya escitado en vos una pasion tan vehemente? Yo disculparia vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero de gran mérito..... ¡Ah, Marcos! interrumpió Marcelina, ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga

Digitized by Google

esperiencia, todavia no las conoces bien, si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgarlo por mí misma, nunca reflexionan para enamorarse. El amor es un desorden de la razon, que á pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto y nos sujeta á él. Es una enfermedad que nace en nosotras y nos atormenta como la rabia á los animales. No te canses, pues, en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño; basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece hechicero y mas hermoso que el sol; fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta, y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora (replicó Marcos), ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? (7) Su baja y humilde condicion.... Yo no soy mejor que él, me interrumpió; pero aun cuando fuera una muger de distincion, nunca repararia en eso.

El resultado de esta conferencia fue que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su capricho, y se retiró como un diestro piloto cede á la tormenta que le desvia del puerto adonde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo mas: por dar gusto á su ama, me vino á buscar, me llamó aparte, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: bien ves, Diego, me dijo, que no podemos escusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mio, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos esponemos á que haga alguna locura que perjudique mas que nada á su reputacion. No me

Digitized by Google

hice de rogar y respondíle que iria á su casa con mi guitarra asi que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta agradable noticia. Hízolo asi, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de pies á cabeza, con cierto *agua va*, que lisonjeaba poco el sentido del olfa-

to. Viéndome en tal estado no sabia qué partido tomar. Volverme á casa, era esponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros mios: ir á la de

Digitized by Google

Marcelina en aquel magnífico equipage no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á la casa del médico, persuadido de que encontraria á Marcos á la puerta, y que todo se remediaria antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fue asi: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podriamos divertir á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en espresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las mas funestas desgracias; y despues, como si hablase con la puerca que me habia puesto de aquella manera, se desfogó echándola mil maldiciones. Señora (la dijo Marcos), moderad esos impulsos, considerad que el lance fue puro efecto de casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo. ¿Cómo quieres (respondió ella) que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Marcos me estaba limpiando con una toalla, Marcelina fue corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos, y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumerio y aspersorio, la caritativa señora fue en persona á la cocina y me trajo pan, vino y algunos pedazos de carne-

Digitized by Google

ro asado que tenia guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, y ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Marcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena, templamos prontamente los instrumentos y arreglamos las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oirnos: bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que mientras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas, porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto, aunque ya habia mucho tiempo que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas la parecian instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian horas, no le hubiera avisado que ya era tarde. Dióle el trabajo de decírselo mas de diez veces, pero daba con un hombre infatigable en este punto que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico comenzó á entrar en sospecha, y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos, que hasta entonces le habia respetado, quiso inquietarlo, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo mas, prohibiéndonoslas en tono de amo que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Noticióme Marcos esta resolucion, que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entonces me desazonó muchísimo, porque sentia

perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme y llevar en paciencia aquel reves de la fortuna. No asi Marcelina, cuya aficion cobró mayor fuerza. Querido Marcos, dijo al escudero, de tí solo espero algun consuelo, ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego. ¿Qué es lo que usted me pide, señora? la respondió colérico; demasiada contemplacion he tenido con usted. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasion contribuya á deshonrar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel, y de una conducta irreprensible. Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso. ¡Ah Marcos! (replicó la señora asustada de estas últimas palabras) me atraviesas de parte á parte el corazon, cuando hablas de marcharte. ¡Pues qué! piensas, cruel, dejarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veo! Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh! y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando quisiste enmendarlas.... Pero ¡qué es lo que digo! (continuó ella llorando.) ¡Desdichada de mí! ¡á qué fin darte en cara con tan injustas quejas! no, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio; mi mala suerte fue la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero, Mi pasion me ha trastornado el juicio; compadécete de mi flaqueza. Tú

Digitized by Google

eres mi único consuelo, y si aprecias mi vida no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Mar-

cos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamas se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndola lleno de ternura. ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! no tengo fuerzas para combatir vuestra pena, que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliaros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder

Digitized by Google

para haceros olvidar de vuestro deber cuando la compasion sola lo ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo sucedido, y me dijo tenia ya pensado el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una noticia tan triste como inesperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle me dijo: señor Diego ¿cómo le va á usted con su amigo el viejo escudero Marcos de Obregon? ya sabrá usted que está para marcharse de casa del doctor Oloroso. No por cierto, le respondí. Pues sépalo usted, me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban de tener ahora una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: señor boticario, tengo que hacer á usted una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante que guardase á mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: usted necesitaria de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que aunque ha seis semanas que enviudé, todavia la mantengo en casa. A la verdad me seria muy util para gobernarla; pero se la cedo á usted gustoso, por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del séxo fragil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi muger, que como usted sabe era moza y linda, no ví en mi casa

Digitized by Google

ni aun la sombra de un galan. Sí, por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo; sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré mas; mi muger á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo que la inclinó enteramente á la virtud. En fin es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestas muy contra mi inclinacion un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á tí toca, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio rigoroso que

Digitized by Google

atribuian á aquella muger, era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora médica habia adormecido á aquel Argos y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeitar á un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mi, y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondila que sí, y ella me replicó: pues á usted venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Muy bien, la repliqué yo: pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo se remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso la mensagera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de usted, señor don Diego: el cielo le conserve. ¡Qué galan sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otra. Diciendo esto se desvió de mi aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensage, y toda la moral de Marcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hacia su puerta. Alli dí principio á mis maullidos, que debian oirse de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Un momento despues bajó la misma Marcelina á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos á la sala en donde habiamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba debilmente alumbrada por una luz que ardia sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio á nuestra conversacion, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer solo causaba la

Digitized by Google

conmocion de Marcelina, y la mia estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teniamos que temer por parte de su marido, pues se habia apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegria. Sin embargo, la pregunté: señora ¿cómo habeis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creí os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras, y mucho menos de veros á solas. Sonriéndose entonces Marcelina de mi pregunta, me contestó: dejarás de sorprenderte de la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido la hizo mil caricias, y me dijo: Marcelina, te entrego á la direccion de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes, y un espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la muger de un boticario amigo mio: pero dirigió..... de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.

Estas alabanzas, que el aspecto grave de Melancia no desmentia, me costaron muchas lágrimas y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendria que escuchar desde la mañana hasta la noche, y las reprensiones que me seria forzoso aguantar todos los dias. En fin consentí en llegar á ser la muger mas desgraciada del mundo, y olvidando toda consideracion en medio de una esperanza tan cruel, la dije con mucha sequedad á la aya luego que me ví sola con ella: sin duda os dispondreis para hacerme padecer mucho, pero debo advertiros que soy poco sufrida, y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazon está dominado de una pasion, que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podeis to-

Digitized by Google

mar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañaros. Al oir estas palabras la dueña adusta, que bien creí iba á ensartar un sermon por primera entrada, se puso risueña, y me dijo con un tono afable: mucho me agrada vuestro caracter; vuestra franqueza provoca la mia, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah! bella Marcelina, qué mal me conoceis si formais juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi esterior! No me tengais por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos, sino para ser util á las mugeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputacion de la virtud. Para entre nosotros, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el dia todos se contentan con tener sus apariencias.

Dejaos guiar por mí, continuó la aya, y vereis como se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmaceútico, porque no me parece mas respetable la frente de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡cuantas piezas le jugamos su muger y yo! ¡Qué amable era aquella señora y de qué bello caracter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud: ha tenido qué sé yo cuantos amantes, á quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamas. Asi, señora, miradme con ojos mas favorables, y estad convencida de que por mas talento que tuviese el escudero que os servia, nada perdereis en el trueque, y aun tal vez os seré mas util que él.

Figúrate ahora, Diego (continuó Marcelina), si ha-

Digitized by Google

bré agradecido á la dueña el habérseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creia de una virtud austera. Ve ahi cómo se juzga mal de las mugeres. Melancia se granjeó desde luego mi afecto por este caracter de sinceridad, y la abracé con un gozo estremado que le manifestó con anticipacion cuanto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, la pedí que me proporcionase cuanto antes una conversacion á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló, y que es una mensagera que la sirvió muchas veces para la muger del boticario. Pero lo que hay de mas gracioso en esta aventura (añadió Marcelina riéndose) es que Melancia por la relacion que la hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él, y ocupa mi lugar en este momento. Lo siento mucho, señora (dije entonces á

Marcelina), y de ningun modo apruebo vuestra invencion Vuestro marido puede muy bien despertarse y echar de ver el engaño. ¡Oh, eso no! (replicó ella con precipitacion); no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una muger que te quiere.

Digitized by Google

La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecia mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasion; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las risas y de los juegos, se disponia á labrar mi felicidad, oimos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que habia en la sala; apagó la luz, y (como lo habia concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese) se fue á la puerta de la alcoba en que dormia su marido. Entretanto los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repeticion, que despertando el doctor se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arrojóse esta de la cama, aunque el viejo, que creia que era su muger, la decia que no se levantase; reunióse con su ama, que sintiéndola á su lado la llamaba á gritos para que fuese á ver quien estaba á la puerta. Ya estoy aqui, señora (la respondió la aya); volveos á la cama si quereis, que yo voy á ver lo que es. Durante este tiempo, habiéndose desnudado Marcelina se acostó con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la oscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable, y la otra tenia mucha disposicion para serlo.

La aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo: señor doctor, tenga usted la bondad de levantarse á prisa, porque al librero Fernandez Buendía, vecino nuestro, le acometió una apoplegia y os llaman de su parte para

Digitized by Google

que voleis á su socorro. El médico vistiéndose lo mas pronto que pudo partió á casa del enfermo, y su muger en bata de noche vino con la aya á la sala en donde yo estaba y me sacaron de debajo de la mesa mas muerto que vivo. Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina, serénate. Al mismo tiempo diciéndome en dos palabras de qué modo se habia arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo, y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya. Señora, la dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero y volverse inmediatamente; ademas de que (añadió, viéndome traspasado de miedo) ¿qué harias con ese pobre mozo no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo, tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mí, menos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fui á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo que siempre nos cerca, ó por mejor decir se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremes, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

me fui al dia siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche, y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hize tan al natural que un vecino que volvia á su casa, teniéndome por uno de estos animales, cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los pies y me le arrojó con toda su fuerza, diciendo: *¡maldito sea el gato!* Recibí tan fuerte golpe en la cabeza que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa, pero no tuvo malas resultas, y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia para desprenderla de mí la buscase algun otro conocimiento, de lo que no me informé, porque nada me importaba: pues salí de Madrid para andar la España luego que me ví perfectamente curado.

CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.

CONTOME el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me ví precisado á oírselas, y en verdad que no fue breve la relacion, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á

Digitized by Google

doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio é hicimos alto en él. Alli encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Parecióno mal vestido, mas por otra parte de buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortesmente y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si eramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. Oh, señores, (exclamó enagenado de alegria) verdaderamente que ustedes vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos, y que miran á lo venidero. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo á pesar del miserable estado en que ustedes me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan ustedes que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dijo Diego, será usted comediante. Adivinólo usted, respondió el desconocido, por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender. Hablemos francamente (replicó el barbero, meneando ladinamente la cabeza), tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pie, ni hacer almuerzos á lo san Anton; y me temo que si usted ha hecho algun papel no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas.

Digitized by Google

Piense usted de mí lo que quisiere (respondió el histrion) lo cierto es que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á usted la enhorabuena y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañia de tan gran personaje.

Comenzamos entonces á roer nuestros regojos, y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante: estoy admirado de ver á usted en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone usted si le hablo con esta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce que no ha oido usted hablar del famoso comediante Melchor Zapata, porque ha de saber usted que por la misericordia de Dios no soy de genio delicado. Me da usted mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no miren ustedes esta ropilla. (Diciendo esto, nos mostró el forro de ella que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas.) Esta es la tela que comunmente me sirve de forro: y si todavia tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guardaropa contentaré á ustedes. Helo aquí: (y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raida, con un penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un crivo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada). Ya ven ustedes ahora que soy medianamente infeliz. Esto es lo

Digitized by Google

que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿no tiene usted muger ni hija? Si señor, respondió Zapata; pero vea usted la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dejaria morir de hambre: pero por mi poca fortuna di con una muger de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos no se engañaria como yo! una muger virtuosa que era del número de los cómicos de la legua me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó usted con alguna bonita comedianta de las compañias de Madrid? Entonces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podia hacer alguno de la compañia del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mugeres que no son de la profesion, y por fortuna suya Madrid es bueno y se suelen encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué (le replicó mi compañero) nunca pensó usted entrar en alguna de las compañias de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor, usted se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañia; pregunte usted al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad, por lo menos, merecian ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan facil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero, ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturdido de palmadas y silvidos

Digitized by Google

que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hácia todas partes con mil gesticulaciones y posturas, cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama, mientras yo estaba declamando. En una palabra representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso, lo que aplaudia tanto en otros, no lo podia sufrir en mí. Vea usted cuanto puede la preocupacion. En vista de ello, no acertando á dar gusto, y no teniendo medio para ser admitido en la compañia, á pesar de todos los silvidos de la mosqueteria, dejé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora, donde estan mi muger y mis compañeros, que no hacen alli gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático, se levan-

Digitized by Google

tó, echóse á cuestas la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros: á Dios (nos dijo con mucha gravedad): quieran los dioses inmortales derramar sobre ustedes á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos (le respondió Diego en el propio tono) que halle usted en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silvar para que no se le olvidaran tan presto los silvidos de Madrid. Con efecto, creyó que todavia le sonaban en los oidos: y volviendo la cara, y viendo que nosotros nos divertiamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su viage dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte con grande algazara; y cogiendo otra vez el camino real, seguimos nuestra marcha.

Digitized by Google

CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego á sus parientes; y como Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones.

UIMOS aquel dia á dormir entre Mojados y Valdestillas á un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, (1) y al siguiente á las cinco de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como usted que tanto amor tiene á su tierra parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Usted me la pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me representa como una ciudad. Era razon que por lo menos la tratase usted de villa grande. Yo le pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras principales ciudades de España en la

Digitized by Google

vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea. Conforme ibamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y al rededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas, dentro de las tiendas, otros echaban vino en grandes vasijas de barro: estos atendian á que cociesen las ollas y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion, como un espacioso teatro que observé bastante elevado que estaba adornado con algunos bastidores de carton pintado de diferentes colores y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo: esto me huele terriblemente á mi tio Tomas; apuesto algo á que ha andado aqui su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula. Lo que me enfada es que en las conversaciones encaja sin cesar pasajes enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso ha traducido varios poetas griegos y latinos, y está instruido en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. g. aquella de que en *Atenas lloraban los niños cuando los azotaban*: cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no lo sabíamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos ibamos á informar, se encontró

Digitized by Google

Diego con un hombre que conoció ser su tio el señor Tomas de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino; tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin le abrazó estrechísimamente y le dijo: ¡oh querido sobrino Diego, con que al cabo bas vuelto á ver á tus dioses penates y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh dia tres y cuatro veces beato! *¡albo dies notanda lapillo!* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel gran talento, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete pies de tierra para enterrarse: *argenti pallebat amore.* Tenia muchas pensiones de los grandes, y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Arístipo, el cual, caminando por los desiertos de Libia, hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha; amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *connubio junxit stabile, propriamque dicavit.* Este himeneo, concluido bajo los mas felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos dias con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen ca-

Digitized by Google

da uno la suya; y por su turno costean la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto, y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos divirtió con una bellísima fiesta pastoril, Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos dijes que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no parecia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja, hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *finis coronavit opus.* Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias intitulada: *los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, rey de Marruecos* (2). Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia y los tengo en mi casa á pupilage. ¡Excelentes representantes! Verdad es que les he enseñado yo. Su declamacion parecerá acuñada en el cuño del maestro *ut ita dicam.* En cuanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa; y solo diré sencillamente que dejará estáticos á todos los espectadores. Es uno

Digitized by Google

de aquellos asuntos trágicos que ponen toda el alma en conmocion por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasia. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario escitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se verian morir no solo á los primeros personages, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo, *hasta las mismas guardias?* Haria tambien degollar al apuntador. En fin, solo me agrada lo terrible; este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentio de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegria con que fue recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia, y cuantos se hallaban presentes, y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre: seas bien venido, hijo Diego: en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes; ¿no es asi? Por ahora no te digo mas, á su tiempo lo sabrás muy por menor. Mientras tanto el gentio se fue adelantando hácia

Digitized by Google

la llanura: llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas que ya estaban preparadas. Yo no dejé á mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno á otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa, por aventajarse á sus hermanos, que no habian dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del reñor Tomas, no dudando (decian) que una produccion de ingenio tan superior seria dignísima de oirse. Acercámonos, pues, al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dejaronse ver los actores en la escena; y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató, por via de diversion, cien esclavos á flechados. En el segundo hizo degollar treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente en el tercero, aquel monarca cansado de sus mugeres pegó el mismo por su mano fuego á un palacio aislado, donde estaban encerradas y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de mimbre hechas con algun primor y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado por un fuego artificial. Este incendio acompañado de lastimosos gritos que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á

Digitized by Google

la tragedia y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los *vivas* y los aplausos con que fue celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de los *pasatiempos de Muley-Bugentuf*, pero engañeme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomas de la Fuente para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, asi pupilos como los que no

Digitized by Google

lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones, y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente, pues, se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de èscuela y un armario ó estante lleno de libros pequeños encuadernados con aseo. Entonces todos los actores se presentaron en la escena y formaron un semicírculo delante del señor Tomas, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al rey de Marruecos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver cuando pasaban delante del monarca Marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en uno de los dos bancos para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos; pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir, porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron, y acusaron al maestro de parcialidad y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.

Digitized by Google

Digitized by Google

Libro tercero.

CAPITULO PRIMERO.

Llegada de Gil Blas á Madrid y primer amo á quien sirvió alli.

DETUVEME algunos dias en casa del barbero y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas de vacio (1). Hízome montar en una y tomamos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos á Segovia se empeñó en que me hospedase en su

casa. Dos dias descansé en ella y cuando me vió resuelto á marchar á Madrid con el arriero, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo asi, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Melendez, mercader de paños, que vivia en la Puerta de Guadalajara esquina á la calle de Cofreros. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido cuando me dijo con un modo muy agradable: señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de usted con tan vivas expresiones, que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Ademas de esto me suplica le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy dificil colocar á usted ventajosamente.

Acepté la generosa oferta de Melendez con tanto mayor gusto cuanto veia que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dijo acababa de proponerme á un caballero amigo suyo que necesitaba de un ayuda de cámara, y que, segun todas las señas, no me se escaparia esta conveniencia. Con efecto, habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento: señor, (le dijo Melendez, mostrándome á él) este es el mozo de quien hablamos poco há, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomia, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió del mercader, y me llevó consigo á la calle mayor frente por frente de san Felipe el Real. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto, subimos unos cinco ó seis

Digitized by Google

escalones, y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban antes de abrir (2). Pasamos despues á otra pieza donde tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia mirado bien en casa de Melendez, tambien yo le examiné á él despues con particular atencion. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frio y serio. Pareciome de buena índole, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia, y satisfecho de mis respuestas: Gil Blas (me dijo), yo contemplo que eres un mozo de gran juicio, y me alegro mucho de que me sirvas; y por tu parte espero estarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al dia para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo: yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer mas que limpiarme bien los vestidos; lo restante del dia te queda libre, y puedes hacer lo que quieras; hasta que por la noche te retires á casa temprano, y me esperes á la puerta de mi cuarto: esto es todo lo que exijo de tí. Despues de haberme dado esta instruccion, sacó seis reales del bolsillo, y me los entregó para empezar á cumplir nuestro ajuste. Salimos los dos juntos; cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dijo, no tienes que seguirme y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto se marchó y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dije entonces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacer-

Digitized by Google

le la cama, y barrer su cuarto por la mañana, te da seis reales cada dia y libertad de hacer despues lo que

quisieres, ni mas ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será facil hallar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené

Digitized by Google

en una hostería, poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia mandado le esperase. Llegó tres cuartos de hora despues, y se mostró contento de mi puntualidad. Muy bien, me dijo, eso me gusta, yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando. Dicho esto, abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos á oscuras, echó yescas y encendió una vela. Ayudéle despues á desnudar y luego que se metió en la cama, encendí por su mandado una lamparilla que habia en la chimenea, cogí la vela y llevéla á la antesala donde me acosté en un catre. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana; acepillé sus vestidos, diome mis seis reales y despidiome hasta la noche. Salió fuera de casa, sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y hétele aqui uno y otro que nos separamos para el resto del dia.

Tal era nuestra vida, que á mi me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era, que yo no sabia aun como se llamaba mi amo, y Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros; y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no sabian qué clase de hombre era mi amo, aunque hacia dos años que vivia en aquel barrio. Dijéronme que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos acostumbrados á juzgar temerariamente mal de todo, inferian de aqui que era un hombre de quien no se podia formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espia del rey de Portugal; y me aconsejaron caritativamente que tomase mis medidas acerca del particular. El aviso me puso en sumo cuidado, porque desde luego forme juicio de que, si era verdad lo que se decia, corria yo

Digitized by Google

gran peligro de visitar los calabozos de Madrid. Mi inocencia no me podia asegurar, y mis pasadas desgracias me obligaban á temer la justicia. Habia experimentado ya dos veces que si no quitaba la vida á los inocentes, á lo menos guarda tan mal con ellos las leyes de la hospitalidad, que siempre es una desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espia. mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé, pues, el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubria que verdaderamente era un enemigo del estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia, y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner por obra lo que habia determinado sin asegurarme antes de la verdad. Comenzé, pues, á examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor, señor, le dije una noche mientras le estaba desnudando; no sabe un hombre como ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced como hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah señor! repliqué, á la murmuracion nunca la falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte debe vigilar nuestra conducta? En una palabra dicen que su merced es espia del rey de Portugal. Entonces alzé los ojos y le miré con cuidado, como Alejandro á su médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de de-

Digitized by Google

cirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo cual confirmaba poderosamente las conjeturas de la vecindad: noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbajo, y esto tampoco lo interpreté muy favorablemente. Asi estuvo por un breve rato; pero luego como quien vuelve en sí, me dijo en un tono y con rostro muy tranquilo: Gil Blas, dejemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas expresiones. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, mientras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucho sosiego, y yo hice lo mismo, sin saber qué pensar. Al dia siguiente, cuando íbamos á salir de casa, oimos llamar recio á la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo, y mirando por la rejilla, vió á un hombre bien vestido que le dijo: señor caballero, yo soy alguacil y vengo de parte del señor corregidor á decir á usted que su señoria desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo. Eso es lo que no sé, replicó el alguacil; pero vaya usted á su casa y presto lo sabrá. Yo le beso las manos al señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su señoria. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el cuarto en ademan de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales y me dijo: amigo Gil Blas, tu puedes irte á pasear donde quieras, que yo no pienso salir de casa tan pronto, y en toda la mañana no te he menester. Persuadime al oir esto, que tenia miedo de que le prendiesen y que por eso no queria salir. Dejéle, pues, y para ver si me engañaba en mi sospecha, me escondi en parage desde donde podia observar si salia ó no. Hubiera tenido paciencia para man-

Digitized by Google

tenerme allì toda la mañana, si el mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues al cabo de una hora le vi salir y presentarse en la calle con un desembarazo y un aire de confianza, que dejó confundida mi penetracion. Sin embargo no me deslumbraron estas apariencias, antes bien me hicieron entrar en mayor desconfianza. Pareciome que todo aquello podia muy bien ser con estudio, y aun casi llegué á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en salvo huyendo. Perdí la esperanza de verle mas, y aun estuve perplejo en si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba de que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo, no dejé de ir á esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud, y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.

No bien acabó de vestirse, cuando llamaron de repente á la puerta. Fue el mismo á mirar por la rejilla quien llamaba. Vió que era el alguacil del dia anterior; preguntóle que se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oir este nombre temible se me heló toda la sangre. Habia ya cobrado un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de pájaros desde que tuve la desgracia de caer en sus manos, y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas distante de Madrid; pero mi amo que no era tan espantadizo, ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor corregidor con respeto. Ya ve usted, dijo á mi amo, que no vengo á su casa con grande acompañamieuto, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á usted que corren por el pue-

Digitized by Google

blo, me ha parecido que su persona era acreedora á que se la tratase con miramiento. Sírvase usted decirme como se llama, quien es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es don Bernardo de Castelblanco (3), familia conocida en Castilla la nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada y de honesta y grata conversacion. Sin duda, dijo el juez, tendrá usted una gran renta. No señor, repuso mi amo, no tengo rentas ni tierras y ni

aun casa. Pues, ¿de que vive usted? le replicó el corregidor. De lo que voy á enseñar á V. S. respondió D. Bernardo, y al mismo tiempo alzó un tapiz y abrió una

Digitized by Google

puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al juez en un cuartito, donde habia un gran cofre todo lleno de oro que quiso viese con sus mismos ojos. Ya sabe V. S., le dijo entonces, que nosotros los españoles somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna se iguala con la mia. Soy naturalmente tan perezoso y holgazan que no valgo para ningun empleo ni ocupacion. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del entendimiento desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe, que soy haragan y perezoso de nacimiento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo me dejaria morir de hambre. En este supuesto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, por no tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no haber de lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil lo que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo venidero, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro. ¡Oh y qué dichoso es usted! exclamó el corregidor.

Digitized by Google

Teníanle contra toda razon por un espia, personage que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga usted, don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio y me declaro por su defensor. Pídole á usted su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah señor! exclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras, admito el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es el complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oimos desde fuera, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba expresiones con que manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo, y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesias, aunque en el corazon le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira á un corchete.

Digitized by Google

CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.

UEGO que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor, acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia, salió de casa muy placentero por haberse granjeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez, me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo esplicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme, y temblar á su vista. El tambien me conoció, llegóse á mi gravemente, y conservando todavia su aire de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecile temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo;

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

¡pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿A dónde me llevará? Puede que tenga en esta villa alguna cueva oscura. ¡Diablo! si tal creyera, en este mismo momento le haria ver que no tengo gota en los pies. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde pararia, con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese. Presto me sacó Rolando de este cuidado y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguíle; mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto nos metimos en un cuarto, y así que el capitan se vió solo conmigo, me habló de esta suerte: sin duda, Gil Blas, estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero mas te admirarás cuando hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dejé en la cueva, y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habiamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos, dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, los enardecieron mas. Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A cuántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demas aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente iba á ser ya el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Aguarda, le dije, ¿A qué fin derramar sangre sin nece-

sidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad matarle; fuera de que él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, asi como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedí, pues, por el hijo del corregidor; y no le fue inútil mi intercesion. Solo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demas que conduciamos. Volvímonos despues á nuestro soterráneo, á donde llegamos el dia siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos al ver levantada la trampa, y mucho mas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos; nunca te hubiéramos creido capaz de jugarnos semejante petardo, y te perdonamos el chasco en gracia de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, la di órden de que nos compusiese bien de comer. Entre tanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro; que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que, á pesar de nuestra buena voluntad, desamparamos á aquel miserable que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos á la mesa, y despues de haber almorzado grandemente, nos retiramos á nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo, ó descansando todo el dia. Cuando despertamos nos dijo Leo-

Digitized by Google

narda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos el funeral, como si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis dias sucedió que habiendo hecho una salida, encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres cuadrillas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos; y aunque superior en número á nuestra tropa la atacamos; pero al tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros, y nos rodearon de manera, que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuenos necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente, y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, cercados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos cuadrillas nos llevaban presos á Leon, la tercera fue á cegar y destruir la cueva, que fue descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego (1) volviendo á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva que dejastes abierta el mismo dia que te escapaste con la señora, y sospechó que aquella era nuestra habitacion; y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio descortezó ligeramente algunos árboles vecinos; y otros mas de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fue mucho mayor, por cuanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañia. El corregidor hizo juntar las tres cuadrillas para prendernos, y les dió por

Digitized by Google

guia al labrador que habia descubierto el soterráneo.

Mi llegada á la ciudad de Leon fue un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugues hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian, y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan y el terror de toda esta tierra: merecia ser atenaceado; y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo; el cielo cansado de tus delitos, te ha entregado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive á mí me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah infame! replicó, sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó podrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza (1). Por lo que toca á mí, estuve tres semanas enteras en la carcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese mas terrible; y en fin cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo: oye tu sentencia. Quedas libre. Si no fuera por tí, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdon de tus delitos y le conseguí. Vete á donde quieras; pero creéme (añadió) aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuel-

Digitized by Google

Digitized by Google

ve en tí, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la cuarta parte de lo que debia heredar. Pero ¿qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil, y segun cumplo con mi empleo parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros por decoro se habrian opuesto á mi admision, si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interés en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demas; lleve el diablo al mejor. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazon. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerias. ¡Oh y cuánto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegria y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exponerme de este empleo y desaparecer el dia menos pensado para retirarme á las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera, habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me

brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañia; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de tí que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso, y asi no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; usted es inclinado á las empresas arduas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió; aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavia muy dentro del corazon, y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberla restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis, y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demas que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz: ya que tienes un corazon tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones; mas escucha bien las palabras que voy á decirte y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar

Digitized by Google

hoy, y jamas me tomes en boca con persona viviente de este mundo; porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí.... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.

Digitized by Google

CAPITULO III.

Deja Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco y entra á servir á un petimetre.

ALIMOS de la taberna, y cuando nos estábamos despidiendo uno de otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad, la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña, y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitan y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referírselas. Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te ví poco hace?

Digitized by Google

Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta; pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion, y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que acabé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo: toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando egercia yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida, ¿mas por qué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte? Señor, le dije, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó, dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz y date por despedido.

Partime inmediatamente, y fuime en derechura á dar esta mala noticia á mi protector Melendez, el cual me dijo por consolarme que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dijo: amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con don Matias de Silva. Es un sugeto de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman petimetres (1). Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece; es verdad que todo va al fiado; pero nada se va á

perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas, que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de don Matias es amigo mio: vamos á buscarle que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que por respeto mio hará de tí particular estimacion.

Mientras íbamos caminando á casa de don Matias, me dijo el mercader: paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando á dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es un hombre muy vano, y gusta mucho de que los demas criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho, te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza, no se contentará con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en que ganar. D. Matias es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa, preguntamos si podiamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontrariamos en su cuarto. Efectivamente

Digitized by Google

le hallamos en él y estaba con un labrador que tenia en la mano un talego de terliz lleno, á lo que me parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo menos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me examinó de pies á cabeza, y me dijo con mucha afabilidad que yo era el mismísimo que convenia á don Matias, y que él tomaba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodriguez; yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano y tomándole el talego le dijo: veamos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos juntos, dió su recibo al labrador y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: ahora podemos ir, me dijo; á ver al amo, que se estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio dia, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entonces de levantarse don Matias. Estaba en-bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion aderezar tabaco rapé. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dijo el mayordomo, aqui está este moeito que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.; asegura que es

un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoria, para que le reciba: yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez: anoche estuve muy desgraciado en el juego: perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso, pues, que me busques en el dia doscientos doblones, y se los envies á la condesa de Pedrosa. Señor, (respondió el mayordomo): mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí (2) de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aqui, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero ya no sé á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Cuanto estás hablando es inútil, respondió don Matias, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo! ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso estoy persuadido de que presto se verá V. S. libre para siempre de cuidado. Ya me cansas y me matas con tanta bachi-

Digitized by Google

llería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero precisamente que los busques y los halles. Pues segun eso, dijo Rodriguez, voy á ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S. aunque á crecida usura. Ve y recurre aunque sea al mismo diablo, respondió don Matias: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demas no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, cuando al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo llamado don Antonio Centellas, ¿Qué tienes amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto asi el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió don Matias: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me da un mal rato: no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas, y me engullo el capital: ¡gran bestia! como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo. Cuando el grandísimo ganapan en fuerza de mis repetidas órdenes me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo: me dice que me pierdo y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dijo don Matias, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centellas.... Pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómi-

Digitized by Google

cas las escenas sérias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hayas menester, y tú pediras al mio el que yo necesite. Dejarémosles decir todo lo que quieran y nosotros los oiremos con oidos de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos: tú solo tendras noticia de los mios, y verás como nos divertimos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion entrando en la sala acmpañado de un vejete tan calvo que ape-

nas se le descubria un cabello. Quiso despedirse don An-

Digitized by Google

tonio, y dijo: adios, don Matias, que presto nos volveremos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes. No, no, respondió mi amo; estate aqui, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves es un hombre muy de bien que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Como *á un veinte por ciento*? replicó Centellas como admirado. A fe que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos de á treinta y tres por ciento. ¡Qué usura! exclamó entonces el usurerísimo viejo: ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que no hay otro mundo? Ya no estraño se declame tanto contra las personas que prestan á interés.

El exorbitante precio á que venden sus empréstitos, es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo, no estariamos tan desacreditados.

¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa, y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interes, pues aun en medio de mi pobreza casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. ¡Mas oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las reglas de mi moralidad.

¿Cuánto dinero há menester V. S.? (preguntó, volviéndose hácia mi amo). Doscientos doblones respondió este. Cuatrocientos traigo en este talego, dijo el usurero, contaré la mitad, y se la entregaré á V. S. Al mismo

Digitized by Google

tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el cuarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por experiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa, y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Descomulgado (3), dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion que me parece cuerda: verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedí á usted el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra; no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á usted. Tomaré, pues, esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pie, para escusarle el trabajo de hacer otro viage á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado heredero de grandes posesiones que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipótecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad (interrumpió Rodriguez sacando del bolsillo un papel) la tendrá usted aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor don Matias se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon (4) arrendador de los estados de Mondejar. Me conformo, replicó el usurero, porque no soy

Digitized by Google

Digitized by Google

hombre que me hago de rogar. Entonces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que inmediatamente firmó silvando mientras firmaba, sin haber siquiera leido la letra.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de don Matias, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: hasta la vista, señor usurero, soy todo de usted. No sé cierto porque son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí juzgo que son unos entes muy necesarios al estado, el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas. Tienes razon, dijo entonces Centellas, los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto, se acercó al viejo para abrazarle, y los dos petimetres para divertirse se le enviaban recíprocamente el uno al otro como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dejaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos, y aun alguna cosa mas.

Luego que salió Rodriguez con el testaferro de sus maldades, envió don Matias á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro, que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á don Antonio: y bien ¿en qué hemos de pasar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengámos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centellas, que eso es ser hombre de juicio: conferenciemos, pues. Cuando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad de mi amo, esto es de veinte y ocho á

treinta años; uno de los cuales se llamaba don Alejo Seguiar (5), y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro, comenzaron á darse tantos abrazos, como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á don Matias, y á don Antonio: y bien señores, les dijo, ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais convidados os quiero llevar á una casita de los cielos, donde bebereis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, exclamó mi amo, pues asi no hubiera perdido mi dinero.

Yo, dijo Centellas, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del estado, un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles esquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez que me divertió estremadamente. El dueño aunque de nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su muger, aunque era fea de gana, creia ser una Venus, y ademas decia mil necedades, sazonadas con un acento vizcaino que las daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuanto me divertiria aquella cena casera.

Pues yo, señores, dijo don Alejo Seguiar, cené con una comedianta, con Arsenia. Eramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marques de Zenete, don Juan de Moncada, y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir galanterias. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y

Digitized by Google

Florimunda no son de las mas discretas; pero ¿qué importa? su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas que las prefiero á las mugeres juiciosas.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes; secreto admirable que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo, y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.

ROSIGUIERON aquellos señoritos charlando de esta manera hasta que don Matias, á quien yo entretanto ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Díjome entonces que le siguiese; y todos los cuatro petrimetres tomaron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comenzé, pues, á marchar detras de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera; y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo:

Digitized by Google

hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Asi me lo parece á mí tambien, replicó él; todavia hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te prometo sobre mi palabra que presto te desvastaremos y te puliremos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió: está cierto de que no hay hombre, por tonto que sea, á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que tenia por compañeros unos lindos perillanes, y que no podia caer en mejores manos para llegar á ser un mozo de provecho. Cuando llegamos á la tal casa, hallamos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que don Fernando habia tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegria, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus expresiones me divertian completamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! me parecian unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles, nos retiramos los criados á otro cuarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á reserva de un cierto airecillo de nobleza que no sabian remedar, en todo lo demas parecian los mismos.

Digitized by Google

Admirábame su desenvoltura y desembarazo, pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo: patron, tráiganos acá diez botellas del vino mas generoso que tenga, y segun usted acostumbra, cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero señor Gaspar, ya sabe usted que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de usted pudiera cobrar algun dinerillo.... ¡Oh! respondió el criado, no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas, pero mañana haremos que se levante el secuestro y sereis pagado de todo el importe de la cuenta sin examinarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente, mientras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando, y el de don Fernando llamaba *Centellas* al de don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos nombres postizos, ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dijo uno de los menos tartamudos, espero que haremos de tí algo bueno. Veo que tienes fondo é ingenio: pero no sabes

Digitized by Google

aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda: no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos se te escape algun dicho agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo me parecia tan facil y practicable que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido, para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil estravagancias, algunas agudezas, que me granjearon grandes aplausos. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería, para que me ocurriese algun conceptillo, y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras: cada dia irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se esperimenta sirviendo á gen-

Digitized by Google

te baja, ni aun á la de mediana condicion. Sin duda le respondí, y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! exclamó el criado de don Fernando, que estaba ya alumbrado: no es dado á la gente basta el tener pensamientos altos, ni talentos superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Estigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle y con la botella en una mano, y el vaso en la otra hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos retirarse, que fue á media noche; lo que á mis camaradas pareció un esceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano, fue por ir á ver á una petimetra mala cabeza que

Digitized by Google

vivia en el barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á cuarenta años, linda en estremo, todavia de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que (segun se decia) vendia mas caros los rebuscos de su belleza, que habia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas que no eran menos joviales que sus amas. En fin, nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á medio dia como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle y entramos en casa de don Antonio Centellas, donde encontramos á un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en edad y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser petimetres, se ponian en sus manos y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto, enseñándoles á lucir en el gran mundo y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centellas á mi amo: á fe, don Matias; que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marques de Zenete y á don Juan de Moncada, y yo quiero que tu seas del convite. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó don Matias. Se llama Gregorio Noriega, respondió don Alvaro: y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á nego-

Digitized by Google

ciar en pedreria á los paises estrangeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso á comer y gastar todo su dinero haciendo el petimetre, y que rebienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza, que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal está ya medio consumido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centellas, y espero verle presto en el hospital. Vamos, don Matias, conozcamos á ese hombre y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello (dijo mi amo), porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrearse y confundirse con nosotros. Como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes, obligaron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó don Antonio, ese tal no merece le tengan lástima, porque no es menos necio ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron, pues, mi amo, Centellas, y don Alvaro á casa de Gregorio Noriega, Mogicon (1) criado de Centellas y yo, fuimos tambien tras de ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marques de Zenete y don Juan de Moncada. Dejóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los peti-

Digitized by Google

metres; pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él, y en hacerle gastar cuanto tenia. Señores, dijo don Alvaro, despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que sobre mi palabra presento á ustedes como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee mil bellas prendas y es un joven muy culto. Escojan ustedes lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutil, hasta la mas pura y delicada ortografia. ¡Oh señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio, sonriéndose sin ninguna gracia: yo si, señor don Alvaro, que podia decírselo á usted porque usted sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia*. Por cierto, replicó don Alvaro, que mi ánimo no fue buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dijo don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografia, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio, y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo; antes bien todo lo convertia en sustancia tomando al pie de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfe-

Digitized by Google

cho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo asi que se mofaban de él. En fin, fue el hazme-reir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.

Digitized by Google

NOTAS

AL TOMO PRIMERO,

TOMADAS

DE LAS OBSERVACIONES CRITICAS

SOBRE EL ROMANCE

DE GIL BLAS DE SANTILLANA,

POR

D. Juan Antonio Llorente.

Nota al prólogo de los editores.

(1)

El Presbítero español don Juan Antonio Llorente, individuo de muchas academias y sociedades literarias, escribió en Paris y en idioma francés año 1820, un libro en 8.° titulado. "*Observaciones críticas sobre el romance de Gil Blas de Santillana &c.* El objeto de esta publicacion fué remediar el mal que involuntariamente habia hecho el Padre Isla á nuestra literatura, defendiendo con débiles argumentos que el Gil Blas es español; sin embargo, fué grande el mérito que agregó á sus glorias literarias, restituyendo á su patria una obra de mérito tan incontestable, y que los franceses nos usurpan atribuyendo su composicion original á *Mr. Le Sage*, tan conocido en la república de las letras por su particular habilidad y talento para engalanar y apropiarse las ideas agenas. Como nadie disputará al padre Isla el mérito que hemos indicado, creemos no seria justo omitir su retrato al frente de esta edicion.

Digitized by Google

El conde de Neufchateau, miembro del Instituto francés, y ex-ministro del Interior, conociendo la debilidad de las razones de Isla, publicó en 1818 una disertacion en que persuadió á la Francia que el Gil Blas era original de Le Sage, valiéndose de argumentos que por ser mas robustos que los del exjesuita español, produjeron la conviccion de que la obra era francesa, quedando la opinion en tal estado, hasta que aparecieron las *observaciones de Llorente* que á su vez pulverizaron los argumentos de Neufchateau.

Llorente provisto de infinitos datos, y despues de hacer una esquisita anotomía del romance, escribió sus *observaciones* en francés, y las presentó en el Instituto de París en mayo de 1820, con una carta en que suplicaba á este cuerpo respetable diese una resolucion. Pero habiendo pasado mas de año y medio sin que recayese alguna, creyó Llorente hallarse en el caso de publicar sus trabajos en defensa del honor literario de la nacion española, mayormente cuando veia cada vez mas arraigada la opinion de ser original de Le Sage la citada obra de Gil Blas. Publicó en fin sus *observaciones* en París, y despues lo fueron en Madrid, imprenta de Albán, año 1822. Para la publicacion y composicion de esta obrita en un pais como la Francia, se necesitaban luces grandes y un valor no comun; estas dos circunstancias unidas á un ardiente patriotismo hicieron de Llorente el hombre mas á propósito para defender nuestras glorias literarias, y su apreciabilísimo libro nos suministra la notas con que va enriquecida esta edicion.

Las proposiciones que Llorente intenta persuadir están reducidas á cuatro. Primera: el romance de Gil Blas y el del Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda, fueron en su primitiva y original composicion un solo romance que tenia por título; *Aventuras del Bachiller de Salamanca*. Segunda: El autor original de aquel romance, que ahora está dividido en dos, fué español y vivia en Madrid. Tercera: el autor original fué don Antonio Solís, el mismo que compuso muchas comedias y la historia de la conquista de Méjico. Cuarta: Mr. Le Sage hizo dos romances de un solo manuscrito español, repitiendo en uno muchas especies del otro, aunque variando algunas para ocultar la identidad. El curso de estas notas y la lectura de la obra entera de Llorente,

Digitized by Google

nos hará ver si este crítico ha logrado lo que intenta: nosotros creemos que sí; pero aun en el caso contrario ¿quién le disputará la gloria de haber ilustrado una cuestion tan eminentemente nacional, abriendo á otros el camino para la investigacion de la verdad?

Notas al capítulo I del libro primero.

(1).

«*Y yo nací al mundo diez meses despues.*" &c. Facilitando Llorente la cronologia de la vida de *Gil Blas* por los hechos de su vida que tienen relacion con la historia nacional, fija el nacimiento de aquel en el año 1588, y no en Oviedo sino en el pueblo en que habia nacido su padre. Véanse las *Observaciones críticas de Llorente, cap.* 5 *fol.* 33.

(2).

"*Canónigo de aquella iglesia.*" Segun las cronologias citadas en la nota anterior, era hácia el año 1595 cuando Gil Blas teniendo la edad de siete años, recibe la educacion de su tio Gil Perez canónigo de Oviedo. *Llorente, cap.* 5.° *fol.* 33.

(3).

"*Y me envió al Dr. Godinez.*» Llorente fija esta época en la cronologia de los hechos en el dia de S. Lucas 18 de octubre de 1603. En este curso de lógica tuvo Gil Blas por condiscípulo á Fabricio Nuñez, hijo de un barbero de Oviedo. *Llorente, cap.* 5. *fol.* 33 *y* 34.

(4).

«*Gustábanme mucho las disputas.*» Una de las cuatro pro-

Digitized by Google

posiciones que prueba Llorente en su obra, es que los dos romances de *Gil Blas* y *el Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda* fueron en su primitiva y original composicion una sola obra escrita en el año 1655 por un autor natural de Castilla que vivia en Madrid y la intituló «*Historia del Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda,*» y que Mr. Le Sage á quien vino á parar el manuscrito del modo que esplica en el *Cap.* 2.º *de las observaciones críticas*, desmembró lo necesario para publicar como produccion suya el romance del *Gil Blas* agregando donde y como le pareció conveniente varias novelas españolas; para esto confronta todos los periodos en que coinciden ambos romances, y respecto á la aficion á las disputas filosóficas, cita la inclinacion del *Bachiller* exactamente igual á la que tenia *Gil Blas* hasta el punto de parar las gentes en la calle para disputar con ellas. *Llorente cap.* 8.º *fol.* 68, *idea primera.*

(5).

«*Estoy resuelto á enviarte á Salamanca.*» En el capítulo V. de las *observaciones*, dice Llorente: «hay en el romance de *Gil Blas* ciertas narraciones íntimamente ligadas con la historia nacional de España; las notas cronológicas deben servir para fijar las épocas de la vida del héroe novelístico; y el conocimiento de estas influye para examinar el mérito y la época de la composicion de la obra y aun la patria del autor.» Por esta razon no omitiremos ninguna de estas notas contando con la paciencia del lector, «pues no he necesitado yo poca, dice Llorente, para trabajos tan agenos del deleite literario; y sin embargo la he tenido únicamente por tratarse del honor literario de nuestra nacion.»

Respecto á la resolucion de Gil Perez citada arriba, vemos en las *observaciones* que cuando el canónigo tio de *Gil Blas* dispuso que su sobrino fuese á estudiar á Salamanca, le dijo: «Hola, Gil Blas, ya no eres niño; *tienes diez y siete* «*años* y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar «en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á Salamanca.» Viendo los dos testos y combinando los hechos intermedios entre una y otra época, se puede muy bien buscar la cronologia

Digitized by Google

de cuanto precedió hasta que Gil Blas consiguió el empleo de secretario del duque de Lerma, el cual, viudo de doña Catalina de la Cerda, fué creado cardenal en 1618, habiendo cesado de ser ministro en 4 de octubre del mismo año, y sucedídole en el ministerio su hijo el duque de Uceda. Con lo dicho se facilita la cronologia de los hechos hasta el viaje de Gil Blas á las Asturias; pues dice en el tomo 4.º «Cuando me estaba disponiendo para mi viage á Asturias con Escipion, fué creado el duque de Lerma cardenal por la Santidad de Paulo V.»

Por la historia sabemos que Felipe III murió en 11 de marzo de 1621. Le sucedió Felipe IV, y tuvo por primer ministro al conde duque de Olivares hasta 1645 en que fué retirado á Loeches donde vivió hasta 1646. Estos datos están unidos á la vuelta de Gil Blas á Madrid desde Leyva, Valencia y Liria en 1621, y la secretaria del conde duque, al cual sirvió hasta su muerte. Asi es clara toda la cronologia, como se verá en las demas notas de esta especie.

Notas al capítulo del II libro primero.

(1).

«*Señor pasagero.*» Llorente dedica especialmente el capítulo 10 de su obra á indicar palabras y frases francesas que suponen un manuscrito español, y añade; aunque Mr. de Neufchateau diga que el romance de *Gil Blas* publicado por Le Sage está escrito en buen frances, y esta opinion unida á la de otros, le haya valido su colocacion en el honroso catálogo de los clásicos franceses, precisamente como autor de esta obra, sin embargo, cuando comparo la pureza y elegancia del lenguaje francés de Le Sage en su comedia del *Turcareto* con la prosa del mismo autor en su *Gil Blas*, encuentro diferencia notable á favor de aquella obra, y me parece que el escritor de esta obra procedia muchas veces arrastrado por el deseo de acomodar una locucion francesa en lugar de otra española, cuya direccion de palabras y frases es opuesta en una multitud de casos á la sintasis francesa.

Yo creo perfectamente que Mr. Le Sage era traductor

Digitized by Google

tan libre como hizo ver en el *Diablo cojuelo* y en las otras obras españolas que publicó en francés; y por consiguiente creo tambien que cuando compuso el *Gil Blas* con las diferentes piezas españolas que he indicado, (*Llor. Obs. crit. cap.* 7. *fol.* 58.) no se sujetó al testo literal castellano, sino en tanto cuanto estuviese libre de inconvenientes para sus miras; pero esto no obstante, como no dominaba la materia en concepto de creador original de las ideas, se sujetó por regla general al testo que le servia de norte; y de aquí resultó incurrir en una multitud de locuciones y frases, que no pertenecen de ningun modo á la pureza del lenguage francés, ni á la fineza del estilo elegante y delicado que por lo comun brilla en su obra.

Respecto á las palabras del testo que encabezan esta nota, «*Señor pasagero,*» puestas en boca del hombre que apuntaba con una escopeta á la cabeza de Gil Blas, en el camino de Oviedo á Peñaflor, están espresadas en el testo francés de este modo: *Seigneur pasant, ayez pitié, de grace, d' un pouvre soldat estropié.* Estas dos palabras *seigneur passant*, suponen un manuscrito español que decia *señor pasagero*, porque sino Le Sage hubiera dicho conforme al estilo francés en tales casos, *monsieur le voyageur, ayez pitié* &c.

Ademas: en la relacion que hace Gil Blas de la aventura del camino de Oviedo á Peñaflor, se citan muchas costumbres y usos españoles de que solo un escritor de esta nacion pudo servirse con la verdad histórica que de ellos resulta para la composicion de la fábula. Desde luego no es conocida en Francia la costumbre de viajar en mula, ni la de citar la moneda por ducados; ni la de pedir limosna mostrando rosario de cuentas gordas, y menos la de robar con escopeta preparada sobre dos palos cruzados al pie de un matorral, poniendo el sombrero boca arriba en el paso. La anchura de los caminos de Francia, lo descubierto del campo á los dos lados á larga distancia, y la frecuencia de pasar gentes casi sin interrupcion, no permiten aquel modo de robar; solo en España podia ser verosímil la narrativa. El conde de Neufchateau no puede impugnar esta reflexion ni Le Sage que jamas estuvo en España (*Llor. cap.* 3.°) podia conocer unos usos tan subalternos sin el auxilio del manuscrito español que tenia delante.

Digitized by Google

(2).

«*De los peligros á que me exponia.*» Esta avaricia tan marcada en el canónigo Gil Perez, coincide con la del Dr. de Salamanca en el Romance del *Bachiller*. Es una de las ideas que robustecen la proposicion de haber sido una sola obra en su orígen los dos romances del *Bachiller* y de *Gil Blas*.

(3).

«*Díjome que se llamaba Andres Corzuelo.*» El texto francés dice *Corcuelo* debiendo ser *Corzuelo* como corrigió bien el P. Isla. Es creible que el autor original habria escrito la palabra no con *z* como ahora escribimos, sino con *cedilla* como acostumbraban muchos en tiempo de Felipe IV, esto es, con una *c* y una coma debajo de ella. *Corzuelo* es palabra española diminutiva de *Corzo*, pero la lengua de España no reconoce por suyo el vocablo *Corcuelo* que no significa nada. (*Obser. crit. cap.* 13, *fol.* 186.) El nombre *Corzuelo* tiene tambien en el *Gil Blas* un sentido alegórico, que es *Corzo* que corrió como tal á buscar otro bribon que de acuerdo con él en secreto, tasára la bestia en precio vil para comprarla barato.

Otro ejemplo del sentido alegórico de ciertos nombres y apellidos usados en el Romance, le tenemos mas adelante en D. Rodrigo Mondragon (Gil Blas, tom. 1.º, lib. 2.º cap. 5.º) vizcaino de un carácter terrible que infundia miedo á todo el mundo en Valladolid, y fue causa de que Gil Blas huyese de aquella ciudad. Por alusion á su carácter se le aplicó el apellido de un *monte* y un *dragon*. Hay otros muchos ejemplos que se citarán á su tiempo; pero estas alegorías solo pudieron entrar en la idea de un escritor español, y Le Sage las tomó del manuscrito consabido.

Digitized by Google

(4).

«*Que V. es el Sr. Gil Blas de Santillana.*» Cuando Gil Blas cuenta lo que le sucedió en Peñaflor con el hombre que se le agregó á cenar en la posada, dice el texto francés, «*Ce* »*cavalier* portoit une longue rapière et pouvoit bien avoir »treinte ans. Il s'approcha de moi d'un air empressé. *Seigneur* »*écolier*, me dit-il, je viens d'apprendre que vous êtes le »*seigneur Gil Blas de Santillane*..... je lui dis: *seigneur ca-* »*valier*, je ne croyois pas que mon nom fut connu á Pen- »naflor.»

Las palabras en cursiva suponen un manuscrito español en que sin duda estarian escritas las frases: *este caballero*.... *Señor Gil Blas de Santillana*..... *Señor caballero*. En caso contrario, un autor original hubiera dicho *cèt homme*, ó bien *ce monsieur*, pero nunca *ce cavalier*, porque esta palabra francesa significa únicamente *hombre que va montado sobre un caballo*, á diferencia de la palabra *chevalier* que significa *un caballero de orden militar*. La idea de un español que dice á otro *señor caballero*, no es indicarlo montado á caballo, sino solo saludar á la persona con un modo noble cual corresponde hacerlo, hablando á quien puede ser digno de respeto. (Llor. observ. crit. cap. 10. párrafo 9.)

Le Sage usó frecuentemente la palabra *Seigneur* cuando tuvo que nombrar alguna persona por su nombre bautismal; y no pudo hacerlo en buen francés, segun el cual debió escribir *monsieur* porque la palabra francesa *seigneur* no se aplica sino á la persona que tiene el señorío de algun pueblo. Cuando la persona es de un rango tal que los españoles no consideramos á propósito darle el tratamiento de *don*, y sin embargo queremos nombrarle ó hablarle con algun respeto, decimos el *Sr. Gil Blas*, y Mr. Le Sage escribió *le Seigneur Gil Blas*, pero no habló en buen francés, porque debió decir *monsieur Gil Blas*, ó bien secamente Gil Blas, porque no puede tener el tratamiento de Seigneur el que no lo es de un pueblo. El uso pues de la palabra francesa *seigneur* en tales casos supone un manuscrito español á la vista en que se diria *señor*, el cual manuscrito arrastró la pluma de Le Sa-

Digitized by Google

ge, quien si fuese autor original de la idea hubiera puesto *monsieur* ó solo el nombre bautismal.

En el mismo viage, despues del chasco del parásito de la posada, dice Gil Blas que salieron de Peñaflor con él, entre otras personas un caballerete de Astorga y una jóven del *Vierzo* con quien acababa de casarse. (Gil Blas, lib. 1.º, cap. 3.º) El texto francés dice *Verco* y esto supone un manuscrito español que decia *Vierzo*; pero los caracteres del escribiente no estarian muy claros y Le Sage que jamás estuvo en España, ni habia estudiado su topografia creyó que *Verco* seria un pueblo ó distrito de pueblos. Le Sage cometió infinitos errores de la misma especie que notaremos á su tiempo.

(5).

La desgracia de Anteo. Fué ahogado por Hércules de un abrazo.

Notas al capítulo III del libro primero.

(1).

«*Nos envainamos todos tres en lo mas espeso é intrincado del bosque.*» Segun las cronologias ya citadas, este acontecimiento tuvo lugar en 1605 en que habiendo Gil Blas concluido los estudios menores y teniendo diez y siete años cumplidos sale de Oviedo con ánimo de ir á Salamanca y es cogido por los bandidos del capitan Rolando que lo detienen en su cueva entre Cacabelos y Astorga. (Llor. observ. crit. cap. 5.º, párrafo 12, fol. 34.)

Notas al capítulo IV del libro primero.

(1).

«*Señora Leonarda dijo uno de los caballeros.*» Hablando Gil Blas de la cueva subterránea de Cacabelos, y de la mu-

Digitized by Google

ger que los ladrones tenian por cocinera dice que uno de los bandidos dijo: «*Tenez, dame Léonarde, dit-un des cavaliers á cet ange de ténèbres, voiez un jeune garçon que nous vous amenons..... On dressa dans le salon une grande table et l'on me renvoya dans la cuisine, ou la* DAME LEONARDE *m'instruisit de ce que j'avois á faire..... Et comme depuis sa mort* (de un mozo que habian tenido) *c'étoit la* SEÑORA LEONARDA *qui avoit l'honneur de presenter le nectar á ces dieux infernaux, ils la privèrent de ce glorieux emploi pour m'en revêtir.*

Estas palabras la *señora Leonarda* suponen un manuscrito español que indujo á Le Sage á dejarlas en su ser, pensando que daban á la narracion alguna gracia; porque sino, hubiera escrito *dame Leonarde*, como lo habia hecho en las otras dos citas que preceden.

Este modo mismo de nombrar *dame Leonarde* á una muger vulgar, criada de una banda de ladrones, supone un manuscrito español en que se decia *señora Leonarda* porque fuera de ese caso un buen escritor francés no hubiera dicho sino *tenez Leonarde*; y si por suerte le ocurria un modo mas cortés, hubiera dicho *tenez madame Leonarde*, porque asi es el estilo francés, y no lo es el decir *tenez dame Leonarde.*

(2).

«*Y este es uno de tantos.*» El texto francés de la conversacion que el capitan de ladrones Rolando tuvo con Gil Blas en la cueva de Cacabelos contiene la cláusula siguiente: «*Tel est ce souterrain que* LES OFFICIERS DE LA SAINTE-HERMANDAD *viendroient cent fois dans cette forêt sans le decouvrir.* Las palabras francesas *les ófficiers de la sainte hermandad* suponen un manuscrito español que decia *los oficiales de la santa hermandad.* Si no fuese asi, un autor francés original hubiera escrito *les gendarmes*, ó bien *les archers*, porque en Francia no se conoce la idea de *la santa hermandad* tal cual es, contra ladrones y malhechores; y jamás la cita un escritor francés sin confundirla con *los familiares del santo oficio de la inquisicion*, pues hablan de ella como de una corporacion dependiente del tribunal de los inquisidores.

Ademas de la multitud de cuevas subterráneas de que

Digitized by Google

aqui da noticia Rolando, hechas por los cristianos para librarse de la persecucion de los moros en los siglos octavo, nono y décimo, y que despues sirvieron de asilo á los ladrones, se hace tambien mencion de los subterráneos en la historia de don Rafael y en otras ocasiones; pero Mr. Le Sage no podia saber sino por un manuscrito español la existencia de tantos subterráneos ni el uso que los ladrones acostumbran hacer de ellos en España, porque no hay nada que se parezca en Francia; ni se atreveria el señor conde de Neufchateau á decir que haya en su pobladísima y feliz patria semejantes costumbres ni cuevas.

Notas al capítulo V del libro primero.

(1).

«Sucesor de aquella maldita *Hébe.*» Y no *plebe* que es un error de imprenta en la presente edicion. *Hébe*, diosa de la juventud, se casó con Hércules cuando este héroe fué deificado. Servia la ambrosía al rey de los dioses, y fué despues reemplazada por el bello Ganimedes.

(2).

«*Ya saben Vds. señores.*» Esta historieta y otras infinitas que contiene el Gil Blas son otros tantos robos que hizo Le Sage al tesoro inagotable de los poetas dramáticos, los romanceros y los novelistas españoles. Esta es perteneciente á la clase de hombres infames y ladrones habituados al vicio sin remedio verosimil ni fácil, de cuya clase son igualmente las historias de don Rafael, Camila y Ambrosio Lamela.

(3).

«*Vivia entonces mi abuelo materno.*» Refiriendo el capitan de bandoleros Rolando á sus bandidos su propia historia, dijo entre otras cosas: «vivia entonces mi abuelo materno: era un hombre que solo sabia *rezar su rosario* y contar

Digitized by Google

sus proezas militares. Esta idea tampoco pudo venir á la imaginacion de Le Sage sino por un manuscrito español; ni el conde de Neufchateau pensara sostener que sea costumbre francesa la de rezar el rosario un viejo ex-militar. Solo un español pudo traer á cuento semejante retrato del abuelo de Rolando, porque solo en España suelen los viejos rezar el rosario á solas ó con su familia.

Notas al capítulo VIII del libro primero.

(1).

«*Descubrimos un religioso de la orden de santo Domingo.*» Habiendo los ladrones llevado á Gil Blas al camino público que va de Leon á Ponferrada para que comenzase á practicar su nuevo destino de bandido, Gil Blas cuenta el suceso diciendo segun el texto francés: *Nous aperçûmes un religieux de l'ordre de Saint-Dominique* monté, contre l'ordinaire de ces bons pères, sur une mauvaise mule. Dieu soit loué! s'ecria le capitaine, voici le chef-d'œuvre de Gil Blas.

Este periodo presenta varias pruebas de la existencia de un manuscrito español. Las palabras *Dieu soit loué* son originarias de España. La de un *religioso de la orden de Santo Domingo* hubiera sido la pluma de un buen escritor francés, *nous apperçûmes un moine jacobin.* En lugar de la otra hubiera dicho: *Dieu merci: voici le chef-d'œuvre de Gil Blas.* La noticia histórica de que los frailes dominicos no acostumbran viajar en España en malas mulas, es un testimonio auténtico de ser español el autor de la especie, pues Le Sage no sabia si los frailes dominicos usaban buenas ó malas mulas para viajar.

Ultimamente, la costumbre de viajar en mulas buenas que aqui se cita, adoptada por los frailes dominicos ó de otras órdenes, es puramente española, pues en Francia nadie viaja sino en caballos. Las muchas veces que Le Sage hizo mencion de mulas, al paso que tambien habló de caballos, son indicio de que tenia delante un manuscrito español, porque de lo contrario siempre hubiera nombrado *caballos* conforme al estilo francés.

Digitized by Google

(2).

«*Desnudo como la palma de la mano.*» En la misma ocasion se cuenta lo que Gil Blas prometió á los ladrones y la respuesta del capitan Rolando. El texto francés dice asi en boca de Gil Blas. Messieurs vous serez contens. Je vais mettre ce père nu comme la main, et vous amener ici sa mule. Non, non, dit Rolando, elle n'en vaut pas la peine: apportez-nous seulement *la bourse de sa révérence.* Esta última frase supone un manuscrito español en que se citaba *la bolsa de su reverencia*, espresion que no dejaba de ser salada en el idioma español. Sin ella Le Sage hubiera escrito *apportez-nous seulement la bourse du moine*; *traednos únicamente la bolsa del fraile.*

Notas al capítulo IX del libro primero.

(1).

«*Estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia.*» Prosigue Gil Blas contando su primera espedicion de bandolero diciendo: estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia *sin haber visto pasagero alguno* que supliera el chasco que nos habia dado el religioso. Salimos en fin para restituirnos á nuestro subterráneo, persuadidos á que las espediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavia daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á larga distancia un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres *montados en caballos*; que nos parecieron bien armados. Este periodo contiene varias cosas españolas que no confrontan con las costumbres francesas. Primera: no haber pasado en todo el dia ninguna persona por el camino real de Leon; cosa frecuente en España pero increible respecto á Francia donde apenas hay cuarto de hora sin viageros en un camino principal de una ciudad capital de provincia. Segunda: llevar escolta de gentes de á ca-

Digitized by Google

ballo y bien armadas para que las personas del coche fuesen respetadas y defendidas en su viage. Las damas españolas (como doña Mencia) tienen esta costumbre por el miedo que suelen infundir los ladrones; pero jamás se toma semejante precaucion en Francia porque falta motivo para usarla, pues no hay ladrones en los caminos, y se viaja con tranquilidad. Mr. Le Sage no podia saber esto sino por un manuscrito español. Otro tanto se puede sostener respecto al coche con mulas, pues en Francia solo se usan caballos, y el romance de Gil Blas abunda en tales citas. Doña Aurora de Guzman fué á Salamanca desde Madrid en coche de cuatro mulas. Gil Blas á Oviedo en una silla volante con dos mulas. Don Alfonso de Leiva y el provisor del arzobispado de Valencia, doña Serafina esposa de aquel y don César de Leiva su padre, fueron á Liria en coche con sus caballos; su familia en otro con cuatro caballos, los criados montados en mulas, y los sastres en otro coche tirado por cuatro mulas. Baltasar Velazquez y su hijo Gaspar viajaron desde Córdoba á Mérida montados en buenas mulas. Gil Blas y Escipion fueron de Madrid á Liria en una calesa con dos mulas. El conde de Neufchateau puede reflexionar que nada de todo esto representa las costumbres francesas.

Notas al capítulo X del libro primero.

(1).

«El deseo de salvarnos.» Segun la cronologia de los hechos, este grande acontecimiento de la vida de Gil Blas acaeció en setiembre de 1606. (Llor. observ. crit. cap. 5.°, fol. 35.)

Notas al capítulo XI del libro primero.

(1).

"Historia de doña Mencia de Mosquera." Esta historia contiene tambien varias pruebas de que Le Sage escribió su

Digitized by Google

romance á la vista de un manuscrito español; se nombran en ella los apellidos Mosquera, Mello, Baeza, Mesia, Carrillo y algun otro. Ellos son muy nobles, pero no tan célebres que los conozca un extrangero como los de Cerda, Córdoba, Mendoza y otros del primer órden de la nobleza española.

En la misma narracion incurrió Le Sage en varios errores por no comprender bien las letras manuscritas del amanuense primitivo español, ó por otro motivo. Dijo Baesa por Baeza, Carillo por Carrillo, Betancos por Betanzos, Rodillas por Revilla, pueblo, Grafal por Tardajos.

Hay ademas en la historia de doña Mencia un error cronológico de mucha consideracion. Cuenta Gil Blas que cuando él libró á doña Mencia del subterráneo entre Astorga y Cacabelos, tendria aquella señora de 24 á 25 años. El suceso se verificó en setiembre de 1606 segun la cronología de la vida del héroe del Romance; por lo cual aun suponiendo la edad de 25 años, era nacida en 1581. Entonces ya estaba Portugal en poder de Felipe II desde 1580, y desde aquella época no hubo ni pudo haber guerra entre España y Portugal, hasta 1640 en que se verificó la sublevacion del duque de Braganza. Sin embargo doña Mencia da principio á su historia de este modo. «Nací en Valladolid y mi nombre es doña Mencia de Mosquera. Mi padre don Martin, Coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey.» Alarguemos la verosimilitud á decir que doña Mencia tuviese de 23 á 25 años y no como pensaba Gil Blas. En tal caso pudo el padre morir en 1580 en aquel principio de guerra que no llegó á serlo verdadera jamás; pero ni aun este arbitrio nos queda, porque doña Mencia cuenta su casamiento con don Alvaro de Mello; el duelo que tuvo con don Andres de Baeza; su fuga á Portugal, y añade luego: «se pasaron siete años sin haber oido hablar de él. Supe al fin que combatiendo por el rey de Portugal en el reino de Féz habia perdido la vida en una batalla.» El padre Isla tradujo libremente por las armas de Portugal por no nombrar un rey; pero ni con rey ni sin rey no habia podido morir don Alvaro en el reino de Féz en accion militar entonces, pues desde que nació doña Mencia, segun el Romance de

Digitized by Google

Gil Blas, y mucho menos desde que se casó, no existió semejante guerra. El caso verdadero es que la historia contada por doña Mencia, es novela española independiente del Gil Blas si no se la hubiera pegado Mr. Le Sage, que no conoció pertenecer la narracion á los tiempos del rey don Sebastian, y que se violaba la cronologia con la insercion. En el primitivo romance original del bachiller de Salamanca, una de las aventuras, fué librar á doña Mencia, ser su libertador preso en Astorga, y socorrido posteriormente por ella, con lo demas que se subsiguió; pero no existia cuanto ella cuenta en el capítulo á que corresponde esta nota, (Cap. 11 del libro 1.º del Gil Blas) lo cual fué tomado de otro manuscrito de novelas compuestas con historietas ya castellanas, ya portuguesas. (Véase á Llorente, obser. crit. cap. 7, folio 58).

(2).

«*Cerca de Burgos entre Tardajos* y *Revilla.*» Contando doña Mencia su historia á Gil Blas, cita dos pueblos cercanos á Burgos, al camino de coches que se dirige desde dicha ciudad á la de Astorga en cuyo viage la cogieron los ladrones; estos dos pueblos son nombrados en el texto francés *Gafal* y *Rodillas.* Pero el caso es que no hay ni hubo semejantes lugares en las cercanías de Burgos ni de aquel camino. Isla nombró al uno Grafal, dejando al otro el nombre de Rodillas como estaba en el texto francés. El manuscrito español decia, sin ningun género de duda, Tardajos y Revilla; y queda la narracion conforme á la verdad geográfica, pues el camino viejo pasa entre estos dos lugares.

El crecido número de errores en que Le Sage incurrió respecto al nombre propio de infinitos pueblos de España en el Gil Blas, procede de la equivocada lectura de los caracteres de un copiante ó escribiente español, porque si Mr. Le Sage hubiera sido autor original, aun cuando usara de materiales españoles, habria procurado verlos impresos en unos ó en otros libros, y copiando exactamente su escritura, no hubiera incurrido en una nomenclatura desconcertada; y lo mismo digo respecto de otros varios errores relativos á la topografia española en que incurrió el copiante, saltando líneas

Digitized by Google

ó frases, cambiando las palabras por distraccion, ó por tener la imaginacion ocupada de otros pueblos. (Llor. obser. crit. cap. 14, fol. 198 y 199).

Notas al capítulo XIII del libro primero.

(1).

«*Entregado á mis tristes reflexiones.*» Contando Gil Blas los sucesos de su prision en Astorga, dice. «Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras y se asomaban á una ventana que daba luz á mi prision; y despues de haberme mirado por algun tiempo, se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera (aun mas que ventanilla), la cual caia á un sucio corral donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la ciudad, pero sin acertar á pronosticar si seria para mal ó para bien.»

El conocimiento minucioso de ciertos usos y costumbres españolas, solo puede suponerse en una persona española ó que al menos haya residido por largo tiempo en la península; pero esto no podia suceder á Mr. Le Sage que jamás estuvo en España. (Llor. obser. crit. cap. 3.º biografia de Le Sage.) La disposicion que se pinta de la cárcel de Astorga es conforme con lo que sucede casi en todas las de España, pero todo es distinto en Francia. La costumbre de acudir por curiosidad á ver los presos por una regilla en los pueblos de provincia es general en la península, pero en Francia no hay tal cosa. La descripcion que hizo el historiador es tan minuciosa, que Mr. Le Sage no pudo hacerla sin tener delante un manuscrito español.

Digitized by Google

(2).

«*Que traian un lio de ropa.*» Prosigue Gil Blas aquella historia diciendo: «El carcelero vino á mi calabozo acompañado de uno de sus satelites que traia un lio de ropa. Entre los dos me quitaron con mucha gravedad y sin decir una sola palabra mi ropilla y mis calzones que eran de paño fino y casi nuevos, y me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la cárcel echándome á empellones de ella.

Hé aqui otro abuso esperimentado en las cárceles de España con todos los presos que no tengan dinero ni proteccion; todo lo contrario sucede en Francia donde á nadie se quitan sus vestidos y de todo se hace inventario.

(3).

«*Restituido á su primer dueño.*» El infante de coro de Astorga cuando vió á Gil Blas fuera de la cárcel, decia: «¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha de restituir á su primer dueño? No pienses tal cosa: el caballo está en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del robo: y yo no creo que el pobre hidalgo recobre ni aun la grupera.»

Lo que recelaba el infante de coro es estilo demasiado general en España, y no siendo conforme á la práctica francesa, totalmente contraria, es forzoso quitar la razon al conde de Neufchateau y sostener que Mr. Le Sage no pudo saber aquel abuso español sino por un manuscrito.

(4).

«*Cuando llegué al lugar de Puentedura.*» Aqui hay otro error topográfico, que supone un manuscrito español mal copiado.

Digitized by Google

Refiere Gil Blas su viaje de Astorga á Burgos para ver á doña Mencía, y dice el testo francés que llegó aquel á *Ponte-de-mula*, villa no distante de Burgos. El padre Isla tradujo *Puente-mula*; pero no hay en España un pueblo que se nombre del uno ni del otro modo. El original español decia *Puente-dura*, que con efecto está cerca de Burgos y no lejos del citado camino viejo.

Notas al capítulo XIV del libro primero.

(1).

«*El mesonero que se llamaba Majuelo.*» Este mesonero de Burgos suena en el testo frances llamarse *Manjuelo*; palabra que no es española ni significa nada; sin duda el original español decia *Majuelo*, como entendió bien el P. Isla; cuyo vocablo es diminutivo de *majo* y muy correspondiente, como el de *Corzuelo* á personas de la clase de mesoneros: pero el manuscrito debia estar aquí algo confuso.

El escribir *Manjuelo* prueba ademas que Le Sage no entendió la verdadera aplicacion del apellido del mesonero en el romance. Se le nombró *Majuelo* porque para engañar y aun robar á Gil Blas tuvo inteligencias secretas con el ropavejero y tal vez con Camila, Lamela y don Rafael: y en el lenguaje de las gentes de su clase suele aplicarse el epiteto de *majo* en lugar del de tunante, bribon, chusco, pícaro y hombre de segunda intencion; cosas que no entran en la significacion directa de la palabra; y no pueden entrar en la imaginacion de un estrangero que no ha estado en España ni sabe las tropologias del lenguage del bajo pueblo; asi es que escribió *Manjuelo* como otro cualquier nombre sin saber el valor de la palabra.

Digitized by Google

Notas al capítulo XV del libro primero.

(1).

«*Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo: Caballero.*» El testo francés dice refiriendo la aventura de Gil Blas con el mercader ropero de Burgos: «*Signeur cavalier*, vous êtes bienheureux qu'on se soit adressé à moi plutôt qu' à un autre: je ne veux point ici décrier mes confrères. *à Dieu ne plaise* que je fasse le moindre tort à leur réputation: mais, entre nous, il n' y en á pas un qui ait de la conscience; ils sont tous *plus durs que des juifs.* Je suis le seul fripier qui aie de la morale: je me borne á un prix raisonnable: je me contente de la livre pour sou, je veux dire, de sou pour livre. *Grâce au ciel*, j' exerce rondement ma profession.

La espresion *seigneur cavalier* no es francesa como se ve demostrado en el capitulo 10 de las observaciones críticas de Llorente, y supone un manuscrito español en que se decia *señor caballero.* La frase *á Dieu ne plaise* supone la española *no permita Dios*, muy frecuentada por los escritores españoles. Lo mismo sucede con la otra *grâce au ciel* en lugar de la cual diria el manuscrito *gracias á Dios.* Un frances original hubiera dicho *Dieu merci.*

Un poco mas adelante, dice el testo frances, *seigneur gentilhomme*, lo que supone decir el manuscrito *señor hidalgo*, espresion que otras veces dejó Le Sage como la encontró en español sin traducirla en *seigneur gentilhomme* que no es buen francés, pues debia decir. *Mr. le gentilhomme.*

Notas al capítulo XVII del libro primero.

(1).

«*Los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano.*» Fabricio Nuñez dijo á Gil Blas en Valladolid: «El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo; pues siempre va con *los ojos bajos y un ro-*

Digitized by Google

sario de cuéntas gordas en la mano.» En el romance de Gil Blas se habla muchas veces de rosario con cuentas gordas. El ladron don Rafael, haciendo el papel de hipócrita ermitaño lo llevaba. El verdadero devoto don Juan de Solís lo habia llevado ya. Laura lo llevó en el hospicio de Zamora cuando estaba reclusa. No podrá el Sr. Neufchateau pretender que tal estilo sea francés, y el Sr. Le Sage no podia conocer los usos españoles de esta naturaleza, de suerte que los citase tantas veces con oportunidad sin un manuscrito español á la vista.

(2).

«Porque es un beneficio con cargo de almas.» Fabricio Nuñez, condiscípulo de Gil Blas, dijo á este segun el testo francés: Ne me parle donc point d' un poste de précepteur; c' est *un bénéfice à charge d' ames.* Mais parle-moi de l' emploi d' un laguais! c' est un *bénéfice simple* qui n' engage à rien.» Aquí hay dos espresiones de mal francés por la fuerza de un manuscrito español. Los franceses que hablan con propiedad su lengua, como sabia hacerlo Le Sage, si quieren nombrar un beneficio con carga de almas acostumbran decir *une cure, la cure de Saint-Eustache, &c.*; y nunca dicen *bénéfice simple*, sino solo *bénéfice sine curé.*

(3).

«Señor Arias de Londoño.» En el testo frances dice *Londona*, que no es palabra española ni espresa idea ninguna. El P. Isla tradujo *Londoña* y cayó en los mismos inconvenientes. El verdadero apellido fué *Londoño*, derivado de dos pueblos contiguos á la ciudad de Orduña, en Vizcaya; el uno llamado *Londoño de arriba* y el otro *Londoño de abajo.* Le Sage ignorando todo esto, escribió un disparate, copiando un manuscrito confuso.

(4).

«Le han reducido á la necesidad de servir.» El testo francés

dice: «C' est un *garçon de famille* que ses malheurs réduisent à la nécesité de servir.» La espresion *garçon de famille* no es de buen francés. Si Le Sage no hubiera leido en un manuscrito español, *hijo de familia*, él no hubiera escrito en caso igual sino *c' est un garçon que ses maleurs réduisent á la necesité de servir*, sin añadir la palabra *de famille* que no es necesaria en francés. El P. Isla varió totalmente la idea original diciendo; es un hijo de buena familia.

Notas al capítulo I del libro segundo.

(1).

"*Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo.*" &c. Segun la cronologia, esto fué en 1607 y sirvió en aquella casa solo tres meses.

(2).

«*Rosario de cuentas gordas.*» Este ejemplo merece atencion, por circunstancia distinta del rosario ya citado del señor Ordoñez. De la señora Jacinta ama de gobierno del canónigo Cedillo, dice Gil Blas: «venia vestida *con una ropa larga de una tela burda de lana que ceñia con una ancha correa de cuero*, de la cual pendia por un lado un manojo de llaves y por otro un *rosario de cuentas gordas*. Esta frase describió todas las mugeres de la clase de Jacinta en España, mayores de cuarenta años, conocidas con el nombre de *beatas*, y cuyo número ha ido disminuyendo á proporcion que se han ido ilustrando las gentes; pero en Francia no hubo tal modo de vestirse hasta que se han fundado las hermanas de la caridad.

(3).

«*Ama de un patriarca de las Indias.*» Hablando Fabricio á la señora Jacinta ama del canónigo Cedillo á favor de Gil

Digitized by Google

Blas, la dijo segun el testo frances: Il se consolera de ses malheurs, s'il á le bonheur d'entrer dans cette maisson, et de vivre avec la vertueuse Jacinte, qui meriteroit d'etre la gouvernante du Patriarche des Indes. (Debe decir en el testo de la presente edicion *del Patriarca* y no *de un Patriarca*.) La última frase del testo francés supone un manuscrito español; porque Mr. Le Sage ni otro estrangero alguno conocen bien lo que es en España un Patriarca de las Indias, ni ahora mismo lo saben en Paris, porque no hay nociones de tal dignidad. Pero al contrario en España, y mucho mas en el tiempo en que fué compuesto el romance, pues entonces era reciente la creacion del patriarcado y hacia mucho ruido; por lo que no es estraño que Fabricio Nuñez queriendo exagerar el mérito del ama de gobierno del canónigo Cedillo, hiciese aquella ponderacion que hubiera parecido gran disparate á Le Sage y á todos los estrangeros si no leyesen la especie en un manuscrito español.

(4).

«*Merecia ser cocinera de un arzobispo.*» Asi tradujo Isla tomándose la libertad de omitir de *Toledo*. Del mismo modo se esplica la edicion de Peña y Marin; nosotros no hemos advertido esta omision hasta que ya estaba tirado el pliego: asi, esta y algunas otras faltas en que involuntariamente hayamos caido, quedarán corregidas en segunda edicion, aunque solo las hay en el primer tomo de la primera.

Gil Blas quiso ponderar el mérito de la señora Jacinta en asuntos de cocina, y dijo segun el testo frances, que Jacinta «l'emportoit, peut-etre, sur le cuisinier même de *l'archeveque de Tolède*..... Je servis un potage qu'on auroit pu presenter au *plus fameux directeur de Madrid*; et deux entrées qui auroient eu de quoi piquer la sensualité d'un *vice-roy*. Aqui se contienen varias pruebas de la existencia de un manuscrito español. Primera la cita que se hace del *cocinero del arzobispo de Toledo*, especie inverosímil de ocurrir á un francés. Segunda la del *director mas famoso de Madrid*, idea imposible de llegar á la imaginacion de quien no sea español ó haya vivido por muy largos tiempos en España, pues solo en nuestra península se conoce la diferencia que hay

entre un fraile que solo es confesor de alguno porque se le halla en el confesonario, y otro fraile muy grave, muy reverendo, y como se dice de cordon alto, á quien se llama director espiritual de las conciencias, y se le regalaban pichones, perdices y otras cositas delicadamente condimentadas por las devotas. (En la segunda edicion quedará igualmente corregido el error que en este pasage hallará el lector.) Tercera, porque si no hubiese un manuscrito español en el cual estuviera escrita la espresion *el mas famoso director*, un francés no hubiera dicho plus fameux, sino *plus celebre*, mediante que los buenos escritores franceses unicamente aplican el adjetivo *fameux* cuando la fama es mala, y ponen *célèbre* en su lugar si la fama es honrosa. Cuarta la cita de un *virey*, pues los franceses no conocen la idea de los vireyes de nuestra península y de América; por lo cual no es creible que viniese á la memoria de un escritor francés original con tanta oportunidad, para multiplicar las imágenes de comparacion con el mérito cocinario de la señora Jacinta.

(5).

«*Que se llamaba Inesilla.*» A esta niña se la nombra en el texto francés *Inésila*, sin duda porque se decia en el manuscrito español *Inesilla*: si la obra fuera originalmente francesa se hubiera escrito *petite Agnés*.

Notas al capítulo II del libro segundo.

(1).

«*Dijo al sangrador: Maese Martin Onez.*» Dice en este pasage el testo francés: «*Maître Martin Oñez*, revenez donc dans trois heures.» La denominacion supone un manuscrito español en que se dijese: maestro Martin Oñez, volved dentro de tres horas. Fué costumbre de España muy general hasta la entrada del siglo XIV ese modo de hablar á los barberos, sangradores y autorizados para egercer oficios de exámen: en

el romance mismo se llama maestro (ó maese) Joaquin el cocinero que sirvió á Gil Blas en Lária; pero ni Le Sage ni otro estrangero hubiera puesto la palabra *maestro ó maese* antes del nombre bautismal, si no lo viera en el manuscrito español, por ser estilo francés anteponer tales dictados al apellido, al cual llaman *nombre familiar*. En este hay igualmente una equivocacion, pues el testo francés dice *Onez* debiendo ser Oñez.

(2).

«*Cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero.*» El testo francés dice que tomó *brusquement son manteau et son chapeau*. Esta esprésion supone un manuscrito español, por ser inverosímil que un autor original francés que nunca residió en España, supiese ser costumbre de los escribanos españoles de aquellos tiempos llevar capa en la calle, aunque tengan mucha priesa para diligencias urgentes.

Notas al capítulo III del libro segundo.

(1).

«*Médico el mas famoso de Valladolid.*» El testo francés dice: «*le plus fameux medecin de Valladolid*;» esta frase es consecuencia de un manuscrito español en que se diria *el mas famoso*, pues en otro caso Mr. Le Sage hubiera escrito *le plus célèbre*, como queda ya indicado anteriormente.

Notas al capítulo V del libro segundo.

(1).

«*Sal española que nada debe á la sal ática.*» (Léase sal castellana y no sal española.) Dice aqui el testo francés: «Il

lui échappa, je ne sais combien, de traits pleins de sel *castillan*, qui vaut bien le sel *Attique.*» La espresion de que la sal de los *castellanos* vale tanto como la de los *atenienses*, supone un manuscrito español de un autor nacido en Castilla, ó sus provincias agregadas; porque un francés, autor original, no hubiera dicho tal especie, ni aun un español andaluz.

Notas al capítulo VI del libro segundo.

(1).

«*Qué especie de hombre se incorporó con él.*» (Epígrafe del cap. citado.) Segun la cronología, Gil Blas salió de Valladolid en 1607. En este año tuvieron efecto todos los acontecimientos sucedidos al mismo desde que entró á servir al canónigo Cedillo, hasta que don Bernardo de Castilblanco le despidió de su casa que fue á mitad de julio de dicho año.

(2).

«*Muy delicado y gustoso.*» Isla tradujo *nueces* en lugar de *cebollas*. Respecto á la *botita de vino*, es costumbre general en España llevarla para beber en los viages; por lo cual es citada muchas veces en el romance de Gil Blas. Don Rafael y Lamela la llevaron en sus correrias, asi como los bandoleros de la tierra de Requena. Es costumbre igualmente española lo del pan, queso y otras pequeñeces; don Rafael tenia todas estas cosas en su cueva (Gil Blas lib. 4.°, cap. 9.) Yo no sé que jamás haya sido costumbre francesa llevar el vino en bota, y sí el llevarle en frascos chatos llamados de camino. Y ¿conoceria Mr. Le Sage lo contrario para que le viniese tan á menudo á la imaginacion sin leerlo en un original español?

Digitized by Google

Notas al capítulo VII del libro segundo.

(1).

«*Con hijas de labradores.*» El testo francés dice, «avec des filles de *laboureurs.* La palabra *laboureurs*, supone un manuscrito español que decia *labradores*; de otro modo Le Sage en cualidad de autor original francés y hablando como sabia el idioma de su pais, hubiera escrito *agriculteur*; porque la palabra *laboureur* que en Francia se aplica al obrero, al jornalero, al que hace labor personalmente en el campo, no equivale á lo que nosotros llamamos *labrador* ó cosechero, que es lo que ellos llaman *agriculteur.*

(2).

«*Vecindad al corral del Príncipe.*» El testo francés dice «proximité du *théâtre du Prince.*» Las palabras *théâtre du prince*, están impresas en letra bastardilla, esto hace sospechar la existencia de un manuscrito español que diria *teatro del Príncipe.* Nosotros hemos conservado la palabra *corral* de Isla, pues á pesar de que Llorente dice que tradujo esta palabra sin un gusto fino, y de lo incivil que de suyo és, no sabemos se conociesen en aquella época bajo otro nombre nuestros teatros, y casi hasta nuestros dias se han llamado *corrales.*

(3).

«*Por aquella escalerilla.*» (O pequeña escalera). Es un estilo español casi general en todas las casas de grandes de España tener dos escaleras, una magnífica y grandiosa para subir á la habitacion de los señores; otra chica para las habitaciones de criados, dependientes, empleados y protegidos. La gran casa en que habitó algun tiempo Fabricio Nuñez, tenia igualmente dos escaleras como las indicadas (Gil Blas,

Digitized by Google

tomo 3.° lib. 7.° cap. 13.), y tambien las habia en la del conde duque de Olivares. (Gil Blas, tomo 4.° lib. 11. cap. 13.) El Sr. Le Sage que no salió casi nunca de París, pudo adquirir noticias de este estilo ó uso de Madrid, pero no es verosímil que se acordase tantas veces ni con tan feliz oportunidad si un manuscrito español no se lo hubiese recordado.

(4)

«*Afeitaba todo el dia.*» El testo francés dice en este sitio: «je rasais toute la journée; et le soir, pour donner quelque récréation à mon esprit, j' aprennois à jouer de la guitarre. J' avais pour maître de cet instrument un vieux *señor escudero*, à qui je faissois la barbe. Il me montroit aussi la musique qu' il savoit perfaitement. Il est vrai qu' il avoit été chantre autre fois dans une cathédrale. Il se nomoit *Marcos* d' Obregon.» La palabra *señor escudero*, conforme la leemos en la frase francesa, no podia venir, sin un manuscrito español presente á la imaginacion de un buen escritor francés, que solo hubiera dicho *un vieux homme qui etoit ecuyer*, ó cuando mas *un vieux ecuyer*. El nombre propio de *Marcos* hubiera sido puesto en francés *Marc*, como se puso el apellido que, sin embargo de pedir mayor rigor en la copia material de las letras, está escrito en forma francesa *d' Obregon* y no en la española que seria *de Obregon*.

Sigue despues el testo de este modo: «era hombre cuerdo, tan lleno de talento como de esperiencia y me queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Yo solia ir á la suya todos los dias al anochecer cuando no habia que hacer en la tienda, y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad.» Aquí, la traduccion de Isla es escesivamente libre, no es exacta y varia alguna idea del original.

La costumbre de tocar los barberos la guitarra y la de cantar en la puerta esterior de las barberias ha sido siempre española y particularmente de Madrid: no sé que haya tal costumbre en Francia, y positivamente no la hay en París, de donde no salió el señor Le Sage jamas para España.

(5).

«*Doña Marcelina.*» El testo francés dice *Doña Mergelina*, nombre que no es español, y asi el padre Isla tradujo bien *Marcelina*. Si Mr. Le Sage hubiera sido autor original del romance de Gil Blas, este y otros puntos en que hubiese podido tener duda, los hubiera corregido copiando impresos españoles en que hubiera visto las letras bien formadas y libres del peligro de confusion: pero la prueba de que copiaba un manuscrito, es haber comprendido con error los caracteres materiales del escribiente español, que sin duda tendria mala forma de letra, ó esta estaria mal encadenada, confusa, &c.

(6).

«*Que la fuese acompañando á la iglesia.*» Esto se lo mandó el doctor Oloroso á Diego de la Fuente, cuando ya Doña Marcelina *se couvrait de sa mante*: espresion que supone un manuscrito español en que se digese, *se ponia su manto*; á no ser asi, no podia un autor francés que nunca estuvo en España, saber la costumbre de usar *manto* en lugar de mantilla ó *velo* y hubiera dicho que doña Marcelina *se couvrait de son voile*.

Ademas, esta costumbre de ponerse el manto para ir á misa, fué general en España desde tiempos muy remotos; duró en Madrid hasta la introduccion de las modas francesas con la dinastia de Borbon: en las ciudades subalternas hasta el reinado de Carlos III, y en los pueblos pequeños hasta el de Carlos 4.º Le Sage no sabia esto cuando publicó su Gil Blas: un manuscrito español fué su maestro; y el conde de Neufchateau no dirá que se trata de las costumbres francesas en esta ocasion.

(7).

«*Su baja y humilde condicion.*» Esta sentencia de ser de

Digitized by Google

baja y humilde condicion el oficio de barbero, pertenece muy esclusivamente á España con relacion á los tiempos de Felipe III y Felipe IV, en que se escribió el verdadero manuscrito. La Francia dió en todas épocas mayor estimacion á las artes y profesiones inocentes, útiles y aun necesarias como la de barbero. Un francés como Mr. Le Sage no hubiera pronunciado semejante sentencia sino hallándola escrita por un español.

Notas al capítulo IX del libro segundo.

(1).

«*Cuyo nombre se me ha olvidado.*» Dice el testo francés que fueron á dormir á un lugarcillo de cuyo nombre no se acordaba el historiador; y sí solo de que estaba situado entre *Moyados y Valpuesta.* El P. Isla, que conocia el primero de estos dos pueblos, lo corrigió bien escribiendo *Mojados*; pero como no conocia el otro, lo dejó en la traduccion intacto con su nonbre.

La verdad es que no hay en España mas que un solo pueblo llamado *Valpuesta*, muy distante del punto en cuestion, sito cerca de la orilla izquierda del rio Ebro, en la falda meridional de la cordillera que desprendida del Pirineo, y caminando de Oriente á Poniente, divide aguas entre la mar y los rios. El original español del romance decia *Valdestillas*, y el copiante sustituyó *Valpuesta*; pero Le Sage no lo conoció, porque ignoraba toda nuestra topografia, y estaba servilmente sujeto á lo que leia.

Este viage de Gil Blas, y el barberillo Diego Lafuente fué segun la cronologia uno de los acontecimientos de su vida en 1607.

(2).

«*Los entretenimientos de Muley Bugentufrey de Marruecos.*» El testo francés dice asi en boca de Tomas Lafuente, tio de Diego. «J' ai fait élever un théâtre sur le quel, dieu

aidant, je ferai représenter par *mes disciples* une pièce que j' ai composeé; elle á pour titre: *Les Amusements de Muley Bugentuf, roi de Maroc.*» Esta clausula ofrece dos pruebas de la existencia del manuscrito español: primera, la palabra *mes disciples.* Un autor original hubiera dicho en buen francés como es costumbre, mes *élèves*, pues nadie que habla buen francés se acuerda jamas de decir *disciples*; ni Le Sage lo hubiera escrito tampoco, á no copiar un manuscríto español que decia *mis discípulos.* Segunda prueba es el título de la comedia, pensamiento español en todo sentido. Todas las diversiones nacionales capaces de tener alusion á guerras y lances de amor entre moros y cristianos, prevalecieron en España desde la conquista de Granada, y se renovaron despues de la espulsion de los moriscos en 1610. Muchas comedias del siglo XVII se resienten de aquel gusto. El autor español original del romance de Gil Blas quiso ridiculizar esta pasion: ideó un título estravagante, atribuyó la composicion á un pedante, y la representacion á un pueblo de inferior categoria, citado á cada paso en los sainetes de Valladolid como piedra de toque del mal gusto, y solo un español era capaz de adoptar con verdadero mérito de invencion el título ridículo de *los divertimientos de Muley Bugentuf, rey de Marruecos*, con lo demas que felizmente ocurrió al autor del romance para completar la historia de aquella comedia.

Esta historia de Diego Lafuente, está tomada de la *vida del escudero Marcos de Obregon*, escrita por Vicente Espinel, y publicada por el mismo en 1618; episodio que ocupa en el romance de Gil Blas todo el largo capítulo 7.º del libro 2.º, y es uno de los infinitos cuentos, novelas y romances españoles de que Le Sage formó su Gil Blas. En igual caso está la historia de doña Mencia de Mosquera, y acaso la de los ladrones de la cueva de Cacabelos.

Notas al capítulo I del libro tercero.

(1).

«*Se volvia á su casa con todas ellas de vacío.*» Este modo de trasporter mercaderias á lomo sobre mulas, es pecu-

Digitized by Google

liarmente español, y de ninguna manera francés, en cuyo pais siempre se trasporta en carros. Le Sage no hubiera imaginado estampar en su romance semejante idea á no haberla visto en el manuscrito español.

(2).

«Habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban antes de abrir.» Esta es una costumbre esclusivamente madrileña; no existe en Paris ni la sabria Le Sage sino por el manuscrito que le servia de gobierno.

(3).

«Mi nombre es don Bernardo de Castelblanco.» El texto francés dice Castil-Blazo, apellido que no es español; y no cabe duda en que el manuscrito diria Castel-Blanco, como tradujo Isla, y es apellido derivado del pueblo asi llamado en la Mancha, y por eso dijo el mismo don Bernardo ser natural de Castilla la Nueva.

En los temores que Gil Blas concibió de que este don Bernardo *fuese espia del rey de Portugal* se encierra un error cronológico que proviene de la anticipacion de las fechas de los acontecimientos, que aunque verdaderos, como que resultan de la historia nacional, no se habian verificado en la época en que los personages del romance los citan como sucedidos. Gil Blas servia á don Bernardo de Castel-Blanco en el año 1607, y dice que por llevar este caballero una vida oscura y misteriosa, los vecinos sospecharon *fuese un espia del rey de Portugal*; el corregidor de Madrid indagó la verdad que resultó en favor de don Bernardo. Pero en el año 1607 no habia rey en Portugal, ni lo hubo hasta 1640 por sublevacion del duque de Braganza, que reinó con el nombre de Juan IV á pesar de la contradiccion del rey de España. De aquel duque, ya rey, se trataba en el pasage notado.

La pequeña historia de don Bernardo de Castel-Blanco está tomada de una comedia española.

Digitized by Google

Notas al capitulo II del libro tercero.

(1).

«*Un labrador del lugar de Luyego.*» El testo francés nombra al lugar *Luceno*; el P. Isla se tomó la libertad de suprimir la cita del pueblo, y solo dijo *un labrador de las inmediaciones.* El caso es que en España no hay pueblo alguno llamado *Lucĕno*; pero hay en el sitio mismo de que hablamos uno nombrado *Luyego*, aldea de la villa de *Lucillo*, distrito de *Ponferrada*, provincia de Leon, todo muy cerca del bosque donde se descubrió el subterráneo; lo cual hace conocer casi con evidencia que Mr. Le Sage tuvo delante un manuscrito español que decia *Luyego*, y que por error leyó *Luceno*.

(2).

«*Salieron despues de tres dias de la carcel para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza.*» es decir que fueron ahorcados despues de tres dias: estas palabras indican la costumbre seguida en España desde el reinado de Felipe II, de tener á los condenados á muerte por espacio de tres dias incompletos en capilla para que se dispongan á morir cristianamente, á cuyo fin se les predica y dan los sacramentos y otros socorros espirituales, cosa que no confronta con las costumbres francesas; por lo que Mr. Le Sage no hubiera escrito aquella claúsula sino leyéndola primero en la redaccion española. El mismo Rolando (que por entonces era uno de los alguaciles de la corte) manifiesta en la misma conversacion con Gil Blas, hallarse ya fastidiado de su destino, y dice: «voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo y desaparecer el dia menos pensado para retirarme á *las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Se que hay allí una cierta madriguera* habitada por una valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio.» Con efecto, sabemos los españoles que la

cordillera de montes de Cuenca, Requena, Molina de Aragon y Albarracin, tiene diferentes cuevas subterráneas como las citadas en la nota 1.ª del capítulo 4.º, libro 1.º, y que sirven de abrigo á las compañias de ladrones aragoneses, catalanes, castellanos y murcianos; pero Le Sage no sabia esta claúsula sino por hallarla escrita.

Conviene llamar la atencion sobre otro pasage de la misma conversacion entre Rolando y Gil Blas, y es una de las pruebas de la época en que se compuso el romance que no pudo ser antes del año 1649, segun nos hace ver la cronologia de las épocas de la vida de Gil Blas. Este pasage es el siguiente: (y le notamos aquí por no afear el testo con las contínuas llamadas.) «Mi arribo ó llegada á la ciudad de Leon, fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido *un general portugués hecho prisionero de guerra*, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrian y se atropellaban por verme.» Isla omitió en su traduccion la palabra *portugues*, sustituyendo la de *enemigo* sin preveer cuanto importaba traducir fielmente para indagar la verdad que el mismo deseaba del origen español de la obra. Con efecto, la comparacion supone la posibilidad de hacer prisionero á un general *portugues*, y por consiguiente la guerra. Esta empezó (contra el duque de Braganza) en 1640 de resultas de la sublevacion de Portugal que proclamó por rey al duque con el nombre de Juan IV, y no acabó hasta 1668 en que Carlos II de España reconoció por soberano legítimo de Portugal, ya separado de España, á Alfonso VI hijo y sucesor de Juan IV.

Cuando el autor original escribia el Gil Blas duraba aun la guerra; esto se infiere de que en las infinitas ocasiones en que se habla de Portugal en el romance, no hay una sola frase que indique que ya estábamos en paz, ni que los reyes de España hubiesen reconocido como legítimos é independientes á los de Portugal de que se sigue que la creacion original del romance fué entre el año 1649 en que Gil Blas se retiró á Liria para escribir las memorias de su vida (Llorente cap. 5.º fol. 45.), y el año 1668 en que se hizo la paz con Portugal.

Digitized by Google

Notas al capítulo III del libro tercero.

(1).

«*Señoritos jóvenes que se llaman petimetres.*» El testo francés dice, *un de ces jeunes seigneurs, qu'on appelle petits-maitres.* Esta claúsula supone un manuscrito español en que se decia uno de los señoritos que llaman petimetres. Si no fuera por este motivo, no seria escusable aquella locucion francesa tan redundante como agena de la elocuencia, la cual mandaba escribir: *c'est un petit-maitre de la premiere cualité,* ó bien en otro caso, *l'un des jeunes seigneurs de Madrid.*

(2).

«*Cobrar un maravedí.*» El testo francés dice *maravedis.* Le Sage dejó esta y otras muchas palabras españolas en medio del testo francés, creyendo acaso persuadir que lo hacia por dar cierta gracia á la narracion; pero en el caso en que estamos el original decia seguramente *maravedí*: si Le Sage hubiera escrito lo mismo, no hubiera incurrido en el error de escribir plural por singular, pero él no lo advirtió porque copió lo que no entendia.

(3).

«*Señor Descomulgado.*» Nombre alegórico del usurero que codiciando riquezas en su vejez, las aumentó por medio de intereses á una quinta parte del capital, esto es, á veinte por ciento, exigidos al mismo don Matias de Silva. Cuarenta y seis nombres, alegóricos á otros tantos caracteres ó distintivos de los hombres á quienes se aplicaron, se encuentran en el romance de Gil Blas; entre ellos hay uno ciertamente francés, los demas son españoles privativamente: solo un manuscrito español pudo hacer posible la citacion de tantos nombres, muchos de ellos poco usados.

Digitized by Google

(4).

«*Contra Talegón.*» (ó Talego.) Nombre alegórico del labrador de Mondejar que llevó quinientos doblones á Gregorio Rodriguez, mayordomo de don Matias de Silva en Madrid, cuyo nombre no puede ser mas alegórico en español, y que solo un español pudo aplicar tan oportunamente.

(5).

«*Don Alejo Seguiár.*» El testo francés dice *Segiar*, y no hay tal apellido distinguido en España. Isla tradujo *Seguier*, pero tampoco lo hay. El original diria *Seguiar*, porque con efecto hay en Galicia esta familia muy ilustre y emparentada con los grandes de España, por lo cual don Alejo era pariente de don Pompeyo de Castro.

Notas al capítulo IV del libro tercero.

(1).

«*Mogicon.*» Este nombre imaginario del criado de don Antonio Centellas, el de *Clarin*, lacayo de don Alejo Seguiar, y el de *Chilindron* que lo era de don Luis Pacheco, son tan españoles que no será necesario examinar si los inventó Le Sage, ó los tomó del manuscrito español que nunca perdió de vista.

Digitized by Google

INDICE

DEL TOMO PRIMERO.

Páginas.

Advertencia de los editores. 3
Gil Blas de Santillana una palabrita al lector. 9

LIBRO PRIMERO.

Capítulo I. Nacimiento de Gil Blas y su educacion. . . 13
Capítulo II. De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él. 17
Capítulo III. De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en que paró, y como Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila. 27
Capítulo IV. Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas. 33
Capítulo V. De la llegada de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí. . . . 37
Capítulo VI. Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativa. 47
Capítulo VII. De lo que hizo Gil Blas no pudiendo hacer otra cosa. 52
Capítulo VIII. Acompaña Gil Blas á los ladrones: qué empresa acomete en los caminos reales. 56
Capítulo IX. Del serio lance que siguió á la aventura del fraile. 61
Capítulo X. De qué modo se portaron los vandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas y sus resultas. 65
Capítulo XI. Historia de doña Mencía de Mosquera. . . 73
Capítulo XII. Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la señora y de Gil Blas. 82

Digitized by Google

Capítulo XIII. Por qué casualidad sale Gil Blas de la carcel, y á donde se encaminó despues..... 88
Capítulo XIV. Recibimiento que le hizo en Burgos doña Mencia..... 94
Capítulo XV. De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la señora, y del equipage en que salió de Burgos..... 100
Capítulo XVI. Donde se vé que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad..... 106
Capítulo XVII. Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada..... 115

LIBRO SEGUNDO.

Capítulo I. Entra Gil Blas por criado del Licenciado Cedillo; estado en que este se hallaba y retrato de su ama..... 127
Capítulo II. Qué remedios administraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad, lo que resultó, y que dejó á Gil Blas en su testamento..... 135
Capítulo III. Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso médico..... 143
Capítulo IV. Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada..... 152
Capítulo V. Prosigue la aventura de la sortija: déja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid..... 165
Capítulo VI. Adonde se encaminó Gil Blas despues que salió de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él..... 174
Capítulo VII. Historia del mancebillo barbero..... 178
Capítulo VIII. Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron..... 208
Capítulo IX. Estado en que encontró Diego á sus parientes; y como Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones..... 214

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

Capítulo I. Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí. 223
Capítulo II. De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel vandolero. 234
Capítulo III. Deja Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un petimetre. 242
Capítulo IV. Hace Gil Blas amistad con los criados de los elegantes; secreto admirable que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo, y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena. 254

Digitized by Google

Digitized by Google

ERRATAS.

Pag.	*Lín.*	*Dice.*	*Léase.*
22	17	ehándome	echándome
38	21	plebe	Hebe
52	6	mostrame	mostrarme
68	2	todos	todas
83	11	turbaccion.	turbacion.
104	20	su	sus
104	34	para y si	para si y
111	13	resoluccion	resolucion
131	22	pechuga. sy	pechugas y
139	14	qne	que
141	25	persudieron	persuadieron
148	25	enmis	en mis
175	9	qne	que
219	12	reñor	señor
219	23	flechados	flechazos
248	15	acmpañado	acompañado

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

AN INITIAL FINE OF 25 CENTS
WILL BE ASSESSED FOR FAILURE TO RETURN
THIS BOOK ON THE DATE DUE. THE PENALTY
WILL INCREASE TO 50 CENTS ON THE FOURTH
DAY AND TO $1.00 ON THE SEVENTH DAY
OVERDUE.

MAR 11 1934
MAR 12 1934
MAR 26 1934
NOV 28 1934
DEC 10 1934
MAR 15 1939
MAR 29 1939
MAY 21 1940
AUG 2 1945
NOV 28 1967 3 9

RECEIVED
NOV 14 '67 -4 PM
LOAN DEPT.

LD 21

Digitized by Google

YC 70824

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Digitized by Google

Digitized by Google